

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

Small, light-colored rectangular label on the spine.

PEZA



LA LIRA
DE LA
PATRIA

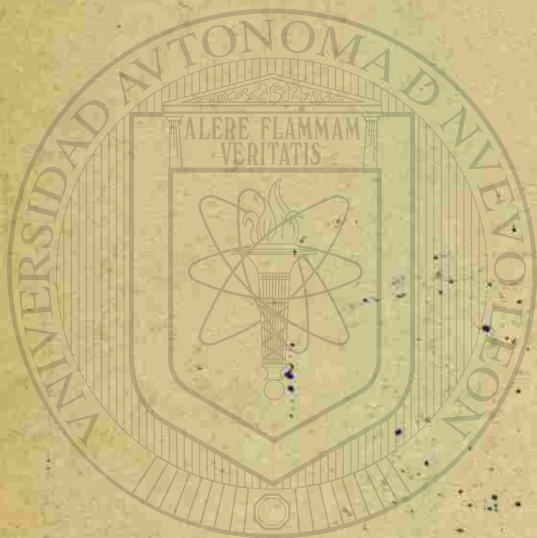
PQ7297

.P48

L5



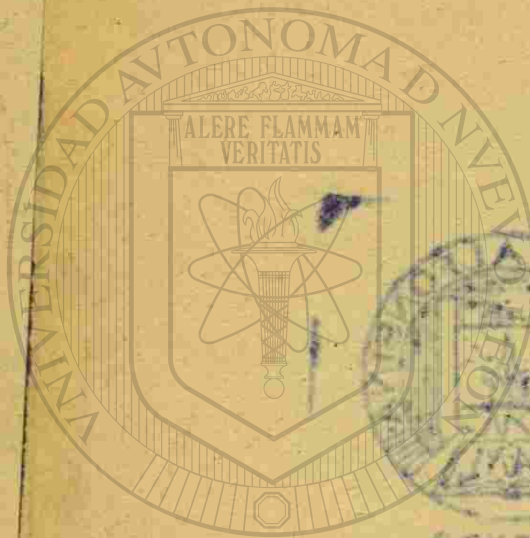
1020028318



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Juan de Dios Peza

LALIRA

PATRIA

PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

100079

MEXICO

TIPOGRAFIA "EL FENIX" AGUILA NUM. 12

1903

32314

861

P07297

P48

65



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad del Editor y nadie podrá reimprimirla sin su consentimiento. Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme a la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

AL LECTOR



Al triunfar la causa republicana en 1867, puede decirse, que despertó en todo el país el espíritu aletargado por muchos años, de escribir y publicar todo cuanto se relaciona con las bellas letras en México.

Por esto está en nuestro concepto bien definida, con el nombre de "Renacimiento Literario" la época a que nos referimos.

Poco cultivó la bella literatura durante el Imperio. En 12 de Octubre de 1865, Maximiliano dirigió a su Ministro de Gobernación una carta indicándole su deseo de crear un teatro nacional, bajo la dirección del poeta español José Zorrilla. Todos saben que ese proyecto se inició en la práctica representando el "Don Juan Tenorio" en la antigua capilla de Palacio, convertida en teatro. Pero ni el director, ni la obra, ni el autor del proyecto eran mexicanos. La dramática, como la lírica, estaban entumecidas y avengonzadas por aquellos días, y pedia asegurarse que de la primera sólo llamaron la atención, dos obras que atacaban directamente a la sociedad y al Gobierno. Una de ellas fué la comedia de José T. Cuellar titulada: "Un Ranchero de Irapuato," que puso de relieve las ridículas palabras y costumbres de los afrancesados; y la otra, una pieza compuesta por dos inteligentes alumnos de la Escuela de San Idefonso, Don Victor Banuet y Don Martín

Fernández de Jáuregui, denominada "El Sorteo," criticando el Decreto de enganches militares, expedido recientemente y burlándose de las prácticas aristocráticas de la efímera Corte.

Fuera de estas creaciones nacionales, que naturalmente se prohibieron en cuanto fueron conocidas, nada nuevo se ofreció al público por aquellos días.

En la lírica si se encuentran algunas producciones de mérito puramente gramatical, puesto que eran de correctos y atildados versificadores, que ni volaron nunca por los cielos de la inspiración, ni han dejado luminosa huella en los espacios de la Fama.

Debemos confesarlo con franqueza; los verdaderos poetas, habían hecho lo que los antiguos cantores de Israel, junto á los ríos de Babilonia, colgando sus arpas en los sauces, mientras pasaba la tormenta de dolores que le agobiaban.

Parece que con la victoria de las armas nacionales, la inspiración surgió con bríos nuevos, llena de lozania y de frescura, como las hojas que visten en Europa á esos árboles que han pasado largos meses envueltos en sudarios de nieve.

A los pocos días de instalado el Gobierno Republicano, un inolvidable caballero, gala de la patria por sus ideas puras y sanas, orgullo del Foro por su sabiduría y ornamento de la sociedad por sus finas maneras, convocó en su casa para una reunión á todos los escritores y poetas que estaban en la Capital, para que solemnizaran la paz y el progreso empuñando en vez del fusil y la espada, la lira y la pluma. Nos referimos al Sr. Lic. D. Rafael Martínez de la Torre.

En torno suyo, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Vicente Riva Palacio, Luis G. Ortiz, Manuel Peredo, Alfredo Chavero, Julián Montiel, Joaquín Téllez, Juan P. de los Ríos, Joaquín Villalobos, Justo Sierra, Enrique Olavarria, José T. de Cuellar, Rafael González Paez, Juan A. Mateos, Lorenzo Elizaga, Juan Clemente Zenea y otros varios, hicieron oír de nuevo sus inspirados cantos y sostuvieron el movimiento literario de México.

Las *Revistas* del Sr. D. José María Iglesias, conteniendo los hechos más notables de la peregrinación de Paso del Norte y del dominio

extranjero; los libros de D. Matías Romero, historiando todos los asuntos de nuestro Gobierno y el de los Estados Unidos; las *Reseñas sobre el Ejército del Norte durante la Intervención Extranjera*, escrita por D. Juan de Dios Arias; los *Ensayos Políticos*, del Sr. Elizaga; la *Reseña sobre la Campaña de Puebla*, por D. Pantaleón Tovar; los *Apuntes ó Memorias sobre la Intervención Extranjera*, que escribió, sin lograr concluirlos, el Gral. Juan N. Mirafuentes; las obras de D. Manuel Payno intituladas *Cuentas, Gastos Acreedores, y Otros asuntos del tiempo de la Intervención Francesa y del Imperio*, y *Lecciones de Economía Política*; las *Memorias sobre la revolución é independencia de México*, por D. Anastasio Zerecero; el *Ensayo de un Estudio Comparativo entre México y los Estados Unidos*, por D. José Díaz Covarrubias; los *Apuntes sobre un Sistema Militar para la República*, por D. Manuel Balbontín; los *Nuevos Métodos Astronómicos para determinar la hora, el azimut, la latitud y la longitud geográfica, con entera independencia de medidas angulares absolutas* y el *Tratado de Topografía*, de D. Francisco Díaz Covarrubias; el *Compendio de Gramática de la Lengua Española, según se habla en México*, y el *Catecismo de Moral* de D. Nicolás Vizcarro; las *Lecciones de Geografía, Estadística Mercantil é Historia del Comercio*, de D. José María Baranda; la *Geografía Universal y Particular de México*, de D. Antonio García Cubas, y los *Estudios sobre la Educación* de D. Ignacio Ramírez, así como otras muchas obras que no citamos para no pecar de difusos demuestran evidencialmente el incremento que las ciencias y las artes adquirieron desde luego, á la sombra del pabellón republicano.

Respecto de Literatura, mucho tendríamos que decir; pero bástenos recordar que en aquellos días se publicaban obras de grande oportunidad; porque como dice el Sr. Altamirano: "el pueblo deseaba saber lo que había pasado en todos los ámbitos de la República; quería conocer personalmente á sus defensores y á sus enemigos, sus glorias y sus infortunios;" obedeciendo á esta necesidad, escribió Juan A. Mateos sus novelas "El Sol de Mayo" y "El Cerro de las Campanas;" y el inspirado Vicente Riva Palacio, publicó sus novelas "Calvario y Tabor," "Monja y Casaca, Virgen y Mártir," "Martín Garatuza," "Los Piratas del Golfo," "Don Guillén de Lampart," "Las dos Em-

paredadas" y "La Vuelta de los Muertos;" Altamirano escribió y publicó deliciosas revistas de arte y letras; sus novelas "Clemencia" y "La Dama de Honor," sus "Rimas," verdaderos modelos de poesía americana y fundó para gloria de México un elegante semanario intitulado: "El Renacimiento," con la constante colaboración de todos los escritores más notables; José María Ramírez "El Viejo," publicó sus originales novelas "Una Rosa y un Harapo" y "Los Picaros;" D. Anselmo de la Portilla escribió su novela "Virginia;" Aniceto Ortega escribió "La Bruja de Beruley;" Enrique Olavarría, "El Tálamo y la Horea" y "Lágrimas y Sonrisas;" José Rivera y Río publicó sus "Flores del Destierro" (poesías), y sus novelas "El Hambre y el Oro" y "Los Dramas de Nueva-York;" y D. Pedro Santacilia dió á la estampa sus bellísimos é interesantes "Apólogos."

Bajo esta influencia, en medio de este movimiento inusitado y asombroso, las Escuelas Nacionales, hospedaban en sus cátedras, á jóvenes bisonños todavía, que amaban las letras, cultivando en silencio el divino arte de la poesía. Entre estos jóvenes, figuraban como inspirados y precoces, Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Agustín F. Cuenca Rafael Rebolár Gustavo Baz, Francisco Cosmes, Agustín García Figueroa, José Manuel Gutiérrez Zamora, Juan B. Garza, Manuel de Olagníbel José Olmedo y Lama, Francisco de P. Ortiz, Miguel Portillo, Javier Santa María, Agapito Silva, Edmardo E. Zárate, Ramón Rodríguez Rivera y Rodolfo Talavera.

Todos estos jóvenes han brillado más ó menos en nuestro Pá-naso, y deber nues're es confesar que han sido alentados por Ramírez, Prieto, Riva Palacio, y sobre todo, por Ignacio Mannel Altamirano, que los ha visto y considerado como á hijos prodileitos de su corazón entusiasta.

Fijados así los orígenos de la generación nueva, creada por el triunfo de la República, nos ocuparemos suscintamente para no fatigar á los lectores, de la índole del libro "LA LIRA DE LA PATRIA" del que es autor Juan de Dios Peza, muy conocido por sus muchas y bellísimas producciones, no sólo en nuestra Patria, sino en todos los dominios de la lengua castellana y en extraños países como lo acredita

la traducción hecha al ruso, al italiano, al inglés, al portugués y al francés de algunos de los "Cantos del Hogar." No nos ocuparemos de la biografía del poeta; nos toca solamente hablar de la utilidad y significación del libro que encabezamos con estas líneas.

Para nadie es un misterio que la propaganda de frios sistemas filosóficos; el desconocimiento de muchos héroes y de muchos hechos, amortiguan el amor patrio y el culto por el pasado en los corazones nuevos, y este libro tiende en todas sus páginas á robustecer ese culto, á conmemorar sucesos de altísima importancia histórica; á no consentir que se pierdan los nombres de los mártires; á infiltrar una devoción por todo lo que ha sido grande y hermoso en los anales patrios, y á demostrar por último, que el poeta moderno ya no pulsa el laúd que resonaba junto á los castillos de la Edad Media, ni el mandolín que sólo saludaba el crecimiento de una rosa ó el vuelo de una alondra, sino que busca en los hechos y asuntos que le rodean, un motivo real y verdadero para sus inspiraciones. De esta suerte, los versos á la vez que cautivan, enseñan y aprovechan, y no hay mejor manera de fijar en el ánimo el amor á lo bueno y á lo noble, que la de presentarla en la más hermosa y más sencilla de las formas.

El mexicano que ausente de su patria, ó recorriendo en ella la vasta extensión de su territorio, lee "LA LIRA DE LA PATRIA," se conmoviera indudablemente, sintiendo en lo más íntimo de su pecho, el orgullo natural y santo de haber nacido en región tan privilegiada y tan heroica.

No puede acusarse al autor de romántico, por más que nosotros creamos, que mientras haya en el mundo amor que lleve hasta el sacrificio, dolores que rediman, esperanzas que consuelen y privaciones que fortalezcan, poniendo de relieve la honradez, la fe y la lealtad, habrá romanticismo y bardos que lo cultiven para provecho de las sociedades.

Después de leído este libro, no se le llamará á Juan de Dios Peza, "cantor del hogar" solamente, sino "del hogar y de la patria," pues no es poco, ni inservible, lo que su nativa tierra le ha inspirado.

No es nuestra época, una de las más propicias para el culto de la poesía. De la sociedad en general pudiera decirse lo que el galano y erudito escritor chileno Don Efraim Vázquez Guarda, en su reciente e interesante libro, "Tajos y Reveses" ("Crítica y Sátira") dice del medio en que vivimos.

"Vivimos en un centro en que es mengua ante los ojos de muchos cultivar la literatura. Se prefieren los asuntos económicos ó los sociales, con exclusión de todos los demás. Saber gramática y escribir como Dios y el buen gusto lo mandan, es cosa á la cual muchos no le hallan objeto. En efecto, ¿se necesita acaso de ella para *endosar un vale* ó para saber lo que Darwin, Littré y tantos más piensan acerca de origen de las cosas y del hombre en primer término?"

Por fortuna, en México se aman las letras y todavía hay muchos que buscan gratisimo soláz en los libros. Juan de Dios Peza que escribió en unión del erudito é inspirado Vicente Riva Palacio "Leyendas y tradiciones mexicanas," busca ahora en los episodios contra el invasor extranjero, en la conmemoración de los héroes y en alabar nuestras glorias, nuevo cauce á su inspiración fecunda.

Esto es el mejor testimonio de que en el brumoso medio ambiente en que nos agitamos, con las convulsiones económicas y sociales, hay sin embargo quien tañe el sonoro latid de áureas cuerdas cuyas dulces notas son tan gratas y consoladoras, como los ecos de la canción que en la infancia nos arrullaba y nos conmovia.

Sirva esta interesante obra de estímulo á los que se propongan continuar la tarea iniciada por el popular Guillermo Prieto con su valioso "Romancero nacional," seguido por Peza con sus "Romances de la guerra extranjera" y terminada en el porvenir por tantos hijos predilectos de las musas, que sienten correr en sus venas al fuego sagrado de la inspiración y del amor patrio.

Ya un modesto y levantado poeta épico, Don Eduardo del Valle ha cantado al inmortal "Cuauhtemoc" mereciendo su poema hermoso los honores de la traducción al francés, según se lo anunciara el poeta parisiense Raoul de Reyrols; ya el dramático Peón Contreras, justamente laureado, escribió un "Romancero de glorias y tradiciones az-

tecaz," ya Chavero llevó á la escuela á Xóchil, y un ilustre joven uruguayo, el Dr Pedro Mascaró y Sosa presentó como tesis en la Universidad Central de Madrid, un estudio sobre la poesía méxico-gentilica. Son innumerables las leyendas, romances y novelas que de asuntos nacionales tratan y parece que gusta y acepta este nuevo género que ha de constituir una literatura propia.

¡No hay que desmayar en tarea tan noble, poetas del Anáhuac! Cada libro de autor mexicano que aparezca, es un nuevo contingente para la reputación y la gloria en que hemos nacido, y como dice el sabio Ignacio Ramírez.

"Lo importante para el literato es el ejercicio; luchando se forman los generales; pintando se revelan los artistas y fulminando los rayos de la elocuencia y confundiendo quejidos con la lira tal vez conseguiremos ser oradores ó poetas; por lo menos no nos avergonzará nuestra ignorancia."

Hagá nos libros de lo nuestro, y para lo nuestro, y seremos sin duda más comprendidos y más estimados en el mundo.

¡Ojalá que este libro produzca moralmente los fecundos resultados á que lo destinan sus páginas, y que á la vez despierte en derredor del poeta otro aplauso, que sea un nuevo lenitivo á sus dolores humanos!

Tlalnepantla, Febrero de 1893

ALBERTO FRANCO



COLON E ISABEL

A EVARISTO FOMBONA

Cantar á ese gigante soberano
Que al soplo de su espíritu fecundo
Hizo triunfar el pensamiento humano
Arrebatando al mar un nuevo mundo;
Cantar al que fué sabio entre los sabios,
Cantar al débil-que humil ó a los grandes,
Nunca osarán mi lira ni mis labios
Forman su eterno pedestal los Andes,
El Popocatepetl su fe retrata,
Las pampas son sus lechos de coronas,
Su majestad refleja el Amazonas,
Y un himno á su poder tributa el Plata.
No es la voz débil que al vibrar espira,
La digna de su nombre ¿puede tanto
La palabra fugaz...? ¿Quién no lo admira?
La mar, la inmensa mar, esa es su lira,
Si Homero el sol, la tempestad su canto.

Cuando cual buzo audaz, mi pensamiento
 Penetra del pasado en las edades,
 Y mira bajo el ancho firmamento
 De América las vastas soledades:
 El inca dando al sol culto ferviente,
 El araucano indómito y bravo,
 El azteca tenaz que afirma el tronco,
 Añorando al saber el poderío
 ¡A cuántas reflexiones me abandono
 Todas esas tabanas calentadas
 Por la luz tropical, llenas de flores,
 Con sus bosques incultos, y sus selvas,
 Llenas de majestad; con sus paisajes
 Cerrados por azules horizontes,
 Sus montes de granito,
 Sus volcanes de nieve coronados,
 Semejando diamantes engarzados
 En el esmalte azul del infinito;
 Las llanuras soberbias e imponentes,
 Que puebla todavía
 En la noche sombría
 El eco atronador de los torrentes;
 Los hondos ventisqueros,
 Las cordilleras siempre amenazantes,
 Y al aire sacudiéndose arrogantes,
 Abanicos del monte, los palmeros;
 No miro con mi ardiente fan'asia.
 Sólo una tierra virgen que podría
 Ser aquel legendario paraíso
 Que solo Adán para vivir tenía;
 Miro las nuevas fecundantes venas
 De un mundo á gran les fines destinado,
 Con su Esparta y su Atenas,
 Tan bello y tan feliz como ignorado.
 Para poder cantarlo, busca el verso
 Una lira con cuerdas de diamante,

Por único escenario el Universo,
 Voz de huracán y aliento de gigante.

Que des'ence la aurora
 Sus gudejas de rayos en la altura:
 Que los tumbos del mar con voz sonora
 Pueblen con ecos dulces la espesura:
 Que las aves del trópico, teñidas
 Sus alas en el iris, su contento
 Den con sus cadencias tan sentidas
 Que van de selva en selva repetidas
 Sobre las arpas que columpia el viento,
 Venid conmigo á descorrer osados
 El ve'lo de los siglos ya pasados.

Tuvo Don Juan Segundo
 En Isabel de Portugal, la bella,
 Un ángel, que más tarde fué la estrella
 Que guió á Colón á descubrir un mundo.
 El claro albor de su niñez tranquila
 Se apagó en la tristeza y en el llanto:
 En el triste y obscuro monasterio
 Donde, envuelta en el luto y el misterio;
 Fué Blanca de Borbón á llorar tanto;
 Allí Isabel fortaleció su mente,
 Y aquel claustro de Arévalo imponente
 Fe le dió para entrar al mundo humano;
 Dió vigor á su espíritu int'anquillo;
 Fué su primer asilo soberano,
 Cuel la Rábida fué primer asilo
 Del Vidente del mundo americano.

Muerto Alfonso, su hermano,
 En el convento de Avila se encierra,
 Y hasta allí van los grandes de la tierra,
 Llenos de amor á disputar su mano.
 Ella da el triunfo de su amor primero
 A su igual en grandeza y en familia,

Al que, rey de Sicilia,
 Es de Aragón el príncipe herejero.
 A tan gentil paraja
 Con ensañado afán persigue y veja
 De Enrique Cuarto la orgullosa Corte;
 Pero palpita el alma castellana
 Que de Isabel en la gentil persona,
 Más que la majestad de la corona,
 Ve la virtud excelsa y soberana.
 La España en Guadalete decadida,
 Y luego en Covadonga renacida,
 No vuelve á unirse, ni por grande impera,
 Hasta que ocupa, sia rencor ni encono,
 De Berenguela y Jaime el áureo trono,
 El geato augusto de Isabel Primera!
 Grande en su sencillez, es cual la aurora
 Que al asomarse, todo lo ilumina;
 Humilde en su piedad, cual peregrina
 Va al templo en cada triunfo, y reza, y lora,
 Nada á su gran espíritu le agobia:
 Desbarata en Segovia
 La infiel conjuración; libra á Toledo;
 Fija de las costumbres la pureza;
 El crimen blasonando en la nobleza
 Castiga, vindicando al pueblo ibero:
 Por todos con el alma bendecida,
 Por todos con el alma idolstrada,
 Rinde y toma vencida,
 Edén de amores, la imperial Granada.
 Dejádme que venero
 A esa noble mujer... Llegóse un día
 En que un errante loco le pedía,
 Ya por todos los reyes desdeñado,
 Buscar un hemisferio, que veía
 Al álea sus sueños por el mar velado.
 No intento escudañar el pensamiento
 Del visionario que á Isabel se humilla.

¿La América es la Antilla
 En que soñó Aristóteles? ¿La A lántida
 Que Platón imagina en su deseo,
 Y menciona en su diálogo el Timéo?
 ¿Escandinavos son los navegantes
 Que cinco siglos antes
 De que el insigne genovés naciera,
 Fijo en Islandia su anhelo profundo,
 Al piélago se arrojan animados,
 Y son por ruda tempestad lanzados
 A la región boreal del Nuevo Mundo....?
 ¡Yo no lo sé! Se ofusca la memoria
 Entre la noche de la edad pasada;
 Sólo hay tras esa noche una alborada:
 Isabel y Colón: ¡La Fe y la Gloria!

¿Cuántos hondos martirios, cuántas penas
 Sufrió Colón! ¡El dolo y la perfidia
 Le siguen por doquier! La negra envidia
 Al vencedor del mar puso cadena!
 Maldice á Bobadilla y á Espinosa
 La humanidad que amamantarlos pluzo,
 El hondo mar con voz estrepitosa
 Aún grita maldición para el verdugo!
 El mundo descubierto,
 A hierro y viva sangre conquistado,
 ¿Fue solamente un lóbrego desierto?
 ¿Vive? ¿palpita? ¿crece? ¿ha progresado?
 ¡Ab, sí! Tended la vista... Cien naciones,
 Grandes en su riqueza y poderío,
 Responden con sonoras pulsaciones
 Al eco tosco del acento mío.
 El suelo que Cortés, airado y fiero,
 Holló con planta osada,
 Templando lo terrible de su espada
 La dulzura y bondad del misionero;
 Cual tuvo un Guauhtemoc, que al mundo asombra,

Tuvo después cien héroes: un Hidalgo,
 Cuya palabra sempiterna vibra;
 Un Morelo, en genio esplendoroso;
 Un Juárez, el coloso
 Que de la Europa y su invasión nos libra!
 Bolívar, en Santa Ana y Carabobo,
 Y en Ayacucho Sucre, son dos grandes,
 Son dos soles de América en la historia,
 Que tienen hoy por pedestal de gloria
 Las cumbres gigantescas de los Andes.
 ¡Junín! el solo nombre
 De esta epopeya mágica engrandece
 El lauro inmarcesible de aquel hombre,
 Que un semidiós al combatir parece.
 Sucre, Silva Salom, Córdoba y Flores,
 Colombia, Lima, Chile, Venezuela,
 En el Olimpo para todos vuela
 La eterna fama, y con amor profundo
 La ciñe eterna y fúlgida aureola:
 ¡Gigantes de la América española!,
 Hoy tenéis por altar al Nuevo Mundo!
 Ningún rencor nuestro cañño extraña:
 Del Chimborazo, cuya frente baña
 El astro que á Colombia vivifica,
 A la montaña estrella
 Que frente al mar omnipotente brilla,
 Resuena dulce, sonora y be la
 El habla de Castilla:
 Heredamos su arrojo, su fe pura,
 Su nobleza bravía.

¡Oh, España! juzgo m'ngua
 Lanzarte insultos con tu propia lengua;
 Que no cabe insultar á la hidalgua.
 En nombre de Isabel, justa y piadosa,
 En nombre de Colón, ningún agravio
 Para manchar tu historia esplendorosa
 Verás brotar de nuestro humilde labio.

¡A Colón á Isabel el lauro eterno!
 Abra sus áureas puertas al Olimpo,
 Y ofrezca un trono á su sin par grandeza:
 Resuene en nuestros bosques el arrullo
 Del aura errante entre doradas pomas:
 Las flores en capullo
 Denles por grato incienso sus aromas:
 El volcán, pebetero soberano,
 Arda incesante en blancas aureolas,
 Y un himno cadencioso el mar indiano
 Murmure eterno con sus verdes olas.
 El universo en coro
 Con arpas de cristal, con liras de oro,
 Al ver á los latinos congregados,
 Easalce ante los pueblos florecientes
 Por la América misma libertados,
 Aquellos genios, soles esplendentes
 De Colón é Isabel, y con profundo
 Respeto santo y con amor bendito,
 Libre, sereno, eterno, sin segundo
 Resuene sobre el Cosmos este grito:
 ¡Gloria al descubridor del Nuevo Mundo!
 ¡Gloria á Isabel, por quien miró cumplida
 Su gigantesca empresa soberana!
 ¡Gloria, en fin, á la tierra prometida
 La libre y virgen tierra americana!



HIDALGO

Mártir de tu conciencia! Nuestra historia
Bañada está en la luz de tu grandeza;
El pueblo cambió en culto tu memoria,
Y las canas que ornaban tu cabeza
En hojas de laurel tornó la gloria.

Si con mundos de luz tu santo nombre
En el cielo de México está escrito,
Que vele al pueblo y al tirano asombre;
Para ser libre te bastó ser hombre,
Para ser inmortal te bastó un grito.

Ahora venimos á tu altar trayendo
De respeto y amor eternas flores,
Tu muerte y tus martirios bendiciendo;
Míranos con el alma repitiendo
Las divinas palabras de Dolores.

Feliz aquel á quien el mundo llame
El cantor de tu gloria, noble anciano;
Lobio feliz el que tu nombre aclame;
¡Feliz todo el que en ti venere y ame
Al Redentor del pueblo mexicano!

1869.

*El secreto está
en la página #100*

LA VICTORIA DE TAMPICO

(Escena del segundo acto de "El Capitán Miguel")

Sargento— Cuando fué el bravo Guerrero
Presidente, yo era un chico
y en aquel tiempo á Tampico
llegó un general ibero.

Miguel.— ¡Barradas!

Sargento.— Justo; eso es;
Barradas precisamente
queriendo, audaz y valiente,
ser un nuevo Hernán Cortés.
Entonces, sólo al decir
que extraña tropa llegaba
el Gobieano ya miraba
Enlutado el porvenir.
Y por prudencia ó temor
cesaban goces y fiestas,
Haciéndole mil protestas
á cualquier Embajador.
Barradas, bravo y experto,
Vencer á México anhela
y entra altivo á toda vela,
como Virrey frente al puerto.
Santa-Ana, á la patria fiel,
tan audaz como animoso
derrotó al jefe ambicioso
ganando eterno laurel.

Fué una derrota ejemplar
 que no olvidará la Historia
 pues allí alcanzó la gloria
 de hacerlo capitular.
 En México ¡Qué ansiedad
 por saber el resultado!
 Estaba en completo estado
 de agitación la ciudad.
 Una noche, á ver un drama
 Guerrero fué al coliseo,
 un teatro tosco y feo
 que "Principal" se le llama.
 Llegado el acto tercero,
 Ve'con asombro la gente
 que al palco del presidente,
 entra, con traje de cuero,
 un hombre y le da un papel;
 Guerrero al leerlo llora,
 y el público en esa hora,
 enteracido con él,
 supone lo que le avisa
 al Presidente aquel pliego
 y queda mudo, en sosiego,
 entre lágrimas y risa.
 Cuando acabó de leer
 Guerrero, se levantó
 de su asiento y así habló
 sin poderse contener:
 "Si con frases no me explico,
 "el llanto lo hará por mí ...
 "me comunican aquí
 la victoria de Tampico...!
 "Vencido está el jefe ibero,
 "San'a Ana lo derrotó..."
 Y un gran grito resonó:
 "¡Vivan Santa-Ana y Guerrero!"
 Guerrero con alegría,

dijo enseñando leal
 la faja de general
 que en la cintura tenía:
 "Mando al brigadier Santa-Ana,
 "Esta faja, no os asombre,
 "Para que la porte en nombre
 "De la Nación Mexicana."
 Volvió el público á gritar
 Nuevos vivos y á aplaudir,
 en unos era el reír,
 en otros era el llorar
 y no hay mármoles ni bronce,
 ni existen tinta y color,
 que puedan pintar, señor,
 el patriotismo de entonces.

Miguel—Tu buena memoria pasma
 A cualquiera, mi sargento,
 Tu relato da contento,
 Enardece y entusiasma.

Sargento.—Cuando el teatro dejaron
 todos con gran ansiedad,
 ¿Sabeis lo que en la ciudad
 con asombro contemplaron?
 Adornadas con festones
 todas las casas vecinas,
 con faroles y cortinas
 en cornisas y balcones;
 sobre las torres bermejas
 De los vetustos conventos
 gallardetes, ornamentos,
 guirnaldas y candeléjas.
 Las calles ... ¡qué animación!
 Las gentes si se encontraban,
 entusias'as se abrazaban
 con lágrimas de emoción.
 No se escuchaba un reproche,
 Todo era franco y sincero,

que estaba México entero
de triunfo en aquella noche.
Y todos los mexicanos
que un mismo placer sentían,
entonces sí se querían
como si fuesen hermanos . . . !

Me enterezo cuando pienso
en esto, porque señor
no he visto un modo mejor
de dar á un bravo un ascenso,
ni un modo más natural,
más franco, más elocuente,
de expresar públicamente
el contento nacional.
Glorias del pasado son,
mas para un viejo soldado,
esas glorias del pasado
dan vida á su corazón !

DE MARINERO A TRAPISTA

AL SEÑOR GENERAL DON VICENTE RIVA PALACIO

Nieto del inmortal caudillo de la Independencia

DON VICENTE GUERRERO

I

Quando ya todos los héroes
que con Hidalgo surgieron,
quedaron frente al destino,
aprisionados ó muertos;
sólo un tenaz insurgente,
el indomable Guerrero,
sostuvo entre las montañas
la libertad y el derecho.

El, desde ochocientos once
que entró á servir con Morelos,
asistió á muchos combates
en que demostró su genio;
y el año de diez y nueve
fueron tantos sus esfuerzos,
que alcanzó veinte victorias
contra el virreinal ejército.

Más tarde, cuando Iturbide
alió para darle encuentro,
siendo por él derrotado

del Sur en los campamentos;
se le entregó como adepto
Y al fin en una entrevista
celebrada el diez de Enero
de ochocientos veinte y uno,
de Acatempam en el pueblo,
juráronse en un abrazo
obrar de común acuerdo
para proclamar muy pronto
la independencia de México.

Guerrero fué como el águila,
altivo, incansable, fiero,
halló nido en la montaña,
la caza le dió alimento,
jamás lograron rendirlo
y cuando en calma le vieron
era porque ya la presa
hubo en sus garras deshecho.

II

Tal era el bravo insurgente
que, por sus brillantes méritos,
figuró luego en la Patria
como jefe del Gobierno;
dejándonos por memoria
y por glorioso recuerdo,
la victoria de Tampico
conquistada en dos sangrientos
combates que aniquilaron
al invasor extranjero.

Fueron Terán y Santa Anna
Quienes con gran ardimiento
alcanzaron el triunfo

contra un brigadier ibero
que vencido y desarmado
con su flota dejó el puerto.

III

Cuando ya sin ingerencia
en asuntos del Gobierno
tranquilo en el Sur vivía
el indomable Guerrero,
por temor á su fiereza
un crimen se tramó en México.

El General Bustamante
y sus Ministros, creyeron
oportuno darle muerte
al soldado de Morelos;
y hay quien diga que hubo alguno
que así exclamó en el consejo:
*"á ese suriano terrible
hay que quitarle de enmedio."*

No era fácil darle alcance
ni era posib'le vencerlo,
y á un genovés, Picaluga,
corazón infame y negro,
como á Judas lo compraron
para consumar el hecho.

Picaluga tenía surto
un bergantín en el puerto
de Acapulco y era amigo
del bravo adalid del pueblo;
lo convidó una mañana,
á principios de Febrero,
á almorzar en el *Colombo*,

el héroe asistió al almuerzo,
y en cuanto le tuvo á bordo
se dió á la vela ligero,
y fué á entregarlo en Huatulco
á las fuerzas del gobierno.

Por aquella negra infamia
cobró cincuenta mil pesos;
y nadie supo á que sitio
huyó el traidor marinero.

En tanto al héroe suriano
á Oajaca lo trajeron
lo juzgaron á su antojo
en ridiculo consejo,
mil crímenes le imputaron,
mil faltas le supusieron,
y ya sentenciado á muerte
lo fusilaron enfermo,
en la villa de Cuilapa
el catorce de Febrero
del año de treinta y uno.....
año en nuestra historia negro!

Cuando en el almirantazgo
de Génova, cenocieron
a infamia de Picaluga,
publicaron un decreto
declarándolo ante el mundo
traidor, vil'ano y artero;
sentenciándolo á que muera
por la espalda, sin derecho
á sepultura sagrada,
ni á luto ni á testamento.

Breves pasaron los años
y 1 más profundo misterio

veló á todos el destino
del infame marinero.
Contábanse mil consejas
que amedrentaban al pueblo,
pero la verdad, lo triste,
lo horripilante, lo cierto,
era que el héroe de Tixtla,
el soldado de Morelos,
gozaba en humilde tumba
del último de los sueños
causando duelo á la Patria
y rubor á su Gobierno.

IV

Cuando cayó Bustamante
y que los años corrieron,
uno de sus más adictos
hombre rico y de provecho,
hizo un viaje á Tierra Santa,
pues era cristiano viejo.

Llegado á la Palestina
fué á visitar el convento
en que moran los trapistas
pensando ganar el cielo.
Al atravesar un claustro,
dicen que salió á su encuentro
un fraile, cuyo semblante
en amplia capucha envuelto
velaba con blanca barba
que le bajaba hasta el pecho.
—¿No me conocéis?—le dijo,
—No—respondióle el viajero.
—Pues llevo aquí muchos años
de rogar al Ser Suprem ,

que á Bustamante y sus hombres,
y á mí, que fui su instrumento,
nos perdone compasivo
y nos absuelva en su reino
del crimen que cometimos
con el general Guerrero.

Soy Francisco Picaluga,.....

—Picaluga !!

—Humilde siervo
de Dios, á quien lo devora
un tenaz remordimiento.

Sin decir una palabra
y de admiración suspenso
el viajero conmovido
salió del triste convento
y después de algunos años
al referir el suceso
temblaba cual si estuviera
junto al traidor marinero.

Marzo de 1891.

NI EL NOMBRE NI EL OFICIO ⁽¹⁾

! Cuentan crónicas añejas
En nuestra tiempo olvidadas,
Que allá en un pueblo escordido
De la sierra queretana
Vivió un español anciano,
Cuyos años delataban
En la frente las arrugas
Y en la cabeza las canas.

Era de carnes enjuto,
De penetrante mirada,
De generosas acciones
Y de muy pocas palabras.
Icansable en el trabajo,
Madrugaba con el alba,
Y era en su vestir humilde
Y en discreción una est. tua.

Por apodo "el ermitaño";
En la sierra le llamaban

1. El argumento de este romance corria de boca en boca hace algunos años. - No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos, habló conmigo un ayudante del General Mejía, el Coro del Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á D. Darío Bissarda, y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y qué rango ocupó antes de radicarse en la Sierra—J. de D. P.

que á Bustamante y sus hombres,
y á mí, que fui su instrumento,
nos perdone compasivo
y nos absuelva en su reino
del crimen que cometimos
con el general Guerrero.

Soy Francisco Picaluga,.....

—Picaluga !:

—Humilde siervo
de Dios, á quien lo devora
un tenaz remordimiento.

Sin decir una palabra
y de admiración suspenso
el viajero conmovido
salió del triste convento
y después de algunos años
al referir el suceso
temblaba cual si estuviera
junto al traidor marinero.

Marzo de 1891.

NI EL NOMBRE NI EL OFICIO ⁽¹⁾

! Cuentan crónicas añejas
En nuestra tiempo olvidadas,
Que allá en un pueblo escordido
De la sierra queretana
Vivió un español anciano,
Cuyos años delataban
En la frente las arrugas
Y en la cabeza las canas.

Era de carnes enjuto,
De penetrante mirada,
De generosas acciones
Y de muy pocas palabras.
Icansable en el trabajo,
Madrugaba con el alba,
Y era en su vestir humilde
Y en discreción una estatua.

Por apodo "el ermitaño";
En la sierra le llamaban

1. El argumento de este romance corria de boca en boca hace algunos años. - No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos, habló conmigo un ayudante del General Mejía, el Coro del Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á D. Darío Bissarda, y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y qué rango ocupó antes de radicarse en la Sierra—J. de D. P.

Y era su oficio el comercio
De semillas y de mantas.

Eran su sola familia
Los criados de su casa,
Y solo por el acento
Revelava ser de España,
Que nunca dijo su origen
Ni á nadie habló de su patria.
Tavo un amigo, uno solo,
A quien caal hijo trataba
Siendo diferente en años
En ejercicio y en raza,
Pues era un soldado joven
De tez cobriza y tostada,
Indígena de la sierra,
Y tan dado á las batallas,
Que del año algunos meses
Pasaba siempre en campaña.
El anciano comerciante
Llamóse *Dario Bissarda*,
Y el joven *Tomás Mejía*
Que bien conoce la fama.

Cuentan que al entrar la noche.
Los dos amigos hablaban
De las cosas de la guerra,
De la estrategia y la táctica.
El joven indio atendía
Del anciano las palabras,
Y escuchándolo sumiso
Fijaba en él sus miradas
Como diciendo: "este viejo
Sabe manejar las armas.
En cada vez que aqnel joven
Iba á salir á campaña,
Sus más recatados planes.

Al anciano revelaba;
Y triunfante ó derrotado,
En fortuna ó en desgracia,
Era el primero á quien siempre
A su regreso buscaba.
Por fin enfermose el viejo,
Y escribió desde su cama
A su cariñoso amigo
Para encomiendas sagradas.
Don Tomás estaba ausente,
Pero al recibir la carta
Buscó su mejor caballo,
Cruzó llanos y montañas,
Y pronto estuvo en el sitio
A do le llamo Bissarda
Este con la voz muy débil
Le dijo en pocas palabras:
—Ochenta años he cumplido.
Es tiempo de que me vaya,
Y aquí sobre el lecho espero
El tercer toque de marcha.
En este pliego cerrado,
Que usted abrirá mañana,
Están mis disposiciones
Últimas, testamentarias;
Soló á usted, joven amigo,
Le doy lá misión sagrada
De cumplir las en la tierra
Y pedir á Dios por mi ánima.—

Murió el anciano esa tarde
Y fué su muerte llorada
Por los humildes y rudos
Hijos de aquellas montañas.
Abrió Don Tomás Mejía
El pliego que le entregara,

Y cuentan los que lo que lo saben
Que se encontró estas palabras:

—Yo, que he tenido en la Sierra
Por nombre *Dario Bissarda*,
Con más de cuatro mil hombres
Arribé á la Nueva España
El año de veintinueve
A rendirla con mis armas.

Derrotáronme en Tampico
Mier y Terán y Santa-Ana,
Les entregé mis banderas,
Que jamás tuvieron mancha,
Y regresé con mis tropas
Desarmadas á la Habana.

Al regresar á mi tierra,
Donde me formaron causa,
Calificaron de crimen
Lo que sólo fué desgracia;
Y ofendido de tal juicio,
Dejé para siempre á España,
Y á vivir vine ignorado
Sin nombre, pompas ni galas,
En los escondidos pueblos
Que escudan estas montañas.

Ruego á Don Tomás Mejía,
Mi amigo de confianza,
Dé cuando tengo á los pobres
Y á Dios encomiende mi ánima.
Ni mi oficio es comerciante
Ni mi apellido es Bissarda:
Fulbrigadier, y mi nombre
Ha sido «*Isidro Barradas*»—

LA PIERNA DE SU ALTEZA

La frente llena de arrugas
Y la cabeza de canas,
Extinguido en las pupilas
El brillo de la mirada;
Enfermo, abatido, pobre,
Perdida su antigua fama,
Después de largo destierro
Y de infinitas desgracias,
A México sin honores
Volvió el general Santa-Ana.

Todo lo mudan los tiempos,
Los hombres todo lo cambian,
Y lo que eterno parece
Es lo que rápido pasa.
Aquel soldado animoso
Que frente al poder de Iguala
Levantóse tremolando
La enseña republicana;
Aquel guerrero indomable
A quien la nación premiaba
Cuando derrotó en Tampico
A los soldados de España;
Aquel soldado temible
Que en Veracruz humillara
A Juchitán y sus soldados,

Dando una lección á Francia;
 Aquel león altanero,
 Vencedor en las batallas,
 Que gastó lujos y pompas
 De poderoso monarca,
 Que como á rey le veían
 Y "Su Alteza" le llamaban,
 Y era un sol en el gobierno,
 En la Historia y en la fama;
 Que siempre pisó laureles
 Y oyó aplausos y dianas,
 Porque tuvo entre sus manos
 Los destinos de la patria:
 Después de vivir proscrito,
 En una isla solitaria
 Viendo transcurrir los años
 Con decepciones amargas,
 Recibiendo en vez de honores
 Ingratitudes humanas,
 Pidió volver á esta tierra,
 Vivir en su antigua casa,
 Y dormir su postrer sueño
 Sobre tierra mexicana.
 A la sazón presidente
 Era Lerdo de Tejada,
 Y pronto otorgó el permiso
 Que el héroe soliciaba.

No del Nacional Palacio
 En las opulentas salas,
 Sino en una casa humilde
 De la calle de Vergara,
 El vencedor de Tampico
 De esta manera les habla
 A dos antiguos amigos
 Que en su olvido le acompañan:
 — Asaltaron los franceses

La tierra veracruzana;
 Yo recibí la noticia
 Medio dormido en mi cama,
 Porque llegaron de noche
 Y sin producir alarma.
 Busco rápido mi ropa,
 Me lanzo para la plaza,
 Y encuentro á dos oficiales
 Que de muerte me amenazan
 Preguntandome rabioso:
 ¿En donde duerme Santa-Anna?
 "Arriba está" les respondo;
 Me dejan la puerta franca,
 Y mientras suben y encuentran,
 A Arista que allí quedaba,
 Me dirijo á los cuarteles,
 Digo á todos lo que pasa,
 Y ya con mis tropas listas
 Doy principio á la batalla.
 Caro me costó aquel triunfo;
 Pues me arrebató una bala,
 Con peligro de la vida,
 Esta pierna que me falta.
 Premiáronme esa victoria
 Dando como tumba santa
 A los restos de esta pierna,
 Noblemente mutilada,
 Un monumento que estuvo
 Mucho tiempo en Santa Paula;
 Más como todo se olvida
 Y todo en el mundo pasa,
 Cuando en desgracia me vieron
 Los que un tiempo me adularan,
 Aprovechando el desorden
 De la primera asonada,
 Azuzaron á la plebe
 Que lo más santo profana

Y que se mueve al impulso
De quien la adula ó la paga,
Y derribó el monumen'o
Y arrastró ciega de rabia
Mis huesos, gritando: "muera
El zanca'rón de Santa-Ana.
Ya veis, señores, que el mundo
Así premia las hazañas.
No voy completo á la tumba,
Pues la pierna que me falta,
Yacerá en un basurero
De mil modos profanada,
Cuando hace ya tantos años
Que la perdí por la Patria.—

Al punto que aquel anciano
Dijo estas tristes palabras,
Nueva visita anuncióles
El toque de una campana.
Era un hombre pobre y rudo,
Como el cabello y la barba,
El que en aquellos instantes
Los corredores pisaba.
Con uniforme de inválido
Y conduciendo una caja,
Logró que le permitieran
Penetrar hasta la sala,
Y al ver á su anligro jefe,
Con ojos llenos de lágrimas
Dijo así con un acento
Que penetraba has'a el alma:

—Mi general, yo he servido
Con usted mucho á mi patria;
Fui su asistente en Tampico
Cuando derrotó á Barradas,
Luego en Veracruz estuve

Fui á Pa'co Alto y la Resaca,
Y herido en el brazo izquierdo
En la guerra americana.
Hoy ya inválido me tienen
Haciendo en el Monte guardia;
Cuando usted ya estaba ausente,
Y fué su pierna arrastrada,
La recogí con cariño,
La fui esconder á mi casa,
Y esperando su regreso
La conservé en esta caja.
Ya llevo más de veinte años
De tenérsela guardada,
Queriendo en sus propias manos
Venir yo mismo á entregarla,
No por ganar recompensa
Pues no quiero ni las gracias;
Yo sé bien lo que usted hizo
En defensa de la patria;
Y ningún viejo soldado
En las épocas pasadas,
Se avergüenza ni se olvida
De su general Santa-Ana.
Reciba usted estos huesos
Que profanó la chinsca,
Y que su viejo asistente
Guardó cual reliquia santa.—
Levantóse Don Antonio,
Y en sus ojos sin mirada
Brillaron con luz muy viva,
No las pupilas, las lágrimas,
Y con voz trémula y ronca
Comprimida en la garganta:
—Ven á mis brazos—le dijo—
Nada soy, ni valgo nada.
No te voy á dar dinero
Ni voy á ceñirte banda,

Pero de tu acción en premio
 En vez de cruz ó medalla,
 Quiere poner en tu frente
 Su último beso Santa-Ana,
 Que sólo así premiar puede
 A la lealtad la de gracia.—
 Y cuentan los que lo vieron,
 Que aquella escena asagrada
 Fué un bálsamo que dió vida,
 Fortaleza y esperanza,
 Al creador de la República,
 Al noble hijo de Jalapa,
 A quien sorprendió la muerte
 Pobre sin pompas ni galas,
 Y hoy el Tepeyac lo sbriga
 En una tumba olvidada,
 Frente á la cual, los testigos
 De antiguos hechos exclaman:
 Todo lo mudan los tiempos,
 Los hombres todo lo cambian,
 Y lo que eterno parece
 Es lo que rápido pasa.

RECUERDOS DE UN VETERANO

Monólogo para el beneficio del distinguido actor

Leopoldo Burón

Personaje: DON JOSÉ (de 80 años.)

El teatro representa la habitación de un viejo militar, modesta y reducida. Una mesa con papeles, planos, libros, álbum de retratos, una corneta, un machete suriano, una condecoración y una bandera mexicana, pequeña y enrollada. Es de noche. Don José viste un traje de antiguo soldado, con redingote gris, ó azul obscuro, botones dorados y una gorra de cuartel.

¡Noche de invierno! Es verdad;
 Sopla afuera el cierzo impío;
 Algo hay más negro y más frío:
 ¡Mi espanto a soledad!

Nunca como en esta vez
 Me sentí más abatido;
 De los mares del olvido
 Es un puerto la vejez.

¡Ochenta años! qué de engañes,
 De luchas, de desventuras,
 De lágrimas y amarguras,
 Caben en tan largos años!

Nací antes del siglo; fué
 Mi padre un labriego honrado,
 Qué, ignorante é ignorado,
 Vivió en brazos de la fe.

Hizo el bien, ignoró el mal,
Y su música más sana
Fué la voz de la campana
De su parroquia natal.

Sin deudas ni sin abores
Dejó el mundo el mismo día
Que con Hidalgo naeta
La Independencia en Dolores.

Mi edad, de glorias avara,
Vió en esa causa una aurora:
Pasó Hidalgo por Zamora
Con rumbo á Guadaluajara.

Yo, con doce primaveras,
Fui á presentármele ufano:
—¿Quieres, me dijo el anciano,
Ser un soldado de verás?

Si no puedes, chiquitín,
Con arcabuz ni escopeta!
—Señor, dadme una corneta,
Comenzaré de clarín.—

¡Oh recuerdo, que seduces!
Fui su clarín, ¿qué más gloria?
¡Yo di el toque de victoria
Sobre el Monte de las Cruces!

Yo, en mi hermosa juventud,
Vi aquella cabeza cana
Fulgurar en la mañana
Que abolió la esclavitud;

Yo anunció la dispersión
Que tristes memorias deja,
Cuando nos tomó Calleja
El puente de Calderón;

Y después que por malditas
Rencillas lo traicionaron,
Yo vi cómo se llevaron
Su cabeza á Granaditas!

Entre penurias y duelos
Que venció mi ardiente fe,
Seis meses después logré
Incorporarme á Morelos!

¡Nadie á este genio conoce!
¡Era de la guerra el rayo!
Dígalo aquel dos de Mayo
De mil ochocientos doce;

En que con heróico pecho,
Al despuntar la mañana,
Seguido de Galeana,
Que fué su brazo derecho,

En Cuautla, con férrea mano,
Rompí, sin temer reverses,
El sitio que por tres meses
Sostuvo á Calleja y Llano.

Aquel esfuerzo viril
Hace ¡oh mund! que te asombres:
Con Morelos tres mil hombres
Vencimos á doce mil!

Lleva el indomable Aquiles
A Huajuápam sus legiones:
Toma catorce cañones
Y mil doscientos fusiles.

Después Tehuacán ataca,
Y, nunca de aliento falto,
Como un león, por asalto
Se apadera de Oaxaca.

¡Semidiós de nuestra historia!
Firme le seguí hasta el fin,
Pues con él fué mi clarín
El clarín de la victoria.

(Saca un clarín)

Aquí estás viejo instrumento,
¿Quién al verte te respeta?
Dirán: "es una corneta"
¡Miente! ¡es un monumento!

Contigo siempre fui en pos
De los héroes de la guerra:
¡Los héroes son en la tierra
Los elegidos de Dios!

Tus breves toques sonoros
Anunciando fuego ó diana,
Oyeron Bravo, Galeana,
Sesma, Mier y Matamoros!

Cuando á sargento ascendí,
Pude haberte abandonado;
Pero al mirar tu pasado
No te entregué, te escondí!

Reliquia de mi existencia,
Todos tus toques benditos
Se apagaban á los gritos
De "¡muerte ó independencia!"

Te guardé... después los cielos
Su protección nos negaron,
Y de ruber se nublaron
Viendo morir á Morelos.

Mató el gobierno español
A aquel atleta entre atletas,
Quedaron varios planetas,
Pero les faltaba el sol!

Joven, patriota y entero,
Seguir quise la campaña
Y fui al Sur, á la montaña,
Con el General Guerrero.

En las Mixtecas con él
Burlamos la adversa suerte...
¡Qué valeroso y qué fuerte
Era el in urgente aquél!

Debajo de la ceniza
Que mi cabeza emblanquece,
Lo busco y se me aparece:
Pelo crespo, tez co'rriza,

Ojos negros y profundos,
Gran talla, frente serena;
Su afán: romper la cadena
Que ligaba los dos mundos.

Fué el firme entre los soldados;
Todos desmayado habían;
Con Calleja unos morían,
Otros iban desterrados.

Sólo Guerrero en su ley,
Con su esfuerzo inquebrantable,
L'egó á ser el indomable
Que diera espanto al Virrey.

Nada torció sus anhelos,
Que aquel corazón de bronce
Desde el ochocientos once
Entró á servir con Morelos.

Después sólo, en las montañas,
Tenáz la causa sostuvo,
Y veinte triunfos obtuvo
En ve'n'e heróicas campañas.

En todas ellas venció;
Recordarlas me conmueve,
Desde el once al diez y nueve,
A todas asistí yo.

(Saca un machete suriano).

Aquí está; su angusta mano
Me dió en Cuautla este machete.
Diciendo: "Sargento, vete
Por la cabeza de Llano."

Velez como un huracán,
En mil lances renombrados,
Temblar hizo á los soldados
De Luaces y de Liñán.

Entre nosotros ninguno
Dejó jamás á Guerrero:
Vino al fin el diez de Enero
Del ochocientos veintinueve!

Fecha que el triunfo decide;
A Acatempam no, llevó,
Donde á Guerrero esperó
Donde Agustín de Iturbide.

No es mi memoria tan mala
Y vivo guarda el recuerdo,
Pusiéronse ambos de acuerdo
Y se fraguó el plan de Iguala.

Publicado al mes siguiente,
A Valladolid rendimos,
Luego á Querétaro, y fuimos
A Puebla directamente.

Renace aquí todavía
La emoción Santa y sincera,
Que tuve al ver la bandera
De la amada patria mía.

No se borra la impresión;
Nunca sentí más respeto
Que al escuchar el decreto
Que dió vida al pabellón.

¡Qué angustiosos! ¡qué hermosos días!
Con qué fe nos aclamaban!
Con cuánto amor nos llamaban:
"Los de las tres garantías!"

El verde: la religión;
(Fue primero la concidencia)
El blanco: la independencia;
Y el encartado: la unión.

Y, por símbolo inmortal,
Erguida el águila indiana
Desgarran to soberana
La serpiente en un nopal.

Nunca, lo digo en verdad,
He visto más alegría
Ni más llanto que en el día
Que entramos á esta ciudad.

Ni pormenores, ni nombres
Recuerdo, y es natural;
En ramos en són triunfal
Como diez y seis mil hombres;

Trescientos años después
De que, asombrando estos valles,
Entaron por nuestras calles
Las tropas de Hernán Cortés.

Iturbide por delante
Resplandeciente de brillo,
Sobre un caballo tordillo,
Nervudo, altivo y pujante.

"Vencedor, hijo del cielo,
Gritaban, ¡viva la paz!"
Regando al mirar su faz
De frescos lauros el suelo.

Todos con gozo atronaban
De amor la ciudad entera,
Y al mirar nuestra bandera
Las gentes se arrodilaban.

Bajo toldos de pendones
Verde, blanco y escarlata,
Con las vajillas de plata
Reluciendo en los balcones;

Con arcos de armiño y tul
En conjunto hermoso y raro,
El sol estando muy claro
Y el espacio muy azul;

Al sonoro retumbar
De la hermosa artillería,
Y á los gritos de alegría
Lanzados en cada hogar;

Las madres con tanto amor
Y entre dulces regocijos
Acercaban á sus hijos
Al pabellón tricolor.

Tras Iturbide, marciales,
Séquito altivo y hermoso,
¡iban en grupo vistoso
Nuestros viejos generales.

¡Qué vanguardia tan brillante!
Tras ella airoso marchaba
Todo lo que se llamaba
Ejército trigarante.

Atronaban el espacio
Gritos de entusiasmo fieles;
Fué un camino de laureles
Hasta llegar á Palacio.

Allí Iturbide quedó,
Y á varios nos repartieron.
Un recuerdo... el que me dió, sí,
Intacto lo guardo yo.

Es un recuerdo sin par
Que duplica su valía
Haberlo obtenido el día
Que nadie podrá olvidar.

Una pequeña bandera:
Aquí está... ¡prenda benévola!
Entre tus pliegues palpita
¡Oh Patria!... tu historia entera.

Me la dió el Libertador
Cuando en su afán tuve fe....
De él contigo me alejé
Cuando se hizo Emperador.

No guardo rencor ni encono,
¡Bien sabe el Omnipotente
Que ni tú ni éste insurgente
Saludaron aquel trono!

Santa insignia mexicana;
¡Con qué afán te saqué yo
La vez en que proclamó
La República San'a-Anna!

¡Cómo, en tradiciones rico,
Por los años consagrada,
Surgiste cuando á Barradas
Derrotamos en Tampico....!

¡Cómo viste á sus soldados,
Al mandato de Santa-Ana
Volverse para la Habana
Vencidos y desarmados!

¡Cómo te bañaste en luz,
Cuando expuesto á mil reyeses,
S n'a-Ana echó á los franceses
Del puerto de Veracruz....!

Y ¡cómo limpio has venido
Sin dejarme ni un momento,
Para ser el ornan ento
De los años que he vivido!

¡Qué fría es la ancianidad!
Bajo el sol de la razón,
Se ve desde un panteón
A toda la humanidad!

¿Todo ha sido lumbre fátua?
¿Todo es ficción? ¿Nada es cierto?
Dudo á veces si ya he muerto,
Y estoy viviendo en estátua.

Se bielan los pensamientos
De la experiencia á la luz....

Aquí.... ¿qué brilla?.... mi cruz.
(la toma y lee el anverso).

"Treinta contra cuatrocientos."

Acción memorable, sí,
En que fuimos campeones,
Con Meoti, treinta dragones,
De "fieles del Potesi."

Han muerto ya, con razón;
Sólo á mi Dios me sostiene,
Soy ya el único que tiene
Esta condecoración.

.....
(Abre el álbum de retratos).

¡Oh alevé destino impío!
Para mí, duro é ingrato!
Tiemblo al ver este retrato:
¡Pobre Luis! ¡pobre hijo mío!

Perdió á la madre al nacer,
Y quedó sólo conmigo,
Tuvo el vivac por abrigo,
La bandera por mujer;

El rancho por alimento,
Y por arrullos amados,
Los cantos de los soldados
En medio del campamento.

Sus más gratas diversiones
En sus primeros abriles,
Se las dieron los fusiles,
Los sables y los cañones.

Creció soldado sin par,
Y ya joven y valiente,
Habiendo sido Teniente
Del Colegio Militar,

A la Angostura marchó
Contra la invasión tirana,
Y una bala americana
La vida le arrebató....

Años hace, y todavía
De luto está mi alma entera;

Si Dios ocasión me diera
Con qué amor lo vengaría.

Bandera de tres colores,
Por el mexicano amada;
Santa bandera soñada
Por el cura de Dolores;

Bandera, que has tremolado
Desde el año veintituno,
Sin que ninguno, ninguno
Te haya abatido ó manchado;

Mi Luis voló en pos de ti,
Pues eras su fe, su egida,
Y por tí perdió una vida
Que yo á tu sombra le di.

Murió soldado leal;
De otra suerte si viviera,
Vamos.....lo sé bien....ya fuera
Un bizarro General.....

Murió cubierto de gloria,
Y hoy lo miro solamente
Pasar lista de presente
En el cuartel de la historia.

¡Hijo! mi abatido ser
Toca el dintel de la muerte;
Pronto, muy pronto he de verte;
Lloro por volverte á ver.

Eras mi sola fortuna,
Eras mi sola alegría,
Moriste, y desde aquel día
No tengo dicha ninguna.

Mis potencias se aminoran
Te lloro constantemente
Vamos, José....sé valiente:
Los insurgentes no lloran....!

Cuando el alma duele tanto,
La pena á los ojos sube,
Busca espacio. forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

Si en otra nueva invasión
Nuestros hogares asaltan,
Las fuerzas que aquí me faltan,
Las tengo en el corazón.

Tiemblo, mas no retrocedo,
Y á defender el honor,
Tengo brazos sin vigor,
Pero corazón sin miedo.

¡Cuándo heroico amigo ausente!
Guerrero, Hidalgo, Morelos:
Si vivis allá en los cielos,
Velad por este insurgente.

Por el que todo perdió,
Y pronto á morir en calma,
Adora con toda el alma
El suelo donde nació

Por este suelo velad,
Y en él vuestros ojos fijes,
Mantened sobre sus hijos
El sol de la Libertad...!

Que el mar se lo trague fiero
Y sus montañas allane
Antes de que lo profane
La planta del extrajero.

Por salvar su honor y prez
Me siento joven y fuerte,
.....

Pero si ya soy la muerte.....
Nada puede la vejez.....

Ya mis delirios son vanos,
E inútiles mis arrojos,
Ya no tienen luz los ojos,
Ni fortaleza las manos

Otros nacieron mejores,
Y ellos lucharán mejor....
Tú serás mi último amor,
Bandera de tres colores.

Te consagré mi existir
Regó mi sangre tu a'fonbra,
Y hoy sólo anhelo tu sombra
¡Tu sombra para morir!

Y que el mundo pueda ver
Que alumbra con tus reflejos
Las tumbas de aquellos viejos
Que te salvaron ayer.

¡Mundo! las dichas que das
El llanto al fin las resuelve:
El sol que se ausenta vuelve;
La vida que huye, jamás.

Pero mi gloria mayor
Será ver cuando me muera,
Libre, respetada, entera,
Mi bandera tricolor.

EN CHURUBUSCO

Para honrar á los héroes que murieron
En medio del fragor de la batalla,
Dadme la voz de las azules ondas
Que del indiano mar las costas bañan.

Desde el león espanto de la selva,
Hasta las cumbres en que duerme el águila,
Del cielo al mar y del hogar al nido,
En la alcoba lo mismo que en la rama,
La madre llora por el hijo tierno
Que la implacable muerte le arrebató.

Se enluta el nido cuando el ave muere,
Al arrancar la perla cruje el nácar
Y cruje cuando el hierro abre la veta
El abrupto peñón en la montaña.

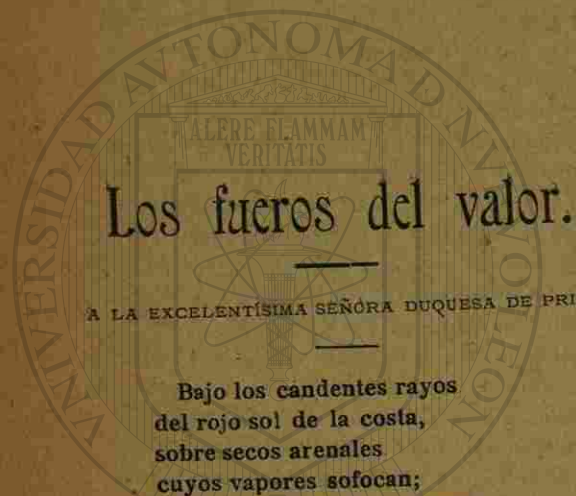
Desde el espacio azul al hondo abismo
Que la tiniebla pavorosa guarda,
Todo en amor palpita y todo sufre,
Todo ante el paso de la muerte ca'la.

Estas praderas que con rayos de oro

El sol de Agosto fecundante baña,
 Donde el silvestre cardo erizas hojas
 Con blancas flores adornando esmalta;
 Estos campos que viste primavera
 Con sus ricos tapices de esmeralda,
 Fueron en tiempo de invasion injusta
 Ensangrentados campos de batalla.
 En ellos como altivos gladiadores
 Que al ancho estadio con su arrojó pasman,
 Lucharon desde el niño hasta el anciano
 Con fe de Atenas y valor de Esparta.
 ¡Diganlo aquellos muros carcomidos
 Que ya el desierto monasterio guardan
 Y en cuyos tristes largos corredores
 Las sombras cruzan de Rincón y Anaya!
 Diganlo á todos con idioma augusto
 Las negras bocas de arcos y ventanas,
 Por las cuales sembrando luto y muerte
 Entró la lluvia de extranjerías balas.
 Nunca llaméis derrota al heroismo,
 La luz no sirve si los ojos faltan,
 Y aquí sólo llegaron los extraños
 Cuando faltó la pólvora en las armas.
 Tendió la noche sus heladas sombras
 Y sobre el ancho campo de batalla,
 Fúnebres asomaron las estrellas
 Brillando en el espacio como lágrimas.
 Sabemos ya los nombres de los héroes,
 Sus nobles hechos nuestra historia guarda
 Y su grandioso ejemplo imitaremos
 Si nuestro suelo el invasor profana.
 No llanto femenino sobre sus tumbas
 Los ojos melancólicos derraman,
 Laurel y encinas cubrirán las losas
 Que tantos restos en silencio guardan.
 Los que vivís aún desde aquel tiempo,
 Alzad las frentes sin rubor ni mancha,

Cual los sabinos del sagrado bosque
 Que al cielo elevan sus brillantes ramas.
 Llevadnos á jurar sobre las fosas
 De los mártires mil de esa jornada,
 Llevadnos á jurar con noble aliento,
 Que la bandera hermosa y sacrosanta
 Que el pueblo esclavo presintió en Dolores
 Y el pueblo libre tremoló en Iguala;
 Esa bandera con que pudo altivo
 Proclamar la República Santa Ana,
 Con la que en Veracruz venció á los galos
 Y allá en Tampico derrotó á Barradas;
 La bandera preciosa con que Juárez
 Salvó la independencia mexicana,
 La gloriosa bandera que dá sombra
 A tantas glorias de la edad pasada;
 Llevadnos á jurar que será siempre
 Grande, feliz, espléndida, sin mancha,
 Lo mismo ante los pueblos de la Europa
 Que ante la gran familia americana:
 Siendo ese juramento en este instante
 La oración á los muertos por la patria.

20 de Agosto de 1901.



A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM.

Bajo los candentes rayos
del rojo sol de la costa,
sobre secos arenales
cuyos vapores sofocan;
en donde el viento no cruza
ni la nube bienhechora
sobre el agotado suelo
arrastra indecisa sombra;
huyendo de la epidemia
que en Veracruz diezma y corta
de franceses y españoles
á las aguerridas tropas,
vienen ambas caminando
hacia la falda escabrosa
de Acultzingo, por convenio
de los jefes de una y otras,
á quienes dá su permiso
el Gobierno, de que pongan
sus cuarteles en las plazas
que clima benigno gozan.

Mas tal convenio que hoy día

de la *Soledad* se nombra,
no le fué comunicado
á un Jefe que en tales horas
el camino custodiaba
con una fuerza muy corta.

No más de doscientos hombres
aunque resueltos, la forman,
y órdenes tiene severas
de impedir á toda costa
el paso, por aquel punto
de las fuersas invasoras.

Al ver venir á lo lejos
con marcialidad y pompa,
las legiones franco-iberas,
y que sin recelo tomar
del camino de las cumbres
la carretera más próxima,
dispone luego á su gente
que las armas tiene prontas
y se planta en són de guerra
donde más el paso estorba.

Al divisar los que llegan
tan extraña maniobra
á su General en Jefe
dan parte de que se notan
preparativos de ataque
lo cual á todos asombra.

Era PRIM el que mandaba
el ejército, y de boca
de sus soldados sabiendo
novedad tan sospechosa,
adelanta un emisario
que blanca bandera porta,
para preguntar al Jefe
la razón, pues que la ignora,
que tiene para oponerse
á la marcha de sus tropas.



Los fueros del valor.

A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM.

Bajo los candentes rayos
del rojo sol de la costa,
sobre secos arenales
cuyos vapores sofocan;
en donde el viento no cruza
ni la nube bienhechora
sobre el agotado suelo
arrastra indecisa sombra;
huyendo de la epidemia
que en Veracruz diezma y corta
de franceses y españoles
á las aguerridas tropas,
vienen ambas caminando
hacia la falda escabrosa
de Acultzingo, por convenio
de los jefes de una y otras,
á quienes dá su permiso
el Gobierno, de que pongan
sus cuarteles en las plazas
que clima benigno gozan.

Mas tal convenio que hoy día

de la Soledad se nombra,
no le fué comunicado
á un Jefe que en tales horas
el camino custodiaba
con una fuerza muy corta.

No más de doscientos hombres
aunque resueltos, la forman,
y órdenes tiene severas
de impedir á toda costa
el paso, por aquel punto
de las fuersas invasoras.

Al ver venir á lo lejos
con marcialidad y pompa,
las legiones franco-iberas,
y que sin recelo toman
del camino de las cumbres
la carretera más próxima,
dispone luego á su gente
que las armas tiene prontas
y se planta en són de guerra
donde más el paso estorba.

Al divisar los que llegan
tan extraña maniobra
á su General en Jefe
dan parte de que se notan
preparativos de ataque
lo cual á todos asombra.

Era PRIM el que mandaba
el ejército, y de boca
de sus soldados sabiendo
novedad tan sospechosa,
adelanta un emisario
que blanca bandera porta,
para preguntar al Jefe
la razón, pues que la ignora,
que tiene para oponerse
á la marcha de sus tropas.

Rápido va el emisario,
 los opuestos lindes toca,
 con el Jefe mexicano
 muy en breve se apersona,
 y le refiere el convenio,
 le dice por qué la costa
 han dejado, y por qué vienen
 á acampar sobre las lomas.

Atento le escucha el otro
 y dando respuesta pronta
 le dice que tal convenio
 no conoce, y pues lo ignora
 y órdenes no ha recibido
 que á la consigna se opongan,
 habrá de luchar con ellos
 sin contar, pues no le importa,
 ni los que á su lado tiene,
 ni los que vienen en contra.

—Somos muchos

—No los cuento.

—Tenéis muy pocos.

—Me sobran;

Para morir por la patria
 no he menester gran escolta.

—Pasarémos

—no lo dudo;
 sangrienta será la alfombra.

—¿No cedéis?

—Aunque viniera
 contra mí toda la Europa.

—¿Eso le digo á mi Jefe?

—Y agregad por cuenta propia
 cuanto gustéis, yo sostengo
 un reto que me acomoda.

Vuelve el mensajero triste,
 habla con PRIM y le abona
 el valor del adversario,

valor que á todos asombra.

Después de escuchar atento,
 dice PRIM que reflexiona:

—“De acometer á esos hombres
 es segura su derrota,
 más el éxito sería
 vergüenza más que victoria.

Soldados que así obedecen,
 valientes que así se portan,
 en tan solemnes momentos
 merecen respeto y honra,
 y honra y respeto ha de darles
 nuestra bandera española.”

Y después de decir esto
 manda hacer alto á las tropas
 y al general mexicano
 pone al momento una nota
 refiriendo lo que pasa
 y pidiendo que disponga
 que el paso no les impida
 aquel jefe á quien pregona
 daballeroso y valiente,
 cuyo atrevimiento elogia.

En comunicar tal orden
 trascurren más de tres horas,
 y todo ese tiempo quedan
 sufriendo el sol de la costa
 tendidas á campo raso
 las legiones invasoras.

Suena al fin de los clarines
 la voz, indicando ronca,
 que vuelve á ponerse en marcha
 la ya fatigada tropa.

Ordénanse las columnas,
 y entre nubes polvorosas,
 se deslizan lentamente
 sobre las tendidas lomas.

Llegan al punto que guarda
el jefe que pocas horas
antes, les detuvo el paso,
el cual con su gente forma
á la izquierda del camino
en actitud silenciosa.

Al cruzar la descubierta
por aquel punto, se asoma
al rostro de los que vienen
la curiosidad más honda
por conocer al osado
que obtiene al fin la victoria,
pues con su valor, tan sólo
tanto tiempo el paso estorba.

Y con respeto le miran,
y con cariño le nombran,
y ya van lejos, y el rostro
á cada segundo tornan.

Sobre un corcel arrogante
que agita su crin sedosa,
y con la espuma del freno
el nervado pecho moja,
llega PRIM, y diligente
con la corte numerosa
de ayudantes que le siguen
y de amigos que le escoltan,
al jefe busca y lo encuentra,
y al mirar que cuando nota
su presencia se adelanta,
pica al caballo, y la pronta
mano tendiendo le dice:

—“Caballero á mucha honra
tengo en conocer á un bravo
que de su patria es la gloria;
nación que tiene soldados
como el que marcó á mis tropas
el alto, cuando tenfa

por segura la derrota,
es nación á quien reserva
grandes páginas la historia.”

Vuelve á oprimirle la mano,
y antes que el otro responda,
entre una nube de polvo
gana camino en las lomas
ensalzando á aquel valiente
con los que á su lado trotan.

Han pasado muchos años;
la Basílica de Atocha,
guardando de PRIM el sueño
bajo sus macizas bóvedas
conserva el recuerdo vivo
de su valor y la gloria
alcanzada en Castillejos
por las armas españolas.

También un eterno sueño
en nuestro suelo reposa
el temerario soldado
que á PRIM el paso le corta
sin medir número, fuerza,
ni el gran peligro qua afronta:
el coronel FALIZ DIAZ
á quien recuerda la historia
como altivo y como osado,
como valiente y patriota!



RIVERITA.

(8 de Mayo de 1863.)

A MI MUY QUERIDO AMIGO EDUARDO FRANCO.

En la acción de San Lorenzo,
Triste para el suelo patrio,
Cuando Comonfort luchaba
Como un antiguo espartano,
Siendo su lúgubre alfombra
La sangre de sus soldados;
Cuando el humo ennegrecía
La atmósfera de su campo
Como ennegrecer las trombas
Al mar que ruge agitado;
Cuando ya faltaban hombres
Pues los fieles y los bravos
Por la metralla francesa
Murieron acribillados;
Comonfort buscó entre todos
Los pocos que le quedaron,
Al que llevara en la lucha
Como un tesoro sagrado,
La bandera de la patria,
Pues temió que de sus manos
El victorioso enemigo
Se la hubiera arrebatado.

“Que venga Ignacio Rivera”
—Gritó Comonfort temblando—
“General: Rivera ha muerto,
—Respondió al punto un soldado—
“Yo al pasar ví su cadáver
Lleno de sangre en el campo.”
“¿Y la bandera?”—“No he visto
Que tenga nada.
—“¡Está claro!”

“El francés, estoy seguro,
“Se la quitó de las manos,
“Busquemos ese cadáver
“Porque Rivera fué un bravo
“Y hagámosle los honores
“Merecidos á su rango.”

Entre montones de muertos
Al pie de un cerro hacinados,
Hallóse al jefe que en vida
“Riverita” le llamaron,
Cubierto de polvo y sangre,
El rostro cual cera pálido,
Con el marcial uniforme
Bien puesto y abotonado,
En hombros de sus amigos
A Comonfort lo llevaron;
Comonfort miró el cadáver
Mal reprimiendo su llanto,
Y al contarle las heridas
En el pecho y en el cráneo,
Vió en su cuello un lienzo verde
En fresca sangre empapado:
Desabotónanle todos
El uniforme en el acto,
Y hallan ceñido á su pecho
Que las balas destrozaron,
Del cuerpo de Zapadores

El pabellón sacrosanto.
 Ya contener no pudieron
 Sus lágrimas los soldados;
 Comofort enternecido
 Por el hecho de aquel bravo
 Ordenó que se le hicieran
 Honores al sepultarlo,
 Y que su ataúd cubriesen
 No con flores ni con lauros,
 Sino con el lienzo hermoso
 Que lo amortajó en el campo:
 Con la bandera bendita
 Que le sirvió de sudario!

1893.

Santos Degollado.

(15 DE JUNIO DE 1861.)

I

De nuestra adorada patria
 en los tiempos más aciagos,
 ninguno fué más constante
 de la batalla en los campos,
 como el adalid humilde,
 el demócrata preclaro
 que con asombroso ingenio,
 sufriendo mil descalabros,
 al poder de su palabra,
 al influjo de su mando,
 organizaba las tropas,
 alzaba doquier soldados
 para defender sin tregua
 al pendón republicano.

Ese patricio sin mancha
 era Santos Degollado,
 cuyo limpio nombre brilla
 en la Historia como un astro.

II

El año sesenta y uno,
 año negro en nuestros fastos,

al saberse en el Congreso
la horrible muerte de Ocampo,
presentóse á la Asamblea
el General Degollado
y así dijo con palabras
que tronaban como rayos:
"En nombre de la justicia,
aquí vengo, ciudadanos,
y protesto ante los manes
del héroe y mártir Ocampo,
que no anhelo la venganza
ni la fortuna ni el mando.

Contra viles asesinos
luchar quiero en noble campo,
para dar un escarmiento
á enemigos tan villanos.

Pido por esto al Congreso
que me tiene procesado,
me deje verter mi sangre
en la batalla luchando,
para venir de mi causa
tranquilo á esperar el fallo."

Esas frases produjeron
indescriptible entusiasmo
y concedido el permiso
marchó al combate Don Santos.

III

Llegóse el quince de Junio
y ya al frente de sus fuerzas,
al rayar de la mañana
salió Don Santos de Lerma.

Marcho á proteger el paso
de un convoy; rápido llega
de Salazar á los Llanos,
y luego ocupar intenta,

para dar cima á sus planes,
las montañas de la izquierda.

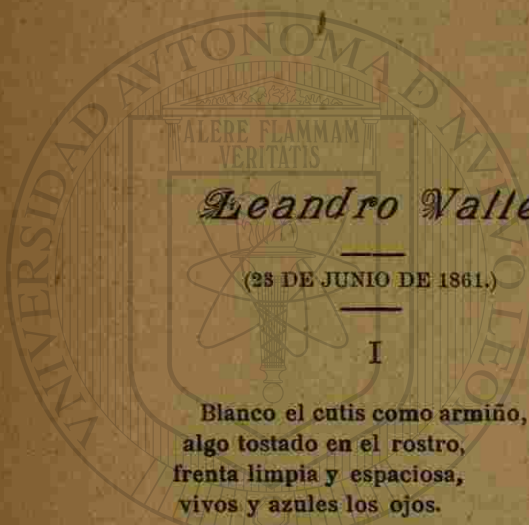
Mueve con afán sus tropas,
y cuando nadie lo espera,
en brusco y violento ataque
los derrota por sorpresa
Bruitón, guerrillero infame
que escondido las asecha.

En medio de aquel desorden
Degollado las alienta,
cuando un proyectil aleva
el corazón le atraviesa.

Galvez recoge el cadáver
y á Huixquilucan lo lleva,
y allí en el campo enemigo,
le hacen solemnes exéquias.

IV

Cunde la triste noticia
tan infausta como cierta,
y con sagrados crespones
se enluta nuestra bandera
como diciéndole á todos
los que á su sombra se acercan:
"Lloro á Santos Degollado,
el patriota de alma inmensa,
el adalid de mi causa,
el orgullo de mi tierra;
grande por sus heroísmos,
por su fe, por su modestia,
por su honradez no manchada,
por su lealtad siempre entera
y por la muerte que obtuvo
de'endiendo sus ideas!"



Leandro Valle.

(28 DE JUNIO DE 1861.)

I

Blanco el cutis como armiño,
algo tostado en el rostro,
frenta limpia y espaciosa,
vivos y azules los ojos.

De regular estatura,
de andar resuelto y airoso,
enérgico en sus palabras
y en sus confidencias sóbrio.

Educado desde niño
entre militares doctos,
siendo su primer combate
del Norte contra el coloso.

Habiendo visto en Europa
los sitios más apropósito
para estudiar la estrategia,
para conocer á fondo
cuanto el soldado requiere
para ser grande y heróico;
era el joven Leandro Valle
decidido y animoso;
un león en los combates,

un amigo firme y probo
á quien amaban sus tropas
y á quien respetaban todos.

II

Valle y Miramón opuestos
en opinión y esperanzas,
compañeros desde niños
como hermanos se trataban
y cuentan los que lo saben
que en el campo de batalla,
cuando á la sangrienta lucha
sus tropas se preparaban,
uno y otro se reunían
y en dulce y alegre plática
lamentando su destino,
su ruda suerte contraria,
que á ponerse frente á frente
doquiera los obligaba,
dábanse el cordial abrazo
que los uniera en la infancia
y lanzábanse al combate
con el valor y la audacia
de dos que no se conocen
y que de vencerse tratan.

III

Para el gobierno de Juárez,
para la causa gloriosa
que derribó antiguos fueros
al soplo de la Reforma;
llegó como espectro horrible,
como una marina tromba,
el año sesenta y uno
de luto para la historia.

En tal año Miguel Lerdo

tan grande como sus obras
entrega yerta á la muerte
su cabeza pensadora.

Muere asesinado Ocampo,
arrancado de Pomoca,
y que á sus viles verdugos
con su majestad asombra.

Muere Santos Degollado
en emboscada traidora,
y cuando todo vacila
y ya la causa zozobra,
sale lleno de ardimiento
y de esperanzas hermosas,
Leandro Valle, el héroe joven
que va á exterminar las hordas
que manda Butrón (*) y Márquez
para mengua de la Historia.

IV

Quien ha cruzado el camino
de Toluca para México,
habrá visto de seguro
el monte obscuro y espeso
que en el campo de la historia
surge como un monumento.

Es el *Monte de las Cruces*
que en su enmarañado seno
guarda el peñón sacrosanto,
desde el cual hendijo al pueblo
el inmortal Cura Hidalgo
en inolvidables tiempos.
Allí la Naturaleza
desplega su manto régio,
vistiendo peñas y llanos
barrancos y ventisqueros,

(*) Butrón, después de que defecionó á su partido, fué fusilado por la Corto Marcial francesa el 8 de Julio de 1863.

con sabinos y oyan ellos
con encinas y con ceibos.

No logra el sol meridiano
besar el húmedo suelo,
pues de sus rayos lo escuda
el alto ramaje espeso.

Ni logra hallar senda fácil
el extraviado viajero
porque una urdiembre de troncos
desorienta al más experto.

No logra el rumor humano
perturbar aquel silencio,
que interrumpen solamente
del sol al albor primero,
de los pájaros salvajes
los no aprendidos acentos.
Cuando allí tiende la noche
su flotante manto negro
cada roca es un sepulcro,
cada roble es un espectro,
y en medio de tanta sombra,
entre las quejas del viento,
parece que solo imperan
la eternidad y el misterio.

Por eso ha sido guarida,
ya de ardientes guerrilleros
que encuentran en esas rocas
formidables parapetos;
ya de atroces foragidos,
que en sus cóncavos siniestros
esconden nuevas hazañas,
ocultan crímenes negros.

V

Fué Leandro Valle á las *Cruces*
seguido de escasa tropa,

pensando en dar á la Patria,
nuevas páginas de gloria,
Butrón y Márquez lo acechan;
Butrón el paso le corta:
Leandro Valle le resiste
con tenacidad heróica
y cuando sueña en vencerlos
y más ánimo recobra,
llegan las fuerzas de Márquez
que á las de Butrón engrosan
y vencer al joven héroe
tras rudos empujes logran.
Queda Valle prisionero;
y en tal sitio y tales horas
ni tienen con él clemencia
ni juicio alguno le forman.

A su aprehensión se sucede
la sentencia sin demora:
lo fusilan por la espalda
y befando su persona
cuelgan de un roble el cadáver
y colgao lo destrozan,
¡No son hombres, son chacales
los que consuman tal obra!
¡Hienas á las que persigue
la maldición de la Historia!

VI

Sobre la cima del monte
á la izquierda del sendero
que conduce hasta Toluca
cuando se sale de México;
vestido de verdes hojas
se alza un roble corpulento
que tiene en su añoso tronco
una cruz grabada en hueco

y á su pie se vé esculpido
este imponente letrero:
"Aquí murió Leandro Valle;
"aquí colgaron su cuerpo;
"pedid para sus verdugos
"las maldiciones del Cielo."

1893.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

D. GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



AQUILES COLLIN

(23 de Junio de 1861.)

I

Nacido en un pintoresco
pueblo de la culta Francia;
desde niño acostumbrado
á vivir en las montañas,
de rostro afable y tranquilo,
de penetrante mirada
dotado de hercúleas fuerzas
y ancho de pecho y espaldas;
no en vano al nacer le dieron
sus padres que lo adoraban,
el nombre que eligió Homero
para dar vida á su Iliada.
AQUILES COLLIN no tuvo
más títulos ni prosápia
que los de amar ciegamente
las libertades humanas.

Combatió siendo muy joven
en las terribles jornadas
de Mayo que sacudieron
el viejo trono de Francia.

Como oficial distinguióse
en la campaña de Italia,
y después triste y proscripto
dejó su querida patria
por México, donde tuvo
amigos y camaradas.

Admirarando á Leandro Valle
siguió con fervor su causa
y como ayudante suyo
le acompañó en las batallas.

Refieren cuantos le vieron
que Collin siempre velaba
con entrañable cariño,
con devoción noble y franca,
la vida de Leandro Valle
pues le quiso con el alma.

II

A los que niegan que existe
la amistad divina y santa,
y que dicen que en el mundo !
todo es interés é infamia;
voy á referir un hecho
que no saqué de la fábula
pues lo presenciaron muchos
que entusiasmados lo narran
y con caracteres de oro
nuestros anales lo guardan.

Las generaciones nuevas
en él tendrán enseñanza,
como en él tuvieron gloria
y galardón las pasadas.

Hechos como el que describo,
no sólo á los nuestros hablan;
son de aquellos que interesan;
á toda la raza humana.

Al bardo faltan acentos,
le faltan cuerdas al arpa,
para ensalzar su grandeza
que absorta bendice el alma.

III

Cuando ya Butrón y Márquez
con rabiosa y negra saña
hacen prisionero á Valle,
cuyas tropas desbaratan;
entre lo hirsuto del monte
AQUILES COLLIN se salva
y halla asilo en una gruta
donde jamás lo encontrarán.

Sabe allí por un soldado
"que el tigre de Tacubaya"
ordenó que á Leandro Valle
pronto pasen por las armas.

Collin conmovido deja
su escondite sin tardanza
y se le presenta á Marquez,
diciéndole estas palabras:

"Quiero correr igual suerte
"que mi General, no es vana
"pretensión, porque ambiciono
"y os lo ruego con instancia
"ya que siempre lo he seguido
"de esta vida en las batallas,
"ir con él al otro mundo
"y ver lo que allí me manda."

Al acabar estas frases
que dijo con arrogancia,
lo hicieron pasar al cuadro;
Valle le envió una mirada,
estrecháronse las manos,
no vertieron ni una lágrima

y ya altivos y dispuestos
á recibir las descargas,
á los dos, á un tiempo mismo
los pasaron por las armas.

IV

Escéptico sin ternura;
filósofo de alma helada;
á quien nada dice un niño,
ni nada imponen las canas.

En frente de estas escenas
tan sublimes como raras:
¿negarás el sentimiento?
¿desconocerás el alma,
y la virtud que es el faro
que con luz de Dios irradia?
¿Y llamarás vanos mitos
é insustanciales palabras,
á la amistad firme y pura
y al santo amor de la patria?

V

COLLIN no tiene una tumba
en rico marmól tallada;
pero en la fosa en que duerme
sin ornamento ni lápida,
un ángel vela en silencio
su memoria sacrosanta.

Vierte allí el amor sus flores,
la gratitud pone lágrimas
y el nombre del héroe mártir
en el libro de la Fama
luce puro y sin mancilla
como la estrella del alba.

Terán y Maximiliano.

Entre las ondas azules
Del bello Mediterraneo,
En el Golfo de Trieste,
Surgiendo entre los peñascos,
Hay un alcázar que ostenta
Con gran arte entrelazados
En muros y minaretes
Lo gótico y lo cristiano.
Parece visto de lejos

Airoso cisne de mármol
Que extiende las blancas alas
Entre dos abismos claros,
El del mar siempre sereno
Y el del cielo siempre diáfano.

Ese alcázar tan hermoso,
En tiempos no muy lejanos
Por mirar tanto las olas
DÉ MIRAMAR le llamaron,
Y en él vivieron felices
Dos príncipes de alto rango,
Dos seres de régia estirpe:
Carlota y Maximiliano.

En una tarde serena
Al bello alcázar llegaron
Con una rara embajada
Varios próceres extraños.
Penetran á los salones
Y al noble príncipe hablando,
En nombre de un pueblo entero
(Que no les dió tal encargo)
Le ofrecieron la corona
Del Imperio Mexicano.

El príncipe quedó absorto;
Para responder dió un plazo;
Soñó en pompas en honores,
En fama, en poder, en lauros,
Y al despertar de aquel sueño,
Al volver de tal encanto,
A su joven compañera
Le fué á consultar el caso.
"Acepta—dijo Carlota—
"Eres grande, noble y apto,
"Y de este alcázar á un trono
"Tan solamente hay un paso."

No corrida una semana
El príncipe meditando
En las difíciles luchas
De los grandes dignatarios,
Miraba tras los cristales
De su espléndido palacio
Enfurecerse las olas,
Rojo surgir el relámpago
Y con bramidos horribles
Rugir los vientos airados.

De pronto, un ujier anuncia
Que un extranjero, ya anciano,
Hablarle solicitaba

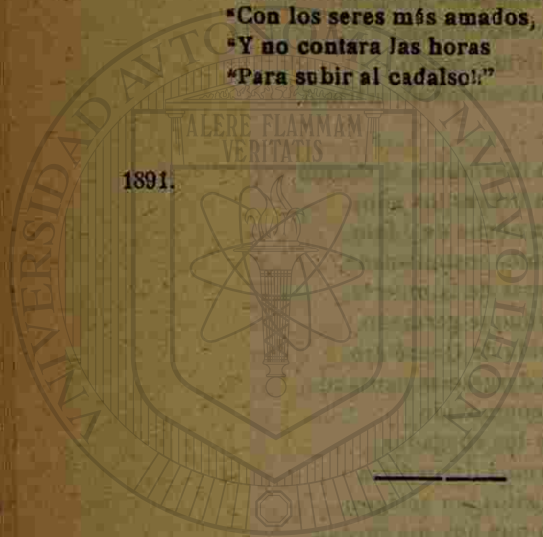
Con urgencia y en el acto.
Sorprendido el Archiduque
Dijo al ujier: "Dadle paso;"
Y penetró en los salones
Aquel importuno extraño,
De tez rugosa y enjuta,
De barba y cabello cano.

En frente del Archiduque
Dijo con acento franco:
"Vengo, señor, para veros
"Desde un pueblo muy lejano;
"Desde un pueblo cuyo nombre
"Jamás habréis escuchado;
"Yo nací en AGUASCALIENTES,
"En el suelo mexicano,
Servi á Don Benito Juárez
"De quien ya os habrán hablado;
"Le serví como Ministro,
"Soy su firme partidario,
"Y mientras que aquí os engañan,
"Yo vengo á desengañaros;
"No aceptéis, señor, un trono
"Que tiene cimientos falsos,
"Ni os ciñáis una corona
"Que Napoleón ha labrado.
"No quiere México reyes,
"El pueblo es republicano
"Y si llegáis á mi patria
"Y os riegan palmas y lauros,
"Sabed que tras esas pompas
"Y esos mentidos halagos,
"Pueden estar escondidos
"El deshonor y el cadalso."
Oyendo aquestas palabras
Dichas por aquel anciano,
A tiempo que por los aires

Cruzó veloz un relámpago
Tiñendo en color de sangre
La inmensidad del espacio,
Sin dar respuesta ninguna
Quedóse Maximiliano
Rígido, lívido, mudo,
Como una estatua de mármol.

Corrió inexorable el tiempo,
Huyeron breves los años
Y en una noche de Junio
Tiste, solo, ensimismado,
En visperas de la muerte
El Archiduque germano,
En su celda de Querétaro
Y en sus desgracias pensando,
Así dijo conmovido
A uno de los abogados
Que fueron á despedirse
En momentos tan aciagos:
"Todo lo que hoy me sucede
"A tiempo me lo anunciaron;
"Un profeta he conocido
"Que sin doblez, sin engaño,
"Me auguró que en esta tierra
A donde vine cegado,
"El pueblo no quiere reyes
"Ni gobernantes extraños,
"Y que si lauros y palmas
"Se me regaban al paso,
"Tras ellas encontraría
"El deshonor y el cadalso."
—¿Quén ha sido ese profeta?
Al príncipe preguntaron:
"Era un ministro de Juárez,
"Sincero, patriota, honrado:
"Don Jesús Terán que ha muerto

"En su hacienda hará dos años.
 "¡Ah! Si yo le hubiera cido!
 "¡Si yo le hubiera hecho cso!
 "Hoy estuviera en mi alcázar
 "Con los seres más amados,
 "Y no contara las horas
 "Para subir al cadalso!"



COMONFORT

A MI MUY QUERIDO AMIGO ALBERTO FRANCO.

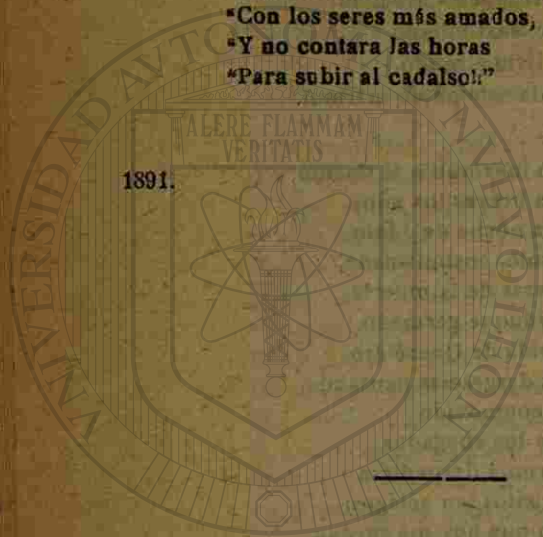
E a Comonfort un hombre
 Alto, fuerte, casi obeso;
 De vivos y oscuros ojos,
 Semblante dulce aunque serio.

Sobre su cutis dejaba
 Las viruelas sus hoyuelos;
 Cutis que abrazó mil veces
 El sol de los campamentos.
 Era en el vestir sencillo,
 Cuando no de gris de negro;
 Siempre ostentando la honrosa
 "Cruz de Constancia" en su pecho.

Militar bravo y sin tacha,
 De vastos conocimientos,
 Era una dama en el trato
 Y como amigo un modelo.

Incapaz de cualquier acto
 Que no fuese honrado y recto
 Era en la vida privada
 Tan amable como fiero.

"En su hacienda hará dos años.
 "¡Ab! Si yo le hubiera cídol
 "¡Si yo le hubiera hecho ccsol
 "Hoy estuviera en mi alcázar
 "Con los seres más amados,
 "Y no contara las horas
 "Para subir al cadalso!"



1891.

COMONFORT

A MI MUY QUERIDO AMIGO ALBERTO FRANCO.

E a Comonfort un hombre
 Alto, fuerte, casi obeso;
 De vivos y oscuros ojos,
 Semblante dulce aunque serio.

Sobre su cutis dejaba
 Las viruelas sus hoyuelos;
 Cutis que abrazó mil veces
 El sol de los campamentos.
 Era en el vestir sencillo,
 Cuando no de gris de negro;
 Siempre ostentando la honrosa
 "Cruz de Constancia" en su pecho.

Militar bravo y sin tacha,
 De vastos conocimientos,
 Era una dama en el trato
 Y como amigo un modelo.

Incapaz de cualquier acto
 Que no fuese honrado y recto
 Era en la vida privada
 Tan amable como fiero.

Tocóle en época triste
De rencores y de duelos,
Cuando el odio de partidos
Alzaba su pendón negro,
Regir de su amada patria
El destino en alto puesto
E imponerle nuevas leyes
Buscando horizontes nuevos.

De carácter franco y débil,
De espíritu azas modesto,
Obligaronle más tarde
Privados y consejeros
A desconocer las obras
Más grandiosas de su tiempo.
L'enóse así de tristeza
Y de amargura, creyendo
Que iban á ponerse en duda
Su amor por el patrio suelo,
Su lealtad para los hombres
Que libertades le dieron
Y su afán íntimo y grande
De dar en cualquier momento
Toda la sangre y la vida
En defensa de su pueblo.

II

Sin combatir la tormenta,
Triste, conforme, resuelto,
Acusado, perseguido,
Mirando en el mundo artero
Que en la desgracia más grande
El desengaño es más negro;
Guardó todos los laureles

Ganados como guerrero
Hasta la ocasión propicia,
Hasta el soñado momento
En que volvió con su espada
Para decir al Gobierno:
"Hoy que la invasión extraña
"Viene á insu'tar nuestros fueros;
"Hoy que la legión altiva
De Napoleón el pequeño,
"Descnociendo tratados,
"Hollandno nobles derechos
Profana nuestros hogares,
"Yo, sin ambiciones, vengo
"A tomar entre las filas
Cual simple soldado un puesto;
"Que por salvar á mi Patria,
"Por defender á mi pueblo,
"Si Dios el triunfo me niega
"Quiero morir el primero."

Y confirmó cuanto dijo
En la acción de S. n Lorenzo,
Cuando sin hacerle caso,
Cuando sin prestarle crédito
A que por su mala tropa
Y sus pocos elementos
Si presentaba un combate
Era seguro un siniestro,
Le obligaron á batirse
Por orden del Ministerio.

Cual león por su bravura
Lanzóse terrible y fiero
Buscando gloriosa muerte
Y presentando su pecho
A los altivos soldados
De Napoleón el pequeño.
Allí murió Miguel López,
El héroe augusto y excelso,

Asombrado al enemigo,
Batándose cuerpo á cuerpo.

Como afort tuvo tal ansa
De morirse combatiendo,
Que fué preciso arrancarle
Del más peligroso puesto,
Cuando ya quedaba solo
En medio del campamento.

Esto obligó á que dijera
El coronel de Ingenieros
Que mandaba á los franceses
Que la victoria obtuvieron:
"Comonfort con su bravura
"Dejó á todos satisfechos,
"Pero era en tales instantes
Un general sin ejército."

Cuán triste de aquel desastre
Salió su espíritu enfermo,
Pero su limpia conciencia
Le dijo siempre en silencio:

Has demostrado á la Patria
Con tus hecchos esfuerzos,
Que le das honor y vida
Por defender su derecho
Y que porque Dios no quiso
No moriste en San Lorenzo.

III

Cuando Comonfort tornaba
A San Luis, desde Querétaro,
A conferenciar con Juárez
Y á explicarle sus proyectos
Como Ministro de Guerra,
Para defender al pueblo
Del yugo humillante y torpe
De Napoleón el Pequeño;

Asesinos elevosos
Le salieron al encuentro
Junto al molino de Soria,
En tierras de Chamacacero.

Era el once de Noviembre
Del año mil ochocientos
sesenta y tres. Espiraba
La tarde entre los reflejos
Purpurinos del Ocaso
Y el campo estaba en silencio.

Comonfort iba en un coche
Llevando de compañeros
A un joven, sobrino suyo,
A un ayudante, y con ellos
Un escribiente, elegido
Por su carácter discreto.

Al cruzar la parte angosta
Del polvoroso sendero,
Cuando la escolta venía
A lento paso y muy lejor,
Sale un grupo de bandidos
Que asaltan á los viajeros.
Disparando á quemarropa
Sus cien morquetos á un tiempo.
Muere en el coche Velázquez,
Estorbando con su cuerpo
Que Comonfort descendiera
Veloz por el lado opuesto.

Cuando al fin logró bajarse
En santa colera ardiendo,
En cada mano un revólver,
Sus ojos brotando fuego;
Cuando su ayudante Cerda
Tendido estaba en el suelo
Herido en distintas partes
De sangre y de polvo lleno;
Las balas de los bandidos.

Le atravesaron el pecho,
 Y en unos breves instantes
 Cayó en tierra sin aliento.
 No conformó á los verdugos
 Contemplar al héroe muerto,
 Y agregaron nueva infamia
 A su crimen torvo y negro,
 Profanando como hienas
 Aquellos sagrados restos,
 ¡Arastrando aquel cadáver
 Con una sogá en el cuello! ...

IV

Han corrido muchos años;
 Cambió la suerte de México;
 La paz derrama sus frutos
 Sobre nuestro fértil suelo,
 Y al recordar á los hombres
 Que con patriotismo inmenso
 Sacrificaron su vida
 Por salvar nuestros derechos,
 Es justo honrar la memoria
 Del esforzado guerrero
 Que con heroicas acciones
 Lavó sus sensibles yerros,
 Y que merece en la historia
 Las bendiciones del pueblo.

Enero de 1893.

TOMAS MEJIA

A MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL SEÑOR GENERAL
 DON MARIANO ESCOBEDO

I

Mientras Juárez indomable
 va á los destierros del Paso
 á defender su bandera,
 firme como un espartano;
 en México, sostenido
 por el invasor extraño
 se erige un trono y le ocupa
 más que ambicioso engañado,
 un iustre descendiente
 del más grande de los Carlos.

Joven, soñador y apuesto
 Asciende á lugar tan alto,
 Sin ver que á lo lejos flota
 el pendón republicano,
 y sin recordar que el pueblo
 por quien se sueña llamado,
 En otro tiempo á un monarca
 lanzó del trono al cadalso.

Recibióronle animosos
 los que el cetro le entregaron,
 Y al entrar por nuestras calles

fué tan grande el entusiasmo,
que del nuevo rey los ojos
no pudieron deslumbrados,
mirar que las bayonetas
que lo estaban custodiando
eran de extranjeras tropas
capaces de abandonarlo.

II

Joven príncipe, ¿á qué vienes?
¿Por qué dejas tu palacio
en medio de las azules
ondas del Mediterraneo,
como un nido de gaviotas
sobre un peñón solitario?

Este cielo azul no es tuyo,
no son tuyos estos lagos,
ni estos sabinos del bosque
que de viejos están canos.

Nada es tuyo, nada entiende
tu acento, nada ha guardado
cenizas de tus mayores
que en otras tierras brillaron.

Tu sangre azul no es la sangre
de Cuauhtemoc ni de Hidalgo;
cuanto te cerca es ageno,
cuanto te vela es extraño.

Príncipe noble ¿á qué vienes?
¿por qué dejas tu palacio
y aquellas ondas azules
de tu hermoso mar Adriático?

En medio de las tormentas
que se alzarán á tu paso,
cuando pronto te abandonen
los que te están custodiando,
hallarás como consuelo,

como abrigo, como amparo,
la firmeza y el arrojo
del soldado mexicano
que cumple con su bandera
satisfecho y resignado.

Torna príncipe al castillo
donde viviste soñando,
que por las gradas de un trono
subir se puede á un cadalso;

III

Con faustada pompa
en el ya imperial palacio
se celebran los natales
del reciente soberano.

Ya las guardias palatinas
de uniformes encarnados,
apuestos forman la valla
luciendo adargas y cascos.

Ministros y chambelanes,
consejeros y vasallos,
ostentan con arrogancia
sus pechos condecorados.

El salón de embajadores
por su lujo aristocrático,
recuerda á los que lo miran
de antiguos tiempos el fausto.

De pronto por todas partes
se extiende un rumor extraño
y es que las gradas del trono
el Archiduque ha pisado.

Diversas clases sociales
deben de felicitarlo
y ya están los oradores
por cada clase nombrados.

Un jurisconsulto experto

elocuente, pulcro y sabio,
es de la magistratura
el representante nato,

Le toca el lugar primero,
habla con acento claro,
con respeto se le escucha,
se le mira con agrado,
y estudio y saber revela
cada frase de sus labios.

Su discurso no fué breve,
Su estilo elegante y franco
y al acabar dijo alguno:
¡Bien por Lares! anhelando
aplaudirlo, sin hacerlo
por respeto al soberano.

Con elegancia vestido,
al clero representando
se acercó un obispo al trono
y dijo un discurso largo
lleno de notas y citas
latinas, propias del caso.
Era el orador de fama
por su elocuencia y su rango,
cétebre en aquellos tiempos
entre oradores sagrados.

"No estuvo corte Ormaechea"
dijo después de escucharlo
alguno á quien ya cansaba
la severidad del acto.

Nuevo rumor se produjo
Después en aquellos ámbitos
al ver que al trono llegaba
á paso lento un soldado
de cabellos y ojos negros,
tez cobriza, aspecto huraño,
descendiente de las razas
que en Anáhuac habitaron

antes de que la conquista
empobreciera á sus vástagos.

¡Formaba contraste brusco
la oscura tez del soldado
con la tez brillante y blanca
del archiduque germanol

Quedó el indígena absorto,
meditabundo y cortado,
sin articular palabra,
la frente y los ojos bajos.

¿Quién es? preguntó un curioso
y le respondió un anciano.

—Se llama Tomás Mejía
y es general reaccionario:
Viene á hablar por el ejército.
—¿Y él hizo el discurso?

—Varios
le escribieron y ninguno,
según dicen, le ha gustado;
el que dirá lo habrá escrito
ó Muñoz Ledo ó Arango.

—Escuchemos.

—Trascurrían
unos minutos muy largos;
Mejía estaba en silencio
todo tembloroso y pálido,
en silencio los presentes
y en silencio el soberano.

De pronto ven con asombro
que el indígena soldado
abriendo los negros ojos
que brillaban animados,
perora sin dar lectura
al papel que está en sus manos.

—"M gestad"—calló un momento;
"magestad"—siguió turbado;
"magestad"—yo no he aprendid

"lo que otros por mí pensarán,
 "pero si usted lo que busca
 "es un corazón honrado,
 "que lo quiera, lo respete,
 "lo defienda sin descanso
 "y le sirva sin dábiles
 "Sin interés, sin engaño;
 "aquí está mi corazón,
 "aquí están, señor, mis brazos
 "y en las horas del peligro,
 "si el peligro juntos vamos,
 "lo juro por mi bandera,
 "sabré morir a su lado."

Con lágrimas en los ojos
 trémulo Maximiliano,
 las fórmulas de la Corte
 por un instante olvidando,
 bajó del trono y al punto
 dió al General un brazo
 que aplaudieron los presentes
 con lágrimas de entusiasmo.

IV

Cayó el príncipe más tarde
 y con él cayó el soldado
 que le dijo esas palabras
 llenos los ojos de llanto.

A Dñ Tomás le ofrecieron
 del patíbulo salvarlo
 y él respondió: "solamente
 que salven al soberano."
 Un general victorioso,
 de gran poder y alto rango,
 que le estaba agradecido
 por algún hecho magnánimo,
 fué y le dijo: "yo podría

"lograr veros indultado;
 "os estimo y necesito
 "a toda costa salvaros.
 "¿queréis que os salve? decidlo,
 "que no me daré descanso
 "hasta que al fin me concedan
 "lo que para vos reclamo."

"Sólo admitiré el indulto
 respondió el indio soldado,
 Si me viene juntamente
 con el de Maximiliano."

—Me pedís un imposible.

—Pues me moriré a su lado.

—Pensad que tenéis familia.

—Tan solo a Dios se la encargo

—Soy capaz de protegeros

Si os resolvéis a fugaros.

—Y al Emperador?—No; nunca,

—Pues su misma suerte aguardo.

Y como lo sabe el mundo
 juntos fueron al cadalso
 y así selló con su sangre
 lo que dijeron sus labios.

11 de Julio de 1890.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XOCHIAPULCO

AL GENERAL D. JUAN N. MENDEZ.

I

¿Por qué tan precipitado
Se escucha el toque de alarma,
En los humildes cuarteles
De un pueblo de la montaña?
¿Por qué llegan tan velozes
Dejando sus pobres casas
Los hijos de Xochiapulco
Adonde fiero les llama
Con sus marciales acentos
El clarín de las batallas?
¿Por qué se pinta en los rostros
Esa expresión soberana,
Que ilumina los semblantes
Con el fulgor de las almas?
Esa expresión que en el mundo
El hombre á tener alcanza
En los instantes supremos
En que, cuanto tiene y ama,
Ofrece como holocausto
En el altar de la Patria?
¿Por qué los antes tranquilos
Hijos de aquella comarca

Con tan marcial continente
Empuñan las duras armas?
¿Quién se atreve de la guerra
La bandera ensangrentada
A clavar de aquellos montes
Sobre las cumbres más altas?
¿Quién pretende en esas rocas
Adonde anidan las águilas,
Profanar los patrios lares
Llevando muerte y venganza?

El invasor extranjero,
El que tras lenta campaña,
Hasta el mismo Xochiapulco
Tiende la pujante garra,
Con austriacos y franceses
El conde de Thun avanza;
Cuatro columnas caminan
Para combatir la plaza;
Son muchos los que se acercan
Y son pocos los que aguardan;
Mas si se cuentan los muchos
Los que son menos se bastan,
Y su arrojo no alimenta
Ilusiones, ni esperanzas.
Por eso cuando resuelto
Al sacrificio, los llama
El general Juan Francisco,
Que á los cuatrocientos manda,
Y tiene como segundo
En tan terrible jornada
Al General Juan Bonilla,
Que un espartano envidiara
Por su modestia, su arrojo,
Su saber y su constancia;
Acuden todos ligeros,
Y tomando la palabra

Juan Francisco, con voz firme,
De esta manera les habla:

II

—Tantos son los enemigos
Que sobre nosotros cargan,
En cuatro grandes columnas
Y todas de las tres armas,
Que imposible es que resista
La guarnición de la plaza.
Y aunque el deber nos impone
Y el patriotismo nos manda
Morir antes de rendirnos,
Defendiendo nuestra causa,
Fuera sacrificio inútil
Presentar una batalla,
Que dará triunfo seguro
Al enemigo que avanza;
Y no es valor ni prudencia
De un jefe, que siempre trata
De utilizar el arrojó
De gente tan denodada,
Lanzarlos en lucha estéril,
A una segura matanza.
Mas no quiero que tacharme
Pudieran tal vez mañana,
De que entrego al enemigo
La población desarmada,
Por eso, saber pretendo
De todos la opinión franca.

—No nos consultes, responden
Más de cien voces; nos basta
Que tú mandes, y contentos
Obedecer tus palabras.

—Pues bien, dice Juan Francisco,
Antes que con torpe planta,
El invasor extranjero
Mancille aquí nuestras casas,
Y llegue á nuestros hogares
A desceñirse la espada;
Supuesto que no podemos
En número, y no en audacia
Competir con los que vienen
Y que han de tomar la plaza;
No busquemos muerte inútil:
Nos necesita la patria:
Fuera de aquí, en nuestros bosques,
Y en los montes y cañadas,
Aunque pocos, con astucia
Podremos tener ventaja
Y proseguir sin descanso
Hasta que triufe la causa.
Pero el invasor no debe,
Encontrando puerta franca,
Llegar orgulloso al sitio
Que su presencia profana.
¡Soldados! hoy en cenizas
Se conviertan nuestras casas.
El invasor llege al pueblo
Alumbrado por las llamas,
Y contemple en Xochiapulco
La prueba patente y clara
De que no consienten yugo
Los hijos de la montaña! —

III

Aquel discurso escuchando,
Los soldados se entusiasman,
A sus jefes victorean

Ya la Libertad aclaman.
 En esos instantes mismos
 Se sabe que ya cercanas
 Están las gruesas columnas
 De la legión franco-austríaca.
 Comienzan á verse entonces
 Ligeras nubes que empañan
 Sobre los frágiles techos,
 Al flotar grises y blancas.
 Desde el más grande edificio
 A la más pobre cabaña.
 Se va el humo condensando
 Y en mil lenguas desatadas
 De fuego puebla el incendio
 Toda la extensa comarca.

Los soldados, las mujeres,
 Los niños, nadie descansa
 En la terrible tarea
 De quemar sus propias casas;
 Y cuando el fuego está en todo,
 En revuelta caravana,

Emigran los moradores:

Los ancianos á vanguardia,
 Y hombres, mujeres y niños,
 En agrupación compacta,
 Se ven del *Cuautecomaco*
 Sobre la vistosa falda,
 Semejando en el ascenso
 A las perseguidas águilas,
 Después . . . después con orgullo
 Miran surgir de las llamas
 El humo, como el incienso
 Que ofrecen ante las aras
 Del más sagrado y augusto
 Altar de la madre Patria!

IV

Aquel montón de cenizas
 Leves, sutiles y blancas,
 Que el viento arrastró en su giro,
 Sembrándolo con sus alas
 Como un bautismo de gloria
 De *Teletla á Zacapoaxtla*,
 Volvió á levantarse luego,
 Como el fénix de la Arabia,
 Cuando la paz bienhechora
 Le prestó su sombra grata.

Pero queda en sus campiñas
 Que el *Xochitonal* resguarda
 El recuerdo de sus hechos,
 La alteza de sus hazañas,
 Que los laureles no envidian
 De Sagunto y de Numancia,
 Y que en México repite
 Con nob e orgullo la Fama.



LA CORTE MARCIAL.

A MI MUY QUERIDO AMIGO MAGARIO RIVERO.

I

Ancho sombrero tejido
 Con tule de nuestros lagos,
 Al que adornaan dos pequeñas
 Hachas de plata en los lados.
 Al cuello suelta corbata
 Roja y tejida de gancho,
 Tejida según se sabe
 Por dos diminutas manos,
 Que juntas semejan lirios
 Y sueltas parecen ampos.
 Amalla blusa, también roja,
 Con grandes botones blancos;
 Calzonera de velludo
 Y ceñidor de burato.
 Frente por el sol tostada,
 Grandes los ojos y pardos,
 La barba escasa y ob cura,
 Pelo abundoso y castaño;
 Ágil en los movimientos,
 Carácter resuelto y franco,
 Y diestro como ninguno

En manejar el caballo,
 Durmiendo igual en las rocas
 Que en techo mullido y blando,
 Y sin resentir los rudos
 Embates de tiempo vario;
 Decidor con las mujeres,
 Afable con los soldados,
 Provocativo y terrible
 Con los del opuesto bando,
 Y fuerte y ágil teniendo
 La edad viril de treinta años,
 De los cuales más de nueve
 A la patria ha consagrado:
 Tal es Benito Ramírez,
 Nata y flor de los chinacos,
 Honra y prez de los jinetes,
 De los valientes ornato,
 Capitán de exploradores
 De un cuerpo republicano.

Siempre con buena fortuna
 En los lances que ha trabado,
 De no salir victorioso
 Escapó por un milagro.

Nunca sorprenderle pudo
 El enemigo en su campo,
 Pues llevaba como regla
 Invariable del soldado,
 Que en la guerra ha de dormirse
 Cual las liebres, conservando
 Siempre los ojos abiertos
 Por lo que viniere al caso.

Pero á pesar de esta regla,
 La suerte en su giro vago,
 Las horas del infortunio

Sobre el guerrillero trajo,
Y una tarde en un combate,
Y por su arrojo llevado,
Entre huestes enemigas
Tanto adelantó su paso
Que al fin cayó prisionero
Cuando murió su caballo,
Y á la ciudad de Morelia
Entre filas le llevaron.

II

En una desnuda sala
De las muchas de Palacio,
Se instalan con gran premura
Y con lúgubre aparato
Los oficiales que forman
Un tribunal que da espanto.

La corte marcial se llama,
Su solo nombre da pasmo,
Que de sangrienta y terrible
Tan grande fama ha alcanzado,
Que á cuantos juzga sentencia
Sin remisión al caldoso.

Ni allí la inocencia vale,
Ni se cuenta un solo caso
De que saliera con vida
Hombre que cayó en sus manos,

Los trámites y defensas,
Peticiónes y alegatos,
Son fórmulas que no engañan
Ni á los mismos acusados.
Pocas horas son bastantes
Para preparar el fallo,

Y fallo y muerte es lo mismo
En los terribles estrados,
Que á la sentencia se sigue
La ejecución en el acto!

A tribunal tan sangriento
El capitán fué llevado.
Era una mañana alegre
Del alegre mes de Mayo.
El cielo estaba en Morelia
Limpio, azul, brillante y diáfano.
Llegó Ramirez en medio
De dos filas de zúavos,
Tan altivo y tan airoso,
Que interesaba mirarlo;
Clavó los soberbios ojos
En los jueces con descaro,
Ocupó, cual todo reo,
El tosco, incómodo banco,
Cruzó la pierna altanero,
Dejó el sombrero calado,
Y una irónica sonrisa

Escapóse de sus labios.
Después de breves instantes
Se dió comienzo al sumario,
Que copió letra por letra
Tal como existe en los autos:
—¿Confiesas que perteneces
Al cuartel republicano?—

Siguióse un largo silencio
Y los jueces agregaron:
—Confiesas que muchas veces
Has podido, disfrazado,
Explorar el campamento
Del cuerpo expedicionario?

¿Confiesas que has perseguido,
Sin dar tregua ni descanso,
A las tropas del imperio
Que están Michoacán guardando?
¿Confiesas que á ti se deben
Mil asonadas y escándalos,
Que sirven á los bandidos
En la montaña acampados,
Que al que cojes no perdonas,
Ni mides virtud ni rango,
Pues por servir al imperio
Ya lo declaras malvado?

A cada nueva pregunta
Ramírez en aquel banco
Tomaba actitud distinta
De indiferente descaro,
Pero al fin le hicieron tantas
Y en ellas dijeron tantos
Insultos, que, en ira ardiendo,
De callar cansóse al cabo,
Y así dijo, con palabras
Que tronaban como rayos:

—Para qué perder el tiempo
Y estarme aquí preguntando,
Cuando el francés me ha cogido
Con las armas en la mano?
¿Cuándo saben que soy libre
Y que siempre fui chiaco,
Y ni doy cuartel ni pido
Que me lo den los contrarios?

Si ya está la sepultura
Mi cadáver esperando,
¿Para qué tantas preguntas,
Ni tenerme en este banco?

Yo ya sé cual es mi suerte;
Ni me importa ni hago caso;
Me matan de puro miedo;
Mas me llevo al otro lado
El gusto de haberlos vista
Correr como perros galgos.

Así, pues, pocas palabras,
Y que me lleven abajo:
Ya verán como se mueren
Los buenos republicanos,
Y eso tengo que enseñarles:
No pregunten más y vamos.

Solamente les advierto
Que muchos hay en mi campo
Que seguirán dando guerra,
Mejores que yo, más bravos,
Y que ni les hago falta
Ni ustedes les dan abasto.—
Alzóse luego Ramírez
Seguido de los soldados:
A poco tiempo se oyeron
Unos tiros en el patio,
Y un nuevo nombre la historia
Pudo escribir en sus fastos,

A MEDIA NOCHE.

A MI QUERIDO AMIGO ARISTEO MERCADO.

I

Más gallardo que el nenúfar
Que sobre las verdes ondas
Al soplo del manso viento
Se mece al rayar la aurora,
Es una linda doncella
Que tiene por nombre Rosa;
Y á fé que no hay en los campos
Igual á sus gracias otra.

Vive en Pátzcuaro, en la villa
De hermoso lago señora,
Lago que retrata un cielo
Limpio y azul, donde flotan
Blancas nubes que semejan
Grupos de errantes gaviotas.

Está en la flor de la vida,
No empaña ninguna sombra
Las primeras ilusiones
Con que el amor la corona.

Ama Rosa y es amada
Con un amor que no estorban
Sus padres, porque comprenden
Que el joven que para esposa
La pretende, nobles prendas
Y honrado nombre atesora.

Cuentan, los que lo conocen,
Que tal mérito lo sobona,
Que no hay otro que le iguale
Cien leguas á la redonda.
Y aunque alabanza de amigo
Pueda tacharse de impropia,
Nadie niega que Fernando
Tiene el alma generosa;
Que sus riquezas divide
Con los que sufren y lloran,
Que es tan bravo, que el peligro
Desdeña y jamás provoca,
Pero lo humilla y lo vence
Cuando en su camino asoma.

No hay ginete más garboso
Ni más diestro, porque asombra
Cuando de potro rebelde
Los fieros ímpetus doma,
Y es tan amable en su trato,
Tan cumplido en su persona,
Tan generoso en sus hechos
Y tan resuelto en sus obras,
Que la envidia no se atreve
Con su lengua ponzoñosa
A manchar su justa fama
Cuando cualquiera lo nombra.

Ya se prepara la fiesta,
Cercanas estén las bodas,

*ohs
perdon
esta en
la
página*

Los padres cuentan los días,
Los prometidos las horas;
Los amigos se disponen
Para obsequiar á la novia
Dando brillo con sus galas
A la nupcial ceremonia.

Y aunque es fiesta de familia
Por suya el pueblo la toma,
Y en llevarla bien al cabo
Se empaña la villa toda.

108

¡Con qué profunda tristeza
Vive Rosa en su retiro!
Está pálida su frente
Y están sns ojos sin brillo;
De la noche á la mañana
Corre de su llanto el hilo,
Sus padres sufren con ella
Y están tristes y abatidos.
No le da el sueño descanso
Ni el sol le procura alivio,
Que son la luz y las sombras
Para el que sufre lo mismo.

Está muy lejos Fernando,
Muy lejos y en gran peligro,
Porque al llegar de la boda
El instante apetecido,
Invadió como un torrente
La ciudad el enemigo.

El pabellón del imperio
Halla en Pátzcuaro un asilo,
Los franceses se apoderan

Del sosegado recinto,
Su ley imponen á todos,
Subyugan al pueblo altivo,
Y Fernando, en su caballo,
De pocos hombres seguido,
Sale á buscar la bandera
Que veneró desde niño,
Y que agita en las montañas
El viento del patriotismo.

Ni el amor ni la esperanza
Le cerraron el camino,
Que ciego á todo embeleso
Y sordo á todo atractivo,
La patria, sólo la patria
En tales horas ha visto,
Y por ella deja todo,
A salvarla decidido.

Rosa se queda llorando
Y como agostado lirio,
No hay fuerza que la levante
Ni sol que le infunda brio.

De su amoroso Fernando
Sólo saben lo que han dicho:
Fué á la guerra, y lo conoce
Firme noble y decidido;
Lo sueña entre los primeros
Que acometen los peligros,
Ssbe que en todos los casos,
Entre muerte y servilismo,
Ha de preferir la muerte,
Que es vida para los dignos,

Y con profunda tristeza
Vive Rosa en su retiro

Sin consuelo ni descanso,
Sin esperanza ni alivio,
Que son la luz y las sombras
Para el que sufre lo mismo.

III

A la habitación de Rosa,
Al rayar de la mañana,
Llega un indígena humilde
Que viene de la montaña,
Y sin despertar sospechas
Cruzó por las avanzadas
Trayendo un papel oculto
En su sombrero de palma.

En hablar con Rosa isiste
Cuando de oponerse tratan
Sus padres que en todo miran
Espionajes y acechanzas

Oye la joven las voces
Y con interés indaga,

Porque el corazón le dice
Que la nueva será grata,
Y lo confirma mirando
Que al borde de su ventana
Un *salta-pared* ligero
Tres veces alegres canta,
Nuncio de buena fortuna
Del pueblo entre las muchachas.

Llama al indio presurosa,
Este con faz animada
La saluda, y del sombrero
Descose la tosca falda,
Y de allí con mano firme,

Saca y le entrega una carta
Que vino tan escondida,
Que á ser otro no la hallara.

Rosa, trémula, no acierta,
En su gozo, á desplegarla
Y ya febril é impaciente
Tanta torpeza le enfada;
Abre al fin y reconoce
Que Fernando se la manda,
Y en cortas frases le dice
Esto que en su pecho guarda:

"Mi único amor, vida mía,
Mi pasión, alma del alma,
No puedo vivir sin verte,
Que sin tí todo me falta;
Y aunque tu amor me da aliento
Y tu recuerdo me salva,
Tengo sed de tu presencia,
Tengo sed de tus palabras.

"Hoy por fortuna muy cerca
Me encuentro de tu morada,
Y he de verte aunque se oponga
Todo el poder de la Francia.

"Esta noche, á media noche,
Antes de rayar el alba,
Para verme y para hablarme
Asómate á la ventana.

"Adios, vida de mi vida,
No tengas miedo, y aguarda
Al que adora tu recuerdo
Luchando entre las montañas."

IV

Es pasada media noche,
Reina profundo silencio
Que solo interrumpe á veces
El ladrido de los perros,
O el grito del centinela
Que lleva perdido el viento.

En su ventana está Rosa,
Entre las sombras, queriendo
Penetrar con la mirada
De sus grandes ojos negros,
Las tinieblas que sepultan
Los callejones estrechos.

Para no inspirar sospechas
Oscuro está su aposento,
Y ni á suspirar se atreve
Por no vender su secreto.

De súbito escucha pasos
Cautelosos á lo lejos,
Y al oírlos no le cabe
El corazón en el pecho.

Entre las sombras divisa
A'go que tomando cuerpo
A la ventana se llega
Y casi con el aliento
Le dice:—Prenda del alma,
Aquí estoy.

—¡Bendito el cielo!—
Contesta Rosa y las manos
En la oscuridad tendiendo
Halla el rostro de su amante

Que las cubre con sus besos.

—¿Dudabas de que viniera?

—¿Cómo dudar, si yo creo

Cuanto me dices lo mismo

Que si fuera el evangelio?

—¡Tantas semanas sin verte!

¡Tanto tiempo!

—¡Tanto tiempo!

—Pero temo por tu vida.....

—No temas, Dios es muy bueno.

Ahora dime que me amas,

A que me lo digas vengo

Y á decirte que te adoro.....

—¿Más que yo á tí, cuando siento

Hasta de la misma patria

El aguijón de los celos?

No te culpo, mi Fernando,

No te culpo, bien has hecho,

Pero dudo, y me atormenta

Pensar que esconde tu seno

Amor más grande que el mío

Y otro vínculo más tierno.

Escúchame: si algún día

Merced á tu noble esfuerzo,

Victoriosa tu bandera,

Por héroe te aclama el pueblo,

Yo disputaré á tu frente

Ese laurel, porque tengo

Ante la patria que gime

Para adquirirlo derecho;

Tú sacrificas tu vida;

Yo, débil mujer, le ofrezco

Alentando tu constancia,

Todo el amor que te tengo

¡Ay, Fernando! ¿tú no mides

Este sacrificio inmenso?

Y al decir así, la mano
Atrajo del guerrillero
Y con su llanto al bañarla
La oprimió contra su pecho.

V
Limpia despunta la aurora,
Y en la ventana Fernando
No se atreve á despedirse,
Sin hacer del tiempo caso.

Mas de pronto, por la esquina,
Sobre fogoso caballo,
De la brida conduciendo
Un potro alazán tostado,
Un guerrillero aparece
Con el mosquete en la mano.

Acércase á la pareja,
Aquel coloquio turbando,
Y dirigiéndose al joven
Le dice:—mi jefe, vamos,
Monte, que nos hau sentido,
Y somos dos contra tantos.

—¡Vete, por Dios!—grita Rosa,
Salla á su corcel Fernando,
Toma su pistola, besa
A la doncella en los labios,
Y á tiempo que se despide,
Por un callejón cercano
Desembocan en desorden
Argelinos y zúavos.

-- ¡Alto!—gritan los que vienen.
—¡Primero muerto que dado!
Contesta el otro, y se lanza

Para abrir en ellas paso.....
Suenan discordantes gritos,
Y se escuchan los disparos,
Y álzanse nubes de polvo
De los pies de los soldados;
Y al punto que Rosa enjuga
Sus ojos que anub'a el llanto,
Ya mira cómo se alejan
A galope por el campo,
Libres de sus enemigos,
El asistente y Fernando.

VI

Algunos años máa tarde,
Y cuando pagó á su patria
La deuda de sus servicios
Y la vió libre y sin mancha,
Volvió Fernando á sus lares,
Colgó en el hogar su espada,
Y no quiso ser soldado
Después de triunfar su causa,
Que fué guerrero del pueblo,
Luchador en la montaña,
De los que solo combaten
Si está en peligro la patria.

Entonces cumplióle á Rosa
Sus ofertas más sagradas,
Y fué la boda una fiesta
Popular, risueña y franca.

Al verlos salir del templo,
Según refiere la fama,
Recordando aquellas frases
De la inolvidable carta,
Formando vistoso grupo

A las puertas de su casa,
 Las más bonitas del pueblo,
 Las más festivas muchachas,
 Con melancólicas notas
 Que á nuestros tiempos alcanzan
 (En canción que "Los Cap'ros"
 En Michoacán se la llama),
 Al compás de las vihuelas,
 De esta manera cantaban:
 "Esta noche, á media noche
 Y antes que llegue mañana,
 Si oyes que al pasar te silbo
 Asímate á tu ventana."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
 CUAL secreto
 pendeja
 UNIVER
 DIRECCION GENERAL DE
 fuente a
 estructura

LA HEROINA DEL DOLOR

A la Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz,

I
 Por una angustia vereda
 Que cruza entre las montañas
 Que por el Sur de Jalisco
 Forman gigante muralla,
 Caminando paso á paso,
 Al despuntar la mañana,
 Van en sus dóciles potros
 Que de fuertes tienen traza,
 Un oficial embozado
 En vieja y obscura capa,
 Una mujer bella y joven
 Con un niño que amamanta,
 Y un asistente que sigue
 De la pareja la marcha.

Risueña nace la aurora,
 Alegres las aves cantan,
 El viento cruza tan manso,
 Que no estremece las ramas;
 Sonoro rumor se escucha

CAPITULO III

De las distintas cascadas,
Y la tierra humedecida
Con las lágrimas del alba
Entre el tupido follaje
Ligeras brumas levanta.

Por el azul de los cielos
Atraviesan las bandadas
De mi los y colorines,
De tordos y guacamayas.

Van alegres los viajeros,
Y, al compás de las pisadas
De los caballos, sostienea
Festiva y sabrosa charla.
—Mira qué grandes, qué bellos
Tiene los ojos —exclama
La mujer mirando al niño:
Si ya con los ojos habla;
Mira qué obscuro es su pelo
Sus manecitas qué blancas,
Y esa sonrisa tan dulce
Que llega al fondo del alma.
¿No confiesas que es hermoso?

Y el oficial que no aparta
Del bello grupo la vista,
Responde con risa franca
Que la ternura denuncia
Y el buen carácter delata:

—Por fuerza debe ser bello,
Si tiene mi misma cara:
Es retrato de su padre
Y hasta los ciegos lo cantan.—
Alzó la joven el rostro,
Y lanzando una mirada

Más traviesa que burlona:
—Si, tu retrato le llamas
Contestó—porque no has visto
En un espejo tus gracias.—

Y como dando la prueba
De que mienten sus palabras,
Acaricia del marido
La lengua y sedosa barba.

El sol se va levantando:
De los montes en la falda
Las nieblas desaparecen,
Y se agrupan en las palmas,
Buscando la fresca sombra,
Las aves en las cañadas.

Sigue el grupo su camino,
Mas ya con pesosa marcha,
Que baja lumbre del cielo.
Y el suelo despide llamas.

La madre al niño procura
Defender del sol que abrasa,
Formándole frágil toldo
Con tela ligera y blanca.

El oficial va cual antes
Sin soltar ni la bufanda,
Pues toma por buena regla:
"Para buen sol, buena cspa."

El soldado indiferente
Silbando el toque de marcha,
Sigue cual si no sintiera
Temperatura tan alta.

El se apellida Lozano;
Ella, Matilde se llama,

Y el asistente responde
Al nombre de Juan Zapata.

II

De improviso los caballos
Detienen, y con recelo
Alzan la cabeza y mueven
Ambas orejas á un tiempo.
El oficial y el soldado
Comprenden cercano riesgo
Los dos empuñan las armas,
Y, con ademán resuelto,
Saltan entre la maleza,
Límite del bosque espeso,
No bien un palmo adelantan
Cuando salen á su encuentro,
Cual brotando de la selva,
Audaces, terribles fieros.
Los cazadores franceses
Que allí estaban en acecho.

Es la resistencia inútil
Que en gran número son ellos,
Y tan de prisa se llegan,
Que cercan en un momento
Al oficial y á Zapata,
Intimidando soberbios.
El uniforme denuncia
A Lozano, y sin remedio
Tiene que entregar sus armas
Y darse por prisionero.

Muda de asombro, tombando,
Con el rostro descompuesto,
Las lágrimas en los ojos
Y apretando contra el seno

Al niño cual si quisiera,
En ella misma esconderlo,
Matilde mira á su esposo,
A los soldados y al cielo:
Y ni tiene una plegaria,
Ni una queja, ni un lamento.

En tanto, de los caballos
Hacen bajar á los preses,
Y en medio de los franceses
Y sin ningún miramiento,
Se encamina la columna
Buscando el vecino pueblo,
Y tras ella pensativa
Sigue Matilde en silencio,
Que nadie de ella se ocupa
En tan aciagos momentos.

Una madre abandonada,
En un camino desierto,
Con un niño entre los brazos,
Llevando dentro del pecho
El corazón comprimido
Por el dolor más intenso,
Podrá conmover sin duda
El ánimo más sereno:
Pero en medio de las luchas
Y cuando sopla el aliento
De los combates, en vano
Fuera buscar un consuelo
En marciales corazones
Templados á sangre y fuego.

III

Prisionero está en Colima
El comandante Lozano,
Y en la pobreza Matilde

Vive su prisión llorando.
Tiene en peligro la vida
El jefe republicano,
Pues de cuantos han caído
á ninguno ha perdonado,
Que Berthelin que allí manda
Debe en justicia á sus actos
Los renombres que lesiguen
De implacable y sanguinario.

Matilde ocupa una casa
En un apartado barrio,
Mas, por desgracia, esa calle
Es el camino marcado
Para llevar diariamente
Las víctimas al cadalso.

Y así, todas las mañanas,
Luego que suenan las cuatro,
Oye Matilde que llevan
En las sombras los cuavos
A una plazuela cercana
Los mártires sentenciados.

Escucha á pocos instantes
El sonar de los disparos,
Y luego vuelve la escolta
los cadáveres dejando,
Que el cura siempre recoge
Cuando el sol está muy alto.

En horrible incertidumbre,
Con el pecho destrozado,
Cada mañana Matilde
Escucha llena de pavor,
Cuando pasa la columna
A los mártires llevando;
Cada mañana supone

Que va con ellos Lezano,
Y al escuchar las descargas
Nubla sus ojos el llanto
Y con voz entrecortada
Pone al niño en su regazo,
Y acercándolo á su rostro,
Le dice, bajo, muy bajo:
—¡Hijo del alma, quién sabe
Si á tu padre habrán matado!—

Se pone luego en acecho,
Y al regresar los zifavos,
Cuando siente que se alejan
Y queda en silencio el barrio:
Coge un farol y le oculta,
Toma al niño entre sus brazos,
Abre con temor la puerta,
Ve la calle con espanto,
Y trémula y conmovida
Dirige el incierto paso
Hasta el lugar en que yacen
Los muertos abandonados.....

Lanza su rojiza lumbre,
Tras de los vidrios opacos,
El farolillo que tiembla
De la mujer en la mano.
Hicuto el negro cabello,
De las órbitas saltando
Los ojos como dos ascuas,
Ve Matilde, paso á paso,
Uno por uno, los rostros,
Por el plomo destrozados.
Hunde las desnudas plantas

De tibia sangre en los charcos,
Y ni el terror la detiene
Ni la domina el espanto.

Inclinase y delirante
Va cada rostro mirando,
Y si en alguno las huellas
Del proyectil han borrado
Las facciones, si la sangre
Ocuella todos los rasgos,
Valerosa se arrodilla
Y con atrevida mano
Lo enjuga, aparta el cabello
Y su audacia llega á tanto,
Que á muchos abre los ojos
Claros señales buscando.

Cuando queda satis'echa
De que no ha muerto Lozano,
Se arrodilla, e'leva al cielo,
Cortándola con su llanto,
La más ferviente plegaria
Qué alzó pecho atribulado.

Vuelve en seguida á su casa
Pasa en terribles trabajos
Las horas, llega la noche,
Escucha sonar las cuatro,
Y otra vez la misma escena,
Y sin tregua ni descanso
Uno tras otros los días
Va en esta angustia pasando;
Así transcurren los meses
Está su cabel'o blanco,
Está su faz demacrada,
Donde abrió surcos el llanto,
Y ya una anciana parece
Y cuenta veintitrés años.

IV

Una noche tenebrosa
En que ruda la tormenta
Sobre la ciudad bramando
Hace estremecer la tierra,
Y las ráfagas del viento
Hondos gemidos remedan,
Y el relámpago se enciende
Rasgando la sombra densa,
Y se desata en raudales
De lluvia la nube negra,
Tan turbada está Matilde,
Tan turbada y tan inquieta,
Que la tempestad de su alma
A la del cielo semeja.

Quiere rezar y no puede,
Quiere llorar y está secas
De sus lágrimas las fuentes,
Que las agotó la pena.

Quiere quejarse, y palabras
Por más que busca no encuentra;
Al niño toma en sus brazos,
Y, cual si suyo no fuera,
Como perdido entre nubes,
Con vaguedad lo contempla,
Y siente que le abandonan
La voluntad y las fuerzas,
Y que su razón vacila,
Y que su sangre se hiela.

Así queda largo tiempo
Como estatua muda y quieta,
Mas de improviso se yergue,

Alza el rostro, escucha atenta,
Y se convence temblando,
De que ya las cuatro suenan.....

Reina en la calle el silencio,
Ha cesado la tormenta,
Y se oye sobre las charcas
Las pisadas que se acercan
De las tropas que caminan
A la ejecución sangrienta.
Matilde, cobrando aliento,
Va con sigilo á la puerta
Y quiere por las rendijas
De la gastada madera
Contemplar á los que pasan,
Pero la sombra es tan densa
Que en vano lanza cual dardos
Sus miradas hacia fuera,
Y solo descubre bu'tos
Iguales, fantasmas negras,
Que saliendo de unas sombras
En otras sombras penetran.

Ella detiene el aliento
Mientras pasan y se alejan,
Y ni á respirar se atreve,
Inmóvil, como de piedra,
Hasta que escucha á lo lejos
Cómo las descargas suenan.

Entonces lanza un gemido;
Nunca tan honda su pena
Sintió como en esa noche
De agenia y de tormentas.

Cuando de vuelta la tropa,
Quedó la calle desierta,
Matilde, cargando al niño,
Corre á la plaza siniestra,
Y su agitación es tanta,
Que á cada paso tropieza.

Llega hasta el lugar terrible,
Y loca, convulsa, y ciega,
Con avidez, y con ansia,
Al fulgor de su linterna
Mira un cadáver tendido
Sobre la mojada yerba.

Cuando la luz amarilla
Baña la faz descompuesta,
Matilde lanza un profundo
Grito, y se desploma yerta.

Cuando el sol de la mañana
Bañó montes y collados,
Y fué á buscar á los muertos
El cura humilde del barrio;
Descubrió con gran asombro,
Estrechamente abrazado,
El cadáver de una dama
Al cadáver de Lozano,
Y junto al fúnebre grupo,
Llorando en el triste campo,
Un niño que apenas muestra
Tener de existencia un año

EL PRISIONERO DE PAPAZINDAN

A IGNACIO PEREZ SALAZAR

Treinta y tres años cumplidos,
 Ancha la espalda, alto el pecho,
 Estatura que disfraza
 El tosco vigor del cuerpo.
 Ojo vivo y penetrante,
 Corto el poblado cabello,
 Sin un asomo de barba,
 El bigote escaso y recio;
 Hundido sobre las cejas
 Ancho y oscuro sombrero;
 Ninguna insignia en el traje,
 Ningún militar arreo,
 Siempre prudente y callado,
 Siempre vestido de negro;
 Con una calma y un modo
 Tan natural, tan modesto,
 Que más al verle semeja
 Humilde y franco labriego.
 Que luchador indomable
 Y temido guerrillero,
 A quien los franceses nombran,
 Por su arrojo y su denuedo,

*El león de las montañas,
 Y que en reñidos esuentros,
 Lo mismo en Venta del Aire,
 Zitácuaro y Angangueo,
 Probó bien cuanto á su patria
 Ama y defiende su pecho.*

Jamás el rudo combate
 Llegó á contemplar de lejos,
 Pues acompañado ó solo
 Entraba siempre el primero.
 Nunca contó al enemigo,
 Que donde estaba sabiendo,
 Se apresuraba á encontrarle
 Valiente pero sereno
 Como todos reposado,
 Y más que todos, resuelto;
 Al comenzar el combate,
 Al enemigo embistiendo,
 Ni la cabeza inclinaba
 Para acometer e ciego,
 Ni con destemplados gritos
 Daba á sus huestes aliento,
 El valor á sus soldados
 Brotaba con solo verlo;
 Que una enseña es su figura,
 Su calma estoica un ejemplo
 Nada resiste á su empuje,
 Y abre un camino su acero
 Por el que va la victoria
 Siempre sus huellas siguiendo.
 Los enemigos le temen;
 De la noche en el silencio
 Por todas partes esperan
 Como á un tigre sorprenderlo,
 Mas no valen embosecadas
 Yes vano cualquier intento,

Que siempre burla sus planes,
De barata sus proyectos,
Y los humilla y los vence,
Y á tanto llega su esfuerzo,
Que como un ser protegido
Por insondable misterio,
Le miran propios y extraños:
Tal es Nicolás Romero.

VALERE BLANNAM
VERITATIS II

No tuvo Riva Palacio
En aquel glorioso tiempo
Un soldado más adicto
Ni un amigo más sincero.
Y cuéntese con que andaban
A su lado: Luis Robredo
Que en Tacámbaro sucumbe
A los belgas combatiendo;
El coronel Luis Carrillo,
Que en los moros de Querétaro,
Al frente de sus soldados,
Exhaló el postrer aliento;
Y Bernal, que en Uruápam,
Asaltando un parapeto
Dejó escaparse la vida
Por ancha herida en el pecho.
Y otros seres cuyos nombres
En el polvo se escondieron,
Y quedan allí esperando
Que la Historia, juez supremo,
A la vida de la gloria
Los llame por justo premio.
Por eso, como entre todos
Descuella el bravo Romero.
Y como todos lo juzgan
En campaña el más experto,

Dispone Riva Palacio
Dejar á su mando el cuerpo
Que ha combatido sin tregua
En el Estado de México,
Mientras él marcha á encargarse,
En Michoacán del Gobierno,
Y á reunir las divisiones
Del Ejército del Centro.
Transcurren algunos días,
Y órdenes tiene Romero
De ir á Tacámbaro á unir
Con el resto del ejército.
Obedece como siempre.
Precipita los aprestos,
Y ya lista su brigada
En marcha se pone luego.

III

Es azarosa y terrible
La vida del guerrillero,
Pero lo fué más que nunca
Sostenida en aquel tiempo
Cuando flotaba triunfante
La bandera del Imperio,
Y árbitro de nuestra suerte
Era Napoleón tercero.
El porvenir asomaba
Mostrando en el turbio cielo
Anchas nubes tormentosas,
Tristes horizontes negros,
Y al pendón republicano
Miraba con torvo ceño
La victoria, sin dejarle
Sus glorias y sus trofeos.

¡Soldados de las montañas!
Unos vivos y otros muertos:

Vuestra abnegación a sombra
 En esa lucha, teniendo
 La muerte siempre a la vista;
 Y sin esperar el éxito
 El mundo os miró luchando,
 Que no soñabáis más premio
 Que combatir por la patria
 Y morir por sus derechos.
 Hasta ignorabáis, humildes,
 Que de noche, en el silencio,
 Cuando las rojas hogueras
 Alumbran los campamentos;
 Pasaban entre las sombras,
 Vuestra causa bendiciendo,
 Tres espíritus sublimes
 Que os dieran heroico ejemplo.
 ¡El delgol de vuestras glorias
 Impulso, móvil y centro;
 Con él, un héroe que fuera
 De la Independencia el genio:
 El invencible de Cuauhtla
 El intachable Morelos!
 Y con ambos la más viva
 Encarnación de este pueblo:
 El águila desu escudo.
 ¡El indomable Guerrero!
 ¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados de pueblo!
 Los que tuvisteis por tienda
 Praderas, montes y yermos,
 Harapos por uniforme
 Y abrupto peñón por lecho!
 Sonará siempre mi lira
 Con algún acorde tierno,
 Al repetir vuestros nombres
 Y al relatar vuestros hechos.
 ¡Cuán los dormís en el polvo!

¡Cuántos, ya tristes y viejos,
 Entre olvido y amargura,
 Vivís de vuestros recuerdos!
 Perdidas las ilusiones,
 Y la fe muerta en el pecho,
 Contáis vuestras breves horas
 Envidiando a los que han muerto.
 Mi voz pretende sacaros
 De tan hondo abatimiento.
 Que si en alas polvorosas
 Lleva esas glorias el tiempo
 Yo que nací mexicano,
 Arrabataré las quiero,
 Y como un grupo de soles
 Mostraré al Universo:
 ¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados del pueblo!
 Como vergel escondido
 Entre montes gigantescos,
 En donde limpios arroyos
 Fertilizando aquel suelo,
 Cruzan entre las parotas,
 Retza entre los ceibos,
 Y se ocultan en la grana
 Y después brotan ligeros,
 Brindando con sus cristales
 A los ganados sedientos,
 Mientras se posan las garzas
 En los hojosos granjenos,
 Y las guacamayas cruzan
 Con tardo y pausado vuelo;
 Hay un grupo que semeja
 Un palomar pintoresco,
 Formado de blancas chozas,

En donde habitan contentos
 Con sus familias humildes
 Francos y altivos rancheros
 Cerca de cuarenta leguas
 Distará el naciente pueblo
 De Zitácuaro, medidas
 Sobre escabrosos senderos;
 Papazindán se le llama,
 Y de la guerra el aliento
 No ha nublado todavía
 El limpio azul de su cielo.
 Una mañana se miran
 A los ardientes reflejos
 Del sol que nace, esos campos
 Poblados de guerrilleros.
 Allí pasaron la noche,
 Allí se ve el campamento
 Que formó la infantería
 De la Cañada en el centro,
 Y son aquellos soldados
 Que inspiran amor al pueblo
 Los que en constante campaña
 Manda Nicolás Romero.
 No esperan al enemigo
 Y como libres de riesgo,
 Olvidando las fatigas,
 Descansan todos contentos.
 De súbito, se oyen tiros
 Y blasfemias y denuestos,
 Y como huracán terrible
 Que no espera el mar sereno,
 Destrozando la maleza
 Y la tierra estremeciendo,
 Furiosos se precipitan
 Enemigos regimientos,
 Acuchillando á su paso
 Y el espanto difundiendo,

Sin dar á los más osados.
 Para defenderse, tiempo.
 Tras ese alud de jinetes
 Los infantes vienen luego,
 Y lo que aquellos comienzan
 A consumir llegan éstos.
 Nada resiste á su empuje,
 Y muertos ó prisioneros
 Quedan los que no han podido
 Ir por el bosque dispuestos.
 Nada se sabe del Jefe,
 Los franceses con empeño
 Por todas partes preguntan
 Si ha quedado vivo ó muerto:
 Mas como nada descubren
 Y al combate han dado término,
 Para descansar escogen
 El lugar de aquel siniestro.
 Dos horas después se mira
 Tan tranquilo todo aquello
 Que un grupo de zuavos rie
 Contemplando á un compañero
 Que en pos de arrogante gallo
 Corre afanoso y violento.
 El animal, ya rendido,
 Por salvarse emprende el vuelo
 Y entre las ramas de un árbol
 Esconde el pintado cuerpo.
 El zuavo llega en su busca,
 Aza los ojos atento,
 Y descubre, entre el ramaje,
 Recatado un bulto negro,
 Lanza un grito de sorpresa,
 Requiere el arma violento,
 Y con grandes voces llama
 A todos sus compañeros.
 Acuden, miran, discuten,

Gritan y le intiman prestos
 Que descienda, si no quiere
 Que sobre él rompan el fuego.
 Muévense entonces las ramas,
 Y lentamente, sin miedo,
 Baja por el tronco un hombre
 Que está vestido de negro.
 A tal novedad acuden
 Más jefes y subalternos,
 Que á la par que lo contemplan
 Le forman círculo estrecho.
 No le conoce ninguno,
 Más él, á todo resuelto,
 Les dice con voz tranquila:
 "Yo soy Nicolás Romero."
 Al escuchar ese nombre,
 Temido por todos ellos,
 Y al contemplar desarmado
 A quien vencido no vieron,
 Asema en todos los rostros
 Con el asombro el contento.
El León de las montañas
 Presa del destino ciego,
 Mas debe al propio infortunio
 Que del contrario al esfuerzo
 Hallarse entre los franceses
 Desarmado y prisionero.

Aunque el sol naciente brilla
 Con deslumbrantes reflejos,
 De la ciudad opulenta
 Sobre el trasparente cielo;
 Hay algo que no se explica,
 Que pesando sobre México
 Hace que la luz se mire

Con un color ceniciento,
 Y a'umbre calles y plazas
 Como la antorcha de un féretro.
 Los ánimos conturbados,
 Los corazones opresos,
 Tristeza por todas partes,
 Por todas partes silencio.
 El menos rapaz comprende
 Que se prepara un suceso
 Tan triste tan pavoroso,
 Tan terrible, tan funesto,
 Que al presentirlo semeja
 La ciudad un cementerio.
 Desde que rayó la aurora,
 En la penumbra se vieron
 Marchar silenciosamente
 Del enemigo extraño
 Los pesados escuadrones,
 Los compactos regimientos,
 No distante de la plaza,
 En el oriental extremo
 De la ciudad se descubre
 Vecina de los potreros
 De Aragón, desierta plaza,
 De triste y mísero aspecto.
 Cierran su humilde recinto
 Albergues de carboneros,
 Y pobres chozas que alfombran
 Guijarros y polvo seco.
 Es la plaza de Mixcalco,
 Que á todos infunde miedo
 Por ser sitio en que la pena
 Capital sufren los reos;
 Le ha regado mucha sangre;
 Muchos el postrer aliento
 Lanzaron allí, mirando
 Aquel conterno siniestro

Por eso los grises muros
 Del ángulo norte izquierdo
 Son conocidos por todos
Como el rincón de los muertos.
 Va lentamente á esa plaza,
 En gruesas ondas el pueblo,
 En pos de los batallones
 Que van llegando en silencio.
 Fórmase el cuadro, se alinean
 Los zuavos en primer término,
 Y entre sus filas asoman
 Las archas bocas de fuego.
 De ras cazadores de Africa,
 Que con su marcial aspecto
 A la inquieta muchedumbre
 Imponen mucho respeto.
 Alzáce un rumor de pronto,
 Como el mar que rugie fiero,
 Abren paso los soldados,
 Entra todo en movimiento,
 Y en el cuadro se presenta
 El funéreo cortejo
 Con el que van al cadalso
 Cuatro mártires del pueblo.
 Era el uno Roque Flores,
 Un valeroso sargento;
 El otro Encarnación Rojas,
 Alférez del mismo cuerpo;
 Eugenio Alvarez, altivo
 Comandante, muy ajuerto,
 En un tricolor zarape
 Con suma elegancia envuelto;
 Y con ellos muy tranquilo,
 Como quien marcha á paseo,
 El valor en la mirada
 Y fumando y sonriendo,
 Al pat bu o gler oso

Llegó Nicolás Romero.
 Fió mase á los cuatro en fila,
 Reina fúnebre silencio,
 Los tiradores preparao,
 Se da la señal de fuego,
 Y al tronar de los fusiles,
 El grito de ¡Viva México!
 Brotando de aquellas bocas,
 Van con su postrer aliento
 Por el cielo de la patria
 En nubes de gloria envuelto.

VI

¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados del pueblo!
 Sobre vuestras tumbas crecen,
 Inmarcesibles y eternos,
 Los laureles con que adornan
 Los inmortales sus templos.
 Huiades desde la cuna,
 Nacisteis en el silencio,
 Y á la luz del patriotismo
 Que se encendió en vuestros pechos
 La historia imparcial, severa,
 Grabó con babil de fuego
 Vuestros nombres en sus altos,
 Perdurables monumentos!



EL TORDO

(21 DE MAYO DE 1866)

A MI ESTIMADO AMIGO FRANCISCO SAENZ MERAZ

Como un nido de pa'os nas
 Que se esconde en las cañadas,
 Debajo de un cielo hermoso
 Azul, sereno y sin mancha,
 Está Huejutla, la cercan
 Sus interesantes montañas;
 Bellas flores la perfuman
 Y tres arroyos la bañan.
 A la luz del sol naciente,
 ¡Cuán risueños se destacan
 Sus tejados siempre rojos
 Y sus casas siempre blancas!
 Huejutla, es la arteria rica
 Que vida y vigor derrama,
 De la Huasteca á la Sierra,
 Que las estrecha y enlaza,
 Como llave y como centro
 De comercio y de abundancia.

Allá en los funestos días
 De la intervención extraña,
 Fué el Imperio en Huejutla

Buena parte de sus armas,
 Más de cuatrocientos hombres
 A la ciudad resguardaban,
 Provistos de cuanto puede
 Ambicionarse en campaña.
 Llegó el veintiuno de Mayo
 Del sesenta y seis. Erraba
 El gran Juárez manteniendo
 Para de la ley el arca,
 Por los áridos deiertos
 Y los montes de Chihuahua.
 Como Mayo es mes de gloria
 Que en nuestros fastos resalta,
 A los libres de Huejutla
 Les llenó de fuego el alma,
 Y un humilde hijo del pueblo,
 Moreno, de anchas espaldas,
 De ojos negros y brillantes
 Con expresivas miradas,
 Antonio Reyes, un pobre
 Capitán que lamentaba
 Ver en su tierra nativa
 A las fuerzas del monarca;
 Agrupó veintitres hombres
 De los de más temple y alma,
 Y les dijo: "vamos todos
 A morir por nuestra causa,
 O á expulsar de nuestro suelo
 A los que tanto la infaman."
 Y sin otros elementos
 Que mal parque y pocas armas,
 Intentó dar un asalto
 El veinte por la mañana,
 Pero el cielo abrió inclemente
 Sus horribles cataratas
 Y frustró todos los planes
 Que Antonio Reyes fraguara.

Con trabajos espantosos
 Los que en el secreto estaban
 Sacando á medias el porque
 Esperaron la alborada
 Y Reyes pidió á sus hombres
 Que librarán la batalla
 Llevando los piés desnudos
 Para que nadie escapara.
 Y así, de calzos, y llenos
 De fe, de valor, de rabia,
 A las tropas imperiales
 Sorprenden con tal audacia
 Que ni éstas se dieron cuenta
 De quienes las atacaban
 Ni dispusieron de tiempo
 Para resistir la carga.
 Tan violento fué el ataque
 Que ya desmoralizadas,
 Dejando cien prisioneros
 Abandonaron la plaza
 El osado Antonio Reyes
 A quien "El Tordo" llamaban
 Sus compañeros y amigos,
 Fué el más bravo en la campaña.
 Y á tiempo que la victoria
 Coroó sus espaldas,
 Y á tiempo que decía á todos:
 Vencimos! ¡Viva la Patria!
 ¡Un proyectil alevoso
 Le penetra por la espalda
 Y apaga el brillo en sus ojos
 Y en sus labios las palabras,
 ¡Viva el Tordo! repetían
 Los ecos en las montañas,
 ¡V van Huejutla y sus hijos
 Que alzan las frentes sin manchas!

Etre tanto, habían dejado
 Los imperiales la plaza,
 El sol de Mayo vería
 Rayos de amor y esperanza
 Y al aire daban sus voces
 De entusiasmo las campanas
 Y ell sobre toscas piedras
 En roja sangre empapadas,
 Antonio Reyes «El Tordo»,
 El héroe de aquel a hazaña,
 Rígido, inerte, sin vida,
 En su semb'ante irradiaba
 La gloria, la inmensa gloria
 Del que muere por la patria.

1891

¡Primero es la Patria!

A mi fraternal amigo Rafael de Zayas Enriquez

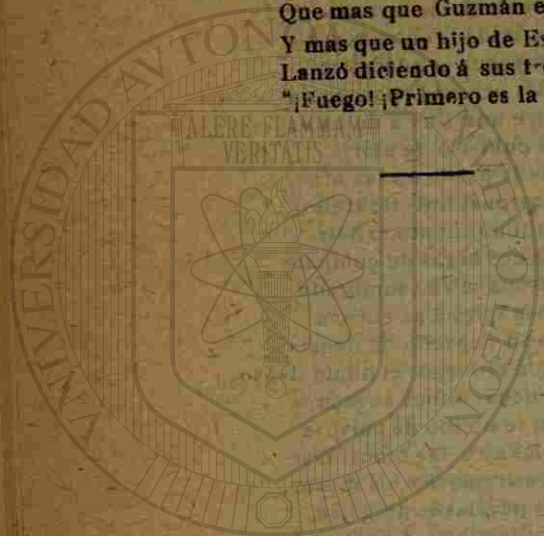
Arena por el oriente,
Entre cejales de plata
Y disipando las sombras,
Aparece la mañana;
Cuando el eco desprecioso
De la diestra montaña,
El estampido noro
De cañón difunde alarmas.
Precipitados los belgas
Que a T. cámbaro resguardan.
En las trincheras se agolpan
Y el combate se preparan.
Ya de una altura descienden
Las fuerzas republicanas
Y vibran de las cornetas
Las notas limpias y claras.
Se miran los batallones,
Que denso polvo levantan,
Marcando pausadamente
De las tomas por la falda.
La división es aquella
Que en la constante compañía

Del Ejército del Centro
Nicolás Régules mandó.
En el acúen anse muchos
Jóvenes en cuyas almas
El patriotismo ha encendido
Su pura y ardiente llama,
Que al llevarlos al combate
Vencer ó morir les manda;
Los estimula y anima
Luis Robredo, y le acompaña
De valer y de fe lleno
José Vicente Villada.
Va á comenzar el combate,
De prisa el sol se levanta
Y los ayudantes cruzan
Entre columnas cerradas;
Se apresta la artillería
Y ocupan la retaguardia
Los escuadrones formados,
Y listos para la carga.
Ya los Jefes impacientes,
Sólo la señal aguardan
Para emprender atrevidos
El asalto de la plaza.
Ya Régules se dispone
A dar la voz esperada,
Cuando llega un hombre á escape
Corriendo desde la plaza.
El General lo mira
Le tiende la mano franca
Y con gran fatiga el otro
Le dirige la palabra.
—Que no hagan fuego, le dice,
Que en la trinchera cercana,
En esa que se divide
De la ciudad á la entrada,
Han colocado los belgas,

Al rayar de la mañana,
 A los que usad en el mundo
 Más considera y más ama:
 ¡Están tu esposa y sus hijos!
 Pues quiero, si usted ataca,
 Que reciban los primeros
 La mortífera descarga.—
 Régules queda en silencio;
 Y luego con mucha calma,
 A los artillos gaita:
 —¡Fuego! ¡Primero es la patria!—
 Al sonar su voz, reñumba
 El cañón y se levanta
 La espantosa gritaría
 De las columnas en marcha.
 Pero un eco más terrible.
 Régules sienta en el alma,
 Pensando donde la muerte
 Llevado habrá la metálica.
 Sus ojos no se humedecan,
 Ni su faz se torna pálida,
 Y solo en el entrecejo
 Sus pensamientos se marcan.
 —Avancen, les grita, avancen,
 Y, haciendo brillar su espada,
 Entre densas naves de humo
 Imposible se adelanta.
 Con cuánto valor defienden
 Los imperiales la plaza!
 Con cuánto arrojo combaten
 Las huestes republicanas!...
 Signas las primeras líneas
 Después de tenaz batalla,
 Los asalantes ocupan
 Trincheras, calles y casas.
 Reconcéntrese los belgas
 En la iglesia y se preparan

A hacer una resistencia
 Terrible y desesperada.
 La gente va resbalando
 De fresca sangre en las charcas,
 Y hay tantos muertos, que oponen
 Dificultad á la marcha.
 Los soldados tropezando
 Y cayendo se adelantan
 Hasta cercar la parroquia
 Entre una lluvia de balas.
 Allí cubierto de gloria,
 Y de la patria en las aras,
 El coronel Luis Robredo
 El último aliento exhala.
 Tras dos horas de combate
 La tropa mira sombrada
 Que la iglesia se corona
 Con un penacho de llamas
 Canfe el fuego, el humo denso
 En muchas nubes se escapa
 Y en remolino de chispas
 Por las aberturas montañas;
 Y se estremecen los muros,
 Y las puertas se desgajan,
 Y crujiendo se desploman
 Los techos sobre las masas.
 Los imperiales se rindea,
 Y de la heroica batalla
 El éxito y el serrojo
 Lleva en sus ecos la fama;
 Y cuando ya la victoria
 A runcian alegres dias,
 Régules vuelve á sus hijos,
 Vuelve á su esposa, y se pasma,
 De ver como respetaron
 Sus corazones las balas;
 Y al estrechar en sus brazos

Aquellas preudas del alma,
 Escucha como repite
 En torno suyo la fama,
 Grabándolas en la Historia,
 Aque' las nobles palabras
 Que mas que Guzmán el Biero
 Y mas que un hijo de Esparta,
 Lanzó diciendo á sus tropas:
 "¡Fuego! ¡Primero es la Patria!"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

El canje de prisioneros

A la memoria del Inmaculado Cardilla
 de la Independencia

GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE

LOS DOS PADRES

I

En la ciudad opulenta
 Que fué en los tiempos de an'año
 Residencia de virreyes,
 O gullo de los vasallos
 Y emporio de las riquezas
 De este sue'lo mexicano,
 Donde aztecas y españoles
 Levantaron sus palacios;
 Una mañana de invierno,
 Al ir feneciendo al año
 Que contó sesenta y cinco
 Del sig'o que va espirando,
 Conversaban tristemente
 Haciendo corte á un anciano,
 Un grupo de caballeros
 Con semblantes consternados.

Era el viejo de est tura
Elevada y rostro franco,
Con bien marcada señales
De ser antiguo soldado;
Por sus rugos mejillas,
Sobre sus marchitos labios,
Como dos sienes de plata
Bajaba el bigote ceno.

De sus miradas el brillo
Eclipsaban á su paso,
Lágrimas mal recojidas
Con seca y trémula mano,
Que algunas veces mojaban
Un pecho condecorado
Con la cruz más envidiable
Que registran nuestros fastos;
La que tiene en el universo
Con sus eas letras grabado:
Treinta contra cuatrocientos,
En medio de un verde lauro,
Y al empaparla unos ojos
Que han visto el sol setenta años,
Prueban que dolor inmenso
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan
En su plática al anciano
Están ceñudos y tristes,
Y mudos y consternados.
—Es una maldad sin nombre.
Les dice ¡joven! ¡Gallardo!
¡Hijo querido!... no puedo
Resignarme...; fusilarlo
Con tan bella esperanzas;
¡Tan bueno; ¡me quiso tanto!
Cuántas veces pequenito

Al tenerle entre mis brazos,
Pensé, temiendo estas cosas:
Antes muerto que soldado
Y ya lo veis, el destino,
La mala suerte, el acaso,
A tener un fin tan triste
Bien pronto le condenaron.
¿Por qué me sobra la vida?
¿Yo en su lugar! Está claro.—
Y anudada su garganta
Sigue en silencio llorando,
Y están sin brillo sus ojos
Y están trémulas sus manos.

En aque la escena muda
Transcurre así largo rato,
Hasta que haciendo un esfuerzo
Más que grande sobrehumano,
Levanta el rostro y procura
Manifestarse calmado,
Y como claras señales
De que se domina dando,
Dese á los que le acompañan,
Viendo venir á caballo
A un hombre que se aproxima
Hacia el grupo, paso á paso:

—Cuendo perdemos á un hijo
O algún otro ser amado,
Su figura nos recuerdan
Muchos de los que encontramos;
Por ejemplo aquel que viene
Dijera que es el retrato,
El hombre más perecido
Al hijo que allá en Huetamo
En unión de tatnos belgas
Fusiló Riva Palacio! —

Y ¡quí, ya sia contenerse,
Bajó su rostro el anciano,
Y sin poder reprimirlo
Volvió á sus ojos el llanto.

Como al cruzar de los tiempos
se abate el roble cansado,
El roble que enantes pudo
Burlar el golpe del rayo;
Ese hombre que histe llora,
Ese antiguo veterano,
Fué en otros tiempos temib e,
Bullicioso, alegre, osado;
Don José Niñón, que tiene
Un nombre en fama muy alto,
Y que, de los generales
Es ya sin duda el decano.

Por eso los que le miran
En esa edad y llorando,
Están ceñudos y tristes
Y mudos y consternados.

II

Da las toscas herraduras
Se escucha entonces cercano
El duro golpe que anuncia
Que llega precipitado
El jinete que al mirarlo
Ha conocido el anciano.
—¡Padre! ¡Padre!—grita alegre,
A tierra veloz saltando,
Y con rauda movimiento
Alzándole entre los brazos.

Torna el viejo la cabeza,
Quiere hablar, queda callado,

Abre aturdido los ojos
Entre risa y entre pasmo;
La cabeza del mancebo
Oprime con ambas manos,
Besas trémulo su frente,
Y baña su rostro en llanto.

Reina un silencio solemne,
Silencio sólo turbado
Por los sollozos convulsos
Que bota el pecho de entrambos.
Los del grupo enterrecidos,
Absortos ante ese cuadro,
Húmedos tiecen los ojos
Y la sonrisa en los labios.
Por fin el padre pregunta
Con acento entrecortado:

—¿Cómo vives? ¿á quién debo
Tal prodigio, tal milagro?
¿Cómo, si todos han muerto,
Puedo mirarte á mi lado?—

—¿Quién ha muerto, padre mio?
De todos los que en Hue:amo
Estábamos prisioneros,
¿A ninguno fusilaron...
—¡A ninguno!

--Si á ninguno.
Pues de Guerra el Secretario
Parte oficial ha tenido...
—El parte oficial es falso;
Para proponer un canje
Vengo yo comisionado...
—¿Un canje?—

—Sí; ya usted sabe
Que reunidos en Zirándaro
Los prisioneros de guerra,
Bajo palabra quedamos

Sin más custodia en el pueblo
 Que nuestro honor empeñado.
 Una mañana supimos
 Que en Urupam fusilaron
 Los imperiales á Arteaga
 A Salazar y otros varios.
 Nos conmovió la noticia,
 Y temimos consternados
 Que espantosa represalia
 Allí pudiera orillarnos
 A igual suerte, y aturdidos
 En aquel terrible caso,
 Los oficiales y jefes
 Belgas conmigo contando,
 Salimos luego del pueblo,
 Y á poco nos encontramos
 A orillas del Zacatula
 Y sin conocer el vado.
 Vimos un bote, fué nuestro,
 Y saltando en él, vogamos
 Con la esperanza iusoria
 De llegar al Océano.

Conocida nuestra fuga,
 Nos tendieron nuevos lazos,
 Y, antes de mediar el día,
 Al tocar en un remanso,
 Nos hicieron prisioneros
 Y nos formaron el cuadro,
 Por ser orden terminante
 Prendernos y fusilarnos.

Era el momento supremo,
 Y nosotros resignados
 A Dios levantando el alma
 La voz de fuego esperamos.
 Mas de repente, rompiendo

Por el bosque enmarañado,
 Llegó un oficial á escape
 En un soberbio caballo,
 Y anhelante, voz en cuello,
 ¡Indulto! ¡indulto! gritando.
 Era el que daba tal grito
 El comandante Velasco,
 Que á escape y sin detenerse
 Llegaba desde Huefamo.
 Allí por nuestra fortuna
 A tiempo que nos fuéramos,
 Llegó el General en Jefe
 Que la vida me ha salvado,

Sabiendo lo que ocurría
 Mandó suspender el acto
 Y que á todos nos llevarán
 En el momento á su lado.

Veloz corrió el ayudante,
 Y si no se afana tanto,
 La existencia nos costara
 Un minuto de retardo.

Nos pusieron luego en marcha,
 Y tres horas caminamos
 Llegando en la misma tarde
 Al campo republicano.
 Le di al General mi nombre
 Y, tendiéndome la mano,
 Exclamó:—¡su nombre abona
 Que es caballero y soldado!
 Y probaré la confianza
 Que su aspecto me ha inspirado,
 Encomendándole lleve
 Hasta México un encargo:
 —“Libre va usted, que le entreguen
 Armas, dinero y caballos,

Y al romper mañana el día
Partirá usted de Huetamo.
Lleva usted en estos pliegos,
Que no le entrego cerrados,
La suerte de muchos hombres,
Pues no quiero fusilarlos.
En esa nota propongo
A Bazaine un canje franco:
Mis prisioneros me entrega,
Y yo los suyos le mando.
Responden al cumplimiento
Y á la fé de este tratado,
Como Jefe mi palabra,
Mi honor como mexicano.
A México llega, y antes
De hablar con nadie, á caballo,
Sin sacudirse ni el polvo
Ni proucrarse descanso,
Al Mariscal le presenta
Esos pliegos que le mando
Y sé que si usted no vuelve
Será porque lo han matado.,,
—“Señor, contesté, yo acepto
Con orgullo tal encargo;
Iré, cumpliré y muy pronto
Me tendrá usted á su lado.
Jamás contra mi partido
Combatiré, pero grato
Hallará usted en mí siempre
Un hijo, nunca un soldado.”

Al rayar el nuevo día,
Me halló libre y caminando
Y tras de cinco Jornadas
Estrecho á usted en mis brazos.—

Ya no pudo contenerse
En su emoción el anciano,

Y volvió, pero de gozo,
A dejar correr su llanto.
—¿Quién es ese Jefe, dijo,
Tan noble y tan esforzado?
Quiero que suene su nombre
Como oración en mis labios.
—Ese jefe, usted lo sabe,
En Michoacán tiene el mando
Del Ejército del Centro:
¡Vicente Riva Palacio!—
Ei vlejo, entonces, asiendo
Al mancebo de la mano,
—Ven—le dice, ven conmigo.
—No puedo, señor, yo traigo
Orden de no hablar con nadie
Hasta entregar.....
—Yo lo mando.....
—Pero padre.....
—Nada escucho.....
—A mis instrucciones falto.
—Como padre y como jefe
Te lo ordeno.
—Entonces, vamos—

Pensativo ya el mancebo,
Orgullosa el veterano,
Tras ellos el asistente
Conduciendo los caballos;
La gente al mirarlos piensa
Que es algún comisionado,
Y ellos ligeros caminan
Sin hacer á nadie caso.

Llegan por fin á una casa,
Crozan el extenso patio,
Y suben las escaleras
Hasta la sala llegando.

Allí encuentran departiendo
Con otros en el estrado.
A un caballero que muestra
Genio afable y muchos años.

Sin saludarle siquiera
Dice el que llega:—Mariano,
Aquí tiene usted á un hijo—
Y luego al joven mostrando:
—Este el padre,—le dice—
Del hombre que te ha salvado,—
El joven enternecido
Besa del otro la mano,
Después en pocas palabras
Le refiere el tierno caso,
Y se abrazan los dos viejos
Enternecidos llorando.

Uno ver puede á su hijo
En México y á su lado,
El otro al sayo no ha visto
En largos y tristes años;
Pero allí se sienten todos
Tan contentos, tan ufanos,
Que parece que el ausente
En espíritu ha llegado.

III

Han corrido tres semanas,
Y al campo republicano
El joven Miñón retorna
Satisfecho de su encargo;
Que Bazaine admite el cange
Y está completo el tratado,
Y el que salió prisionero
Vuelve ya como un hermano

El cariño de los padres
Trayendo al Jefe en sus brazos.

Refirió allí las escenas
De México, entusiasmado,
Conmovió los corazones,
Y al oírle los soldados,
Orgullosos se sintieron
De llamarse Mexicanos.

¿Qué laurel más envidiable,
Ni que timbre mas preciado,
En los fastos de su historia
Buscará Riva Palacio,
Que las tiernas bendiciones
De aquellos nobles ancianos?

Hoy que duermen en sus tumbas
Hoy que han corrido los años,
El libro de la experiencia
Le dirá al viejo soldado
Que vale más en la vida
Quitar un hombre al cadalso,
Que vivir siglos en bronces
Humedecidos con llanto.

EL CANJE DE PRISIONEROS.

SEGUNDA PARTE.

BELGAS Y MEXICANOS.

I

Marchando hacia el mismo punto
Y por opuestos caminos,
Se ven dos grupos que llegan
Hasta las puertas de Acuitzio.

Los que de Morelia vienen
Están con lujo vestidos,
Arrogantes los caballos,
Y los jinetes altivos;
Sus militares arreos
Por lo nuevo y por lo limpios,
Muestran que están del Imperio
En defensa y en servicio.

Los que por opuesto lado
Marchando vienen tranquilos,
Visten como guerrilleros
Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,
Ancho sombrero tendido,

Suelta la roja corbata,
Canana y pistola al cinto.
El polvo y sudor que cubre
A los guerreros, indicio
Es de que por larga senda
Violentamente han venido.

Al mirar que se aproximan
Los dos grupos de enemigos,
Temerosos de un encuentro
Se separan los vecinos
A presenciar un combate
Fiero, sangriento, reñido.

Pero notan con asombro
Que llegan al pueblo mismo.
Y se forman frente a frente
Con aspecto tan tranquilo,
Como si más que adversarios
Fuerán dos grupos amigos.

De los soldados el rostro,
Su ademán franco y pacífico
Ni da señal de coraje,
Ni pinta bélico brío;
Ni una palabra se cruza,
No se escapa ningún grito
Y mutuamente se miran
Curiosos y no ofensivos.

Así pasan largo rato,
Hasta que por los caminos
De Tacámbaro y Morelia,
Que son los dos recorridos,
Se ven venir lentamente
Dos columnas, y están fijos
Todos los ojos en ellas,
Esperando con ahinco

De aquel episodio extraño
El final desconocido.

Mucha gente es la que llega,
De polvo los remolinos
Indican que la vanguardia
A entrar comienza en Acuitzio.

Desembocan en la plaza
De poca e-colta seguidos
Los jefes de opuestos bandos
Con rostro alegre y festivo.
Y quizá por vez primera
Por voluntad del destino,
El belga del mexicano,
Que tanto se han combatido,
En momentos tan solemnes,
Se tienden manos de amigos.

Bocarmé, capitán belga,
Es el que mandando vino
A las fuerzas del Imperio,
Y del opuesto partido
Vive el Coronel Linarte,
Joven valiente y altivo.

De los caballos descienden
Y departiendo tranquilos,
Entran juntos á una casa
Principal del Municipio.

Se escucha en tales momentos
El monótono ruido
Del paso de los infantes
Que se acercan á aquel sitio,
Y acrece más el asombro,
Y acrece más el bullicio
Y resuenan carcajadas,

Y alegres voces y gritos,
Cual si estuviera de fiesta
El pueblo humilde de Acuitzio.

II

La plaza del pueblo llenan
Mochedumbre de soldados,
Y allí están los prisioneros
Hechos por opuestas bandos.
Se cuentan los que han caído
De belgas y mexicanos,
Y son más de setecientos
De todas clases y grados.
Generales hay algunos
Como Tapia y como Canto;
Coroneles cual Villada,
Borda, Pérez y otros varios,
Y entre los belgas se tienen
Muchas personas de rango.

Conversan alegremente
Oficiales y soldados;
En pabellones las armas;
En reposo los caballos;
Diligentes las mujeres,
Entre los grupos cruzando,
Llevan lo que necesitan
Allí los recién llegados,
Y sin hacer distinciones,
Tan pronto á republicanos
Como á imperiales atienden
Con igual desembarazo.

Bien pronto la confianza
Se adquiere por ambos lados

Que todos parecen unos,
Y al contemplar aquel cuadro,
Dijérase que son todos,
No enemigos sino hermanos.

No ruje encendiendo enojos
De la guerra el soplo airado
En aquellos corazones
Que otras veces palpitaron
Con sed de sangre y venganza
Sobre aquellos mismos campos.

El imperial está amable,
Está festivo el chinaco,
Cruzan las conversaciones
Entre los que ayer cruzaron
Los temidos proyectiles
La victoria disputando,
Y hasta se acercan contentos
Y se agrupan confiados
Guardianes y prisioneros,
Y belgas y mexicanos.

III

De pronto un clarín resuena.
"Atención" es lo que toca,
Repiten otros clarines
Las mismas vibrantes notas,
Y como inmenso hormiguero
Miranse las blusas rojas,
Los severos uniformes
De oficialidad lujosa,
Confundidos y revueltos
Como en agitadas olas
Que corren buscando cauce
En medio de abruptas rocas.

Después de pocos momentos
En batalla silenciosa,
Como esperando el combate,
Ambas tracciones se forman.

Los prisioneros al frente,
Que si en su rostro se nota
Expresión de regocijo,
De sus labios no desborda
Ni una risa que interrumpa
La solemne ceremonia.

Bocarmé y Linares salen
Entre las filas vistosas,
Y el Jefe republicano
Proclama con voz sonora,
Que va á celebrarse el canje
Ya convenido en sus notas
Entre el Mariscal de Francia,
Bazaine, que en México mora,
Y Riva Palacio, el jefe
De los soldados que forman
El Ejército del Centro;
Que en aquella misma hora
Quedan libres y á su campo
Pueden volver sin zozobra,
Les que en guerra prisioneros
Se hicieron por ambas tropas.

Y en vista de tal tratado
Se declara que recobran
La libertad absoluta
Sin condición ni deshonra.

No bien terminó Linarte
De hablar, cuando se desborda
El júbilo estrepitoso
En unas gentes y en otras.

Los antes presos se lanzan
 Con efusión ciega y loca;
 Los que van y los que vienen
 Se abrazan gritan y gozan;
 Los destrozados vestidos
 Ajénas lágrimas m'ijan
 Los képis tirán al aire,
 Cantan; aplauden sollozan
 Y todos con un acento
 Y con voz atronadora
 Lanzan vivas entusiastas
 A México y al que logra
 Libertarlos de la muerte,
 Y al lograrlo se colocan
 A la altura de los heróes
 Más grandes de nuestra historia.

¡Que viva Riva Palacio!
 Repiten todas las bocas;
 ¡Que viva México gritan
 Con entusiasmo las tropas,
 Y belgas y mexicanos
 En la expansión más hermosa,
 Se abrazan y se confunden
 Y hermanos son en tal hora,
 Sobre aquellos mismos campos
 Que baña el sol de la Gloria.

IV

Muchas veces en el mundo,
 Centro de horribles batallas
 Por ley injusta y adversa
 Todas sus pompas la fama
 Se las niega al que perdona
 Y se las presta al que mata;
 Pero al correr de los siglos

La historia imparcial aclara
 Cuáles actos enaltecen
 Y cuáles hechos rebajan.

La gloria que tiene sangre
 Queda con sangre manchada
 Y no así la que redime,
 La que perdona y que salva.

Para el noble combatiente
 En la tierra michoacana
 Hermosos y verdes lauros
 La Posteridad le guarda:
 ¡Lauros que arrancó á la gloria
 Con la pluma y con la espada!

En el cielo de su vida
 Todas las nubes son blancas,
 Su amor en la paz un libro,
 En la guerra la montaña,
 En el poder la justicia,
 La honra en su hogar en calma
 Y en todos sus pensamientos
 La grandeza de la Patria!

Los Mártires de Uruapan.

(21 DE OCTUBRE DE 1865.)

A MI EXBELENTE, PREDILECTO Y MUY QUERIDO AMIGO
MANUEL A. MERCADO.

I

Hay un verjel escondido
En pintorescas montañas,
Que lo coronan las flores
Y lo acarician las auras;
Dando al collado que cruzan
Del Capatitzio las aguas,
Aromosa y fresca sombra
Las retorcidas zirandas.

Del fragante chirimoyo
La nivea flor embalsama
Al viento que manso gime
En las ojas esmaltadas
De los cafetos que ostentan
Sus dulces frutos de grana.

En alegres *callejones*
De doble y florida valla,

Se cruzan entretejiendo
Sus verdes flexibles ramas
Arboles de opuestos climas
Que dan frutas sazonadas.

Y entre los bosques de flores
Y como música grata,
Susurran los arroyuelos
Y murmurán las cascadas,
Y zumban los chupamirtos,
Alegres *Zanates* cantan
Y se plañen las palomas
Y se duelen las calandrias.

En las casitas ocultas
Entre la verde enramada,
Lucen las *guaris* hermosas
Su gentileza y su gracia.

Su color envidia el trigo
La mar sus dientes reclama,
Que son perlas escondidas
En un estuche de grana.

Fulgura en su bello rostro
El fuego y la luz del alba,
Y su negra cabellera
Es la noche aprisionada
Sobre una morena frente
Con una cinta escarlata.

El sol desde el limpio cielo.
Templa su fuego y derrama
Calor, vida y regocijo
Sobre la hermosa comarca.

Todo es alegre y risueño;
La pradera dilatada;

La cordillera fragosa
Que en su torno se levanta,
El torrente que á lo lejos
Suelta la lluvia encantada
En que convierte sus olas
La Sonora catarata
Que á sus rocas debe el nombre
Popular de *saráracua*.

Son los collados alegres
Y son alegres las casas
Que entre bosques de naranjos
Rojizos techos levantan.

Pródiga Naturaleza
Allí en todo se retrata,
Y no en vano le llamarón
De toda la nueva España
El *paraíso escondido*
En la tierra *michoacana*,
No hay pincel que lo retrate,
Ese verjel es Uruápam.

II

Una tarde los vecinos
De Uruápam ven asombrados
A las tropas imperiales
Por el Occidente entrando,
Y la noticia circula
De que fueron derrotados
En Amatlán, los valientes
Guerreros republicanos.

Una sorpresa que el pueblo
No comprende, abrióle paso
Al ejército de Mendez

Hasta llegar sin obstáculo,
Sin encontrar resistencia,
Al lugar donde alojados
Estaban los generales
Que allí tenían el mando.

Era Arteaga el primero,
Y Salazar, que á su lado,
Fueron por el enemigo
Presos en el mismo campo.

En tan violenta sorpresa
Las tropas se dispersaron;
Más un número crecido
De oficiales y soldados,
Heridos ó prisioneros
Hizo el enemigo bando.

Y se contaba en Uruápam
Que tras aquel descalabro,
Fué para los generales
El camino del Calvario,
El que entre cerradas filas
A seguir les obligaron.

Era Salazar un hombre
De hercúlea talla, extremado
En las corporales fuerzas,
De carácter espartano;
Pronto á encender en la ira
Y con los débiles manso;
Terrible para el combate,
Risueño para el estrado.

Arteaga era corpulento,
No nervudo ni gallardo;
Con la cútis tersa y fina,

De color apiñonado;
Sobre su pequeña boca
El bigote negro y lacio:
Vivos y ardientes los ojos,
Sedoso el pelo ca taño.

Una fiera en la batalla,
Siempre festivo en el trato,
Y de carnes muy obeso,
Perpetuas huellas llevando,
En ambas piernas, heridas
Que á sanar nunca llegaron.

Con gran pesadez camina,
Que andar le cuesta trabajo,
Y sufre agudos dolores
Con el trote del caballo.

Mas si el clarín al combate
Le llama, fiero y osado,
Ni sus dolores recuerda
Ni es su obesidad obstáculo
Para arrostrar el peligro
Á los suyos animando,
Por que en tan graves momentos
Se siente regenerado,

Con ellos, presos caminan,
Al general ayudando,
Villagómez y Villada
Y Diaz el de Paracho.

Van en la azarosa senda
Serenos y resignados.
A teaga apenas, puede,
Por sus heridas dar paso,
Y es Villada quien le deja

El triste, endeb'e caballo
Que en prueba de gran estima
El enemigo le ha dado.

Sube el general, más luego
Sufrá mayores trabajos:
La montura, por estrecha,
Da martirio y no descanso,
Y el animal es tan débil,
Que camina tropezando,
Y junto con el jinete
Da en tierra entre los peñascos.

Se multiplican los golpes
Pero no abaten el ánimo
De aquel héroe que prosigue
sin un reproche en los labios
Por la trabajosa via
Que le conduce al Calvario.

Ocupa su pensamiento
El triste recuerdo ingrato,
De que en aquella jornada
Quizá pudieran culparlo,
Porque cuando en Uruápam
Se presentó el emisario
A decir que el enemigo
Había salido de Pazcuaro,
En una junta de guerra
Sostuvo Riva Palacio
Que era oportuno el combate
Y era preciso librarlo.

Arteaga, por desgracia
Tuvo parecer contrario.
Salazar pensó lo mismo,
Y entonces quedó acordado,

Entre los tres generales,
Que se retiraran ambos,
Y que al instante saliendo
De Uruápam Riya Palacio
Marcháse á atacar Morelia
Sin demora y sin descanso.

Por eso va el prisionero
Pensativo, y anhelando
Villada saber la causa
De aquel repentino cambio
Al Jefe se la pregunta
Que le responde en el acto:

- La reflexión que me apena,
Y me trae contrariado,
Es pensar en cuán distinta
Fuera la suerte, si acaso
Seguido hubiera el consejo
Que en Uruápam desechámos;
Ya tal vez hubiera muerto
Como merezco, en el campo,
No con tan grandes trabajos
Para llevarme al cadalso.

Y al decir estas palabras
En sus miradas brillarán,
Por la cólera encendidos,
Deslumbradores relámpagos.

III

Como si tranquilas horas
Dél nuevo sol esperaran,
Ya sentenciados á muerte
Y en capilla, quietos pasan
Su tiempo los prisioneros

Díaz, Salazar, Arteaga,
González y Villagómez,
Que á la siguiente mañana
Ven las tropas imperiales
A pasarlos por las armas.

La última noche de un reo
Qué horribles crímenes paga
Y á patíbulo afrentoso
L'eva la justicia humana,
Está llena de terrores,
La ve'an negros fantasmas
Y parece que á la vida
Las víctimas inmoladas
Vuelven en aquellas horas
Que son como siglos largos.

Pero la postrera noche
Del que muere por la patria,
Es limpia cual la conciencia
Y serena como el alba.

Ni acuden remordimientos,
Ni sofocan torpes ansias,
Hoye el terror y una fuerza
Siente misteriosa el alma,
Que la eleva y la sostiene,
La diviniza y la ensancha,

Por eso ven el cadalso
Como el suelo que prepara
La Gloria á los que sucumben
Y el triunfo á los que batallan.

Ninguno está amedrentado;
Todos en sentidas cartas
Que escriben con mano firme
Y piensan con mente sana,

Se de piden cariñosos
De los seres que más aman.

Comienza á lucir el día,
Y el redoble de las cajas
Les anuncia que ha llegado
El momento y que no tardan
Los jefes que han de llevarlos
A morir.—Está en la plaza
Formado el cuadro; los héroes
Recorren con la mirada
A las tropas, y serenos
Sin vecilar, sin que nada
Temor revele en sus rostros
Ni turbación en sus almas.
Se colocan, vitoréan
Con entusiasmo su causa;
Se yerguen mirando al cielo,
Escúchanse las descargas,
Y de los frágiles cuerpos
Salen las gigantes almas,
Llevando de aquellas frentes
Por el plomo destrozadas,
Como postrer pensamiento,
La libertad ó la patria.

Uruápan, están tus calles,
Tus jardines y tus plazas,
De aquellos héroes augustos
Por la sangre consagradas.

Desde entonces los perfumes
Que de tus flores se exhalan,
El susurro de tus brisas,
El murmurio de tus aguas,

El canto de tus pa'omas,
Y el rugir de tus cascadas,
Son el himno que la Gloria
En homenaje levanta
De los que dieron la vida
Del patriotismo en las aras

Los árboles que flexibles
Les prestaron sombra grata,
Renovado han veinte veces
Sus túnicas de esmeralda,
Y viva está la memoria,
Viva, que el pueblo la guarda
Del sublime apoteosis
De los martires de Uruápan.



EL CENTINELA

A MI AMIGO EL GRAL. CARLOS FUERO

1

Como cingulo de acero
Que flexible va estrechando
A cada instante los muros
Del recinto queretano,
En donde el último esfuerzo
Con valor desesperado,
Los defensores del trono
Hacen en el mes de Mayo;
Tal se ven los batallones
Que sin abrigo es el campo
En ruda y tenz vigilia,
Están la ciudad sitiando.

En Querétaro es el Jefe
Supremo Maximiliano,
Que más que trono y corona
Dfiende al i sin descanso,
So fama que ve muy limpia,
Su nombre que ve muy alto

Le acompañan en la lucha
Los que son más esforzados
De todos los generales
En saber, arrojo y rango.

Allí Miramón y Méndez
Como buenos han luchado;
Allí Castillo y Mejía
Que tienen fama de bravos,
Sin desmentir esa fama
Ayudan al soberano.

Cada oficial, cada jefe
Y cada humilde soldado,
Se batan como acostumbraa
Batirse los mexicanos;
Sin medir nunca el peligro,
Y con la risa en los labios.

Pero enemigo tan fuerte
Exige fuerte adversaria,
Y a revidos sitiadores
A tan valientes sitiados.

II

El general Escobedo
Es de los republicanos
El primer jefe y lo siguen:
Corona, que tiene el mando
De las tropas de Occidente;
Treviño y con él Naranjo
Con las del Norte que llegan
Desde la margen del Bravo;
Con las del Centro y Guerrero
Que manda Riva Palacio,
Viñea Jiménez y Vélez;
La reserva queda á cargo

De Rocha, que, presuroso
Y oportuno, acude al campo
En donde el fiero combate
Se desata encarnizado.

Manda la caballería

Gu daríama con los bravos
Martínez Pedro y Juan Doría,
Que en la acción del Cimasta io
Cargó con tan fiero arrojo,
Que dió asombro á los contrarios

III

Una tarde, y á la hora
En que estaban relevando
El servicio entre la tropa
Del cuartel republicano,
Y era de San Luis el sexto
Batallón, que estaba al mando
De Carlos Fuero, y se hallaba
En San Sebastian formado.

Un proyectil enemigo,
Carva invisible trazando,
A los piés del centinela
Llega, y moviéndose; en raudos
Y espantoso torbellino,
Estalla, sin que el soldado.
Ni muestre en la faz asombro
Ni sienta en el pecho espanto.

Vuelan sembrando la muerte
Los fragmentos inf am dos.
Del bronce, entre nubes densas.
De polvo y humo, y del brazo
Del centinela arrebatan
El fusil despedazado.

Al disiparse la nube,
En su puesto, sin que un paso
Atrás ni adelante diere,
Sin una señal de pasmo.
El centinela aparece;
Que grita: —¡Cabo de cuarto!
—¿Qué ocurre?—se le pregunta
Y agrega: —¡Estoy desarmado!—

Otro fusil se le entrega,
Lo recibe, y muy ufano
Sigue tranquilo en su puesto
Sin hacer á nadie caso.

IV

El nombre de aquel valiente
La fama llevó en su canto,
Y habló de Damián Carmona
A los hijos del Estado
De San Luis, á quienes hizo
Este sencillo relato:

“Nació Carmona en el pueblo
De Mezquitic, y premiaron
Con un ascenso su arrojo
Aquella tarde en el campo,
Ciñeron los pojosinos
Su frente con verde lauro,
Y guardan como reliquia
Su fusil hecho pedazos.

La suerte premiarlo quiso,
Fin á su existencia dando

¹ El fusil de Carmona, destrozado por el proyectil, se conserva en el salón de sesiones del Congreso de San Luis Potosí. —NOTA DEL AUTOR

Entre el fragor del combate
Y á la luz del sol de Mayo.*

El pueblo en Damián Carmona
Verá un ejemplo preclaro
De que, para entrar al templo
De la Fama, es necesario,
No el timbre de la nobleza
Ni de la opulencia el fausto,
Sino el corazón ardiendo
En un patriotismo santo,
Que haga despreñar la muerte
Y ofrecer en holocausto,
Del deber ante las aras,
Lo más amante y amado,
Que a í no se necesita
Para vencer á los años,
Ni estatua tallada en bronce,
Ni templo erigido en mármol.

HEROISMO MEXICANO.¹

A MI AMIGO EL DOCTOR RAMON GUERRERO.

Las armas republicanas
En Querétaro han vencido;
Presos con Maximiliano
Fueron soldados adictos,
En la guerra sin fortuna
Y en el infortunio altivos.
El vástago de cien reyes
Perdió con pompas y títulos
La cabeza y la corona,
Que ante el honor son lo mismo.

Han los antiguos conventos
De prisiones convertido,
Y jefes y subalternos
Ni tristes ni pensativos,
El fin de su causa esperan
Con los animos tranquilos.

¹ El hecho que motivó esta composición, lo tengo suficientemente comprobado con cartas de autorizadas personas que fueron testigos de lo narrado.

Queda entre los generales
 Uno anciano y aguerrido,
 De la bandera triunfante
 Daro y tenaz enemigo;
 Arrojado en la campaña,
 Inteligente, instruido,
 Incansable conspirando,
 Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,
 Le han su sentencia leído,
 Y después de que la escucha
 No queda turbado y livido,
 Sino que amable y sereno
 De su triste fin convicto,
 Llama al jefe que custodia
 La prisión do está cantivo, (1)
 Y con voz firme le dice:
 —Coronel, yo necesito
 Mi conciencia y mis negocios
 De prisa arreglar hoy mismo;
 Podéis para tal objeto
 Llamar aquí, y os lo pido,
 Un abogado y un cura
 Para dejar todo listo.—

Era el coronel un joven
 De antecedentes muy limpios,
 Tan bravo como arrogante,
 Tan discreto como altivo,
 Vástago de ilustre jefe
 En ruda campaña herido
 Lo conoció el prisionero
 Años atrás, siendo niño,
 Y allí, su acento escuchando
 En aquel instante crítico.

(1) El ex-convento de Capuchinas en Querétaro.

Fija serenos tus ojos
 En el general cautivo,
 Y de esta suerte responde:
 —Sin ser de vuestro partido
 Os conozco y os respeto
 Por pundonoroso y digno.
 Yo venero en todas partes
 A los soldados antiguos,
 Y si son de vuestro temple
 En su palabra confío.
 Sabéis que os han sentenciado
 A muerte; lo habéis oído,
 Y necesitáis dos hombres
 Para dejar todo listo,
 No seré yo quien los llame;
 Id buscarlos vos mismo
 Y volved, que aquí os espero;
 Libre estáis, yo lo permito.—

Quedó el prisionero alónito,
 Y de sus ojos el brillo
 Aumentóse con dos lágrimas
 Brotadas de lo más íntimo.
 Saltó después, con asombro
 De centinelas y esbirros
 Y cuantos salir le vieron
 Murmuraron del permiso.
 Pasáronse muchas horas,
 Horas largas como siglos,
 Y por fin, con voz vibrante,
 El campanario vecino
 Anunció la media noche:
 —Ya no vuelve—alguno dijo
 Y el coronel respondió:
 —Volverá que yo lo fio,
 Y si no vuelve yo quedo
 En su lugar, y es lo mismo.—

¡A poco suenan tres golpes
Tras ellos resuena el grito
De "¿Quién vive?" al que contestan:
"Yo, Severo del Castillo.

Era el jefe prisionero
Que siempre valiente y digno,
Esclavo de su palabra
Iba á esperar el patíbulo. ¹
Estrechó la franca mano
Del coronel, conmovido,
Y retiróse á su celda
Ni consternado ni tímido.

¿Cuál de los dos es más grande?
¿Cuál de los dos? No lo digo:
Digalo aquel que conozca,
Que rasgos como el que pinto
Puede envidiarlos Esparta
Y otro Homero describirlos.

Vive el que, joven entonces,
Dió al prisionero permiso;
Aun le sirve á la bandera
A que Juárez le dió brillo.
Y, como entonces, mantiene,
Su modesto nombre limpio:
El General Carlos Fuero,
Honrado, valiente y digno.

No me culpéis, si, viviendo,
Tan altos hechos publico;
Es por gloria de esta tierra
Que adoro amante y rendido.

¹ El General Severo del Castillo fué después indultado de la pena de muerte y se le llevó preso á la fortaleza de Ulúa.

Es por gloria de las armas
Que á la Libertad dan brillo
Y es por honrar á los muertos
Enalteciendo á los vivos.



UNA RESPUESTA DE MIRAMÓN

Ya sonó la media noche
 En el viejo campanario;
 Querétaro está en silencio
 Que sólo turba á intervalos
 El grito del centinela
 Triste, sonoro y pausado.
 En un antiguo convento
 Que ya en cuartel trasformaron,
 Presos en humildes celdas
 Estan la muerte esperando
 Miguel Miramón, Mejía
 Y el noble Maximiliano.

Ya poco tiempo les queda
 De vida á los sentenciados
 Y el Archiduque, que siempre
 Fué de la forma un esclavo,
 Llama á Miramón, queriendo
 Sobre un punto interrogarlo,

Llega el arrogante jefe
 Obediente á tal mandato;
 Y órdenes pide gustoso
 A su infeliz soberano.
 Este le dice:—Seis horas
 Nos faltan.—Las voy contando

Pues ya que no tengo sueño
 He de entretenerme en algo.
 — Perdonad que os distrajera,
 Pero quiero consultares
 Cual traje será más propio
 Para salir al cadalso.

— No entiendo vuestra pregunta.
 — Y agrega Maximiliano:
 ¿Nos vestimos de uniforme
 O saldremos de paisanos?
 Y Miramón le replica:

— Magstad voy á ser franco,
 Como está es la vez primera
 Que me fusilan, no es raro
 Que ignore lo que previene
 El ceremonial del caso.

Sonriéndose el Archiduque
 Y agregó con entusiasmo:
 ¡ Miguel, en todo os admiro....
 "Qué valor! ¡dadme un abrazo!"

CAPITULO III

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL ÚLTIMO PUESTO

A MI QUERIDO AMIGO DIONISIO MONTES DE OCA

Maximiliano de Hapsburgo,
ya sin corona ni cetro,
mira trascorrir las horas
en su celda prisionero.
En una noche de Mayo
á cenar iavita ateato
á Miramón y Mejía
de su prisión compañeros.
—“Pronto—dijo el Archiduque—
juntos al cadalso iremos.”
—“Eso—Miramón responde—
lo ven claro hasta los ciegos.”
—“No hay esperanza de indulto?”
—“Podrá ser que allá en el cielo
nos indulten, pero nunca
esperéis que lo haga Lerdo.”
—“Somos tres y como vamos
al cadalso sobre un cerro,
se imaginarán las gentes
que es un Calvario moderno.”
—“En tal caso—agregó entonces
Miramón—lleváis buen puesto;

seréis nuestro Jesucristo!

—“¿Por qué?”

—“Porque vais en medio.

Los que estamos mal jugados
somos yo y mi compañero”.

—“Miguel, siempre los valientes
á mi derecha estuvieron”.

—“Graciss—respondió Mejía,
yo de *maladrón* me quedo.

—“¡Nól—Interrumpió el soberano—
que por un valiente os tengo.

—Pues seré yo quien se quede—
siguió Miramón—mal trecho.

Es mal papel el de *Gestas*
y uno ú otro habrá de hacerlo”

Bajó el príncipe sus ojos,
lanzó un suspiro su pecho

y dijo á sus dos amigos:

“Ya veremos, ya veremos.”

.....
Cumpliósese el fin la sentencia,

juntos al cadalso fueron,

y al pisar el triste sitio

donde se efectuó el suceso,

así dijo el Archiduque

á sus bravos compañeros:

“Hemos llegado al calvario,

Miramón quedad en medio;

á la derecha Mejía

y yo tomo el lado izquierdo,

que le guardo hasta en la muerte

á los valientes su puesto.”



MAXIMILIANO

A MI MUY QUERIDO PRIMO CARLOS ADAME

I

Maximiliano de Hapsburgo
 Rige el Lombardo-Venetto,
 Porque Austria impone á la Italia
 Sus hombres en el gobierno.
 Es gallardo el archiduque,
 joven y de gran talento,
 Avezado á las borrascas
 Del mar, que por mucho tiempo
 Cruzó en todas direcciones
 Visitando extraños pueblos.
 Tiene los ojos azules,
 Tan azules como el cielo
 Y es tan rubio que semejan
 Reyces de sol sus cabellos.
 Fina y espesa la barba
 Se le parte por enmedio
 Y le baja hasta los hombros
 Libre dejándole el pecho.
 Vástago de Carlos Quinto

Y agnado á su trono excelso,
 Siempre lleva el toisón de oro
 Ornando el erguido cuello.
 Es con las damas galante
 Y dadivoso en extremo,
 Con sus iguales altivo
 Y con los súbditos tierno.
 Adora las bellas artes,
 Y como amigos discretos
 Le acompañan sabios libros;
 Cuadros de grandes maestros
 Y estatuas en que palpita
 El alma del gusto griego,
 Y cumplido y caballero,
 Y juntos en su semblante
 Brillan conquistando afecto,
 La juventud, la nobleza
 Y la magestad y el genio.

II

En una tarde de Mayo
 Tranquilos el mar y el cielo,
 Maximiliano va solo
 En sus jardines amenos,
 Cruzando por las callejas
 De castaño y de almendros.
 Lleva la cabeza baja
 Absorto en mil pensamientos
 Y está su rostro tan pálido
 Que se le creyera enfermo.
 No ha recibido á ninguno
 De los hombres del gobierno,
 Ni ha de sus íntimas cartas
 Los blancos sobres abierto.
 Halla de pronto á su paso

Sentado en el césped fresco,
Sobre un banquillo de mimbres
Junto al tronco de un abeto,
A un hombre de blanca barba
Y escaso y cano cabello,
Vestido con traje humilde,
Pero limpio alegre y nuevo.
Sonríe Maximiliano
Gustoso de tal encuentro
Y brillan sus claros ojos
Con honda expresión de afecto.
—Señor, le dice el anciano
Con dulzura y con respeto—
¿Vuestra Alteza viene triste?
—Tienes razón, triste vengo.
—Lo sé que os conozco tanto
Como el que más,

—Bien lo creo:

No en vano mi augusta madre
Te nombró mi camarero
Siendo yo niño.

—Teníais

Seis años ni más ni menos,
Y desde entonces por nada,
Ni del mar en los riesgos,
Ni de la Corte en las fiestas,
Ni estando en extraño suelo
Os he dejado, ni es fácil
Que os deje, señor; os quiero
Hasta donde más alcanza
Querer un honrado pecho.
—Me ves muy triste....

—Os lo he dicho.

—Pues ríe de lo que pienso.

—¿Reír?

—Son cosas de risa.

—Todo en vos es de respeto.
—Oyeme y no me hagas caso.
—Señor, siempre os obedezco.
—Entre mil supersticiones
Una ridícula tengo.....
¿No ves en estos jardines,
En el palacio, en el templo,
En las salas de tertulia,
En el salón del Consejo,
En los anchos corredores,
En todo, en fin, lo que tengo,
A mi alrededor, no encuentras
Emes de mármol, de hierro,
De alabastro, de maderas,
De granito?....

—Lo comprendo,

Es cifra de vuestro nombre,
Y cuanto mirais es vuestro;
Natural es que esté en todo.
—Es natural, pero pienso
Que tal letra es mi sentencia.
—Hablad, señor, no comprendo.
—Ni habrás de entenderme nunca.
—Es un fatalismo necio!
Las emes me aterrorizan,
Sábelo, me causan miedo,
Y han de estar en todas partes
Mi espíritu entris'eciendo.
Moriré entre muchas emes,
—Perdón, señor, que no acierto
En qué podáis cuerdamente
Fundaros.....

—¡Presentimiento!

Sábelo y ríe, porque rísa
Provocan y no respeto
Las vanas supersticiones
Cual estas que te refero ...

¡Moriré entre muchas *emes!*
Tú lo verás....

Bajó el viejo
Los ojos y hondo suspiro
Dejó escapar de su pecho,
Y sigió Maximiliano
Esa frase repitiendo
Por las alegres callejas
De castaños y de almendros.
Lleva inclinada la frente,
Pálido está como enfermo,
Y están húmedos sus ojos
Tan azu'es como el cielo.

III

Pasáron e muchos años,
Y una mañana de invierno
Llegó en una barca iag'esa
A Miramar un viajero.
El mar estaba agitado,
Estaba plomizo el cielo,
Menudos copos de nieve
Bajando en alas del viento
Posábanse en las cornisas,
En las torres, en los hierros,
En las gallardas almenas
Y en el rico pavimento
Del legendario Castillo
Tan triste desde hace tiempo.
Pidió que le permitieran
El visitarlo por dentro,
Y acompañóle galante
Un hombre afable y discreto,
Blanca y poblada la barba,
Escaso y cano el cabello.

— ¿Vivís aquí desde cuando?
Interrogóle el viajero.
— V vo aquí... pero no vivo,
Que yo, señor soy un muerto;
Me tienen aquí enterrado
Entre lágrimas y duelo,
Desde que por negra suerte
Mi noble señor no ha vuelto.
Su santa y augusta madre
Me nombró su camarero
Desde que cumplió en la vida
Seis años ni más ni menos.
Le acompañé á todas partes,
Me quiso con hondo afecto,
Y una vez en sus jardines,
Allá en Lombardo-Veneto...
Me dijo... Mas perdonadme
Que calle un rato, no puedo...
Las lágrimas me enmudecen...
Y de los ojos del viejo
Rodaron dos grandes gotas,
Iguales á las que el viento
Arranca por las mañanas,
En el rigor del invierno,
De los vetustos sabinos
Coronados por el heno.
Habló después; refirióle
La escena del jardín regio
Y así agregó conmovido
Al hablar estando trémulo:
No eran supersticiones;
Lo que me dijo era cierto;
¡Ha muerto entre muchas *emes!*
Fué de Miramar á México,
Imperio de MOCTEZUMA,
Que lo conquistó un guerrero
A quien llamaron MALINCHE

Los indígenas del suelo.
 Dos **MARISCALES** de Francia
 Le engañaron y vendieron;
 A Querétaro marchóse
 Reemplazándole en su puesto
Márquez, que según me dicen
 Le olvidó en el mayor riesgo.
 Jefe de los sitiadores
 Era **Mariano Escobedo**,
 Y cuando cayó la plaza,
 De **Miguel López** dijeron
 No sé qué cosas estrañas
 Que á darles fe no me atrevo.
 Cayó con sus generales
 En **Mayo**, y al poco tiempo
 Le fusilaron á **Méndez**
 Que le tuvo tanto afecto....
 Llamóse **Manuel Azpiroz**
 El fiscal de su consejo,
 Riva Palacio **Mariano**
 Fué á la plaza á defenderlo
 Con **Martinez de la Torre**,
 Abogado muy experto.
 Con **Miramón** y **Mejía**
 Fué á morir mi noble dueño,
 Y era un **Mejía** el **Miainstro**
 De **Juárez** que en el gobierno
 Firmó la fatal sentencia
 Que me tiene en tanto duelo.
¹ **Monte mayor** se llamaba
 El capitán del ejército
 Que á su frente en el cadalso
 Hizo la señal de fuego.
 Ha muerto el principe en **Martes**
 Ya véis, señor si era cierto

1. El capitán Montemayor era natural de Monterrey. (N. del A.)

Lo que me dijo muy triste
 Allá en **Lombardo-Venetto**....
 Ha muerto entre muchas *emes*
 Y jamás olvidaremos
 Que llamó cosas de risa
 A cosas de tanto duelo.
 Después sin decir palabra,
 El anciano y el viajero,
 Siguiéron ambos muy tristes
 Por los salones desiertos
 Del legendario **Castillo**,
 Tan solo desde hace tiempo.

PENSADOR Y HEROE

(27 de Abril de 1867.)

I

En medio de las angustias
Que sufre Maximiliano
De Querétaro en el sitio
Y en su desatino pensando;
Convoca á sus generales,
Los cuales le aconsejaron
Emprender una salida
Sin medir ningún obstáculo.
Miramón como Mejía,
Castillo como Arce,
Se lanzan con fiero arrojo
Al cerro del Gimatario.
Aunque Castillo fracasa
De Callejas en los llanos,
Miramón que siempre lleva
La victoria de su brazo,
Aniquila al enemigo
Que retrocede espantado,
Y entusiasmado y enardece
A su joven soberano.

Méndez con igual arrojo
Obtiene vivas y aplausos,
Y una victoria segura
Sueñan lograr sus soldados.

II

Las tropas aniquiladas
En el enemigo campo,
De seguro no contaban
Más de trescientos caballos.
Los imperiales ignoran
Que á reparar tal fracaso
Vienen más de seis mil hombres,
De Sostenes Rocha al mando.
Alfstande presurosos
Para combatir bizarros;
Miramón y Méndez quieren
Darles nuevos descalabros,
Y al encenderse los fuegos,
Cuando atronaba el espacio
La lluvia de proyectiles
Destrotores como rayos,
Vuelve Rocha la cabeza,
Y á los pies de su caballo
Se encuentra con un amigo
A quien quiere como hermano,
Y á quien todos lo respetan
Por pensador y por sabio.
—“¿Qué haces en tanto peligro,—
Le dice Rocha turbado;
“Vengo, hermano á tomar parte
“Como el último soldado,
“En este ataque que juzgo
“Decisivo en nuestro campo;
“Permiteme que mi rifle
“Lance su primer disparo

"A la vanguardia de todos
 "Los que tienes á tu mando."
 —"Ve á cumplir lo que me pides,
 Y si murieses luchando,
 "Sabrá agradecer la patria
 "Tu heroísmo noble y santo."
 Sin escuchar más palabras
 Se lanza el jóven bizarro
 Hasta las primeras filas
 Lleno de ciego entusiasmo,
 Y como un simple riflero
 Hace todos sus disparos
 Y combate hasta que Rocha
 La victoria conquistando,
 Recobra las posiciones
 Y pone su honor en salvo.

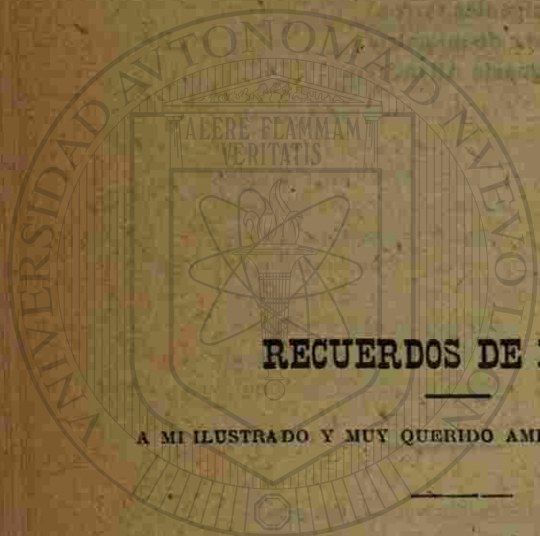
L'eno de polvo y de sangre
 Torna el joven denodado,
 A quien Rocha dice al punto
 Estrechándolo en sus brazos:
 —"Te admiraba como un genio,
 "Hoy te admiro como un bravo."

III.

Era aquel joven, un indio
 De rostro expresivo y franco;
 En la tribuna un Demóstenes,
 En la campaña un Bayardo;
 Tierno y dulce con el pueblo;
 Soberbio para los altos.
 La juventud pensadora
 Tavo en él Mentor y hermano,
 Pues como un padre la quiso
 Y la elevó con su brazo.

Hoy duerme el eterno sueño,
 Mas de la historia en los fastos,
 Son las letras de su nombre
 Como refulgentes astros.
 Era el honor de mi patria,
 Era... ¡¡Ignacio Altamirano!!

Febrero de 1893.



RECUERDOS DE MAYO

A MI ILUSTRADO Y MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA

Quando ya el cuerpo sustenta
Cerca de cuarenta Abriles,
Y ya pico en los cuarenta,
La memoria se alimenta
De recuerdos infantiles.

Voy á narrar una historia
Oportuna en este mes,
Mes de recuerdos de gloria,
Es un hecho, una memoria
Que tiene algún interés.

Sano, fuerte y bullicioso,
Creyendo en muchas quimeras
Era yo un rapaz choso,
Como que estaba orgulloso
De mis trece primavera.

De' mundo solo sabía
Lo que á la inocente tropa
Enseña la geografía,
Que hay Asia, Africa y Europa
Y América y Oceanía.

Aunque estaban en fermento
Mis gas os y mis ideas;
Juzgaba la historia un cuento
Y el amor un sentimiento
Que se apaga ante las feas.

Estudiaba sin desmayo,
Conversaba sin misterio,
Era por activo un rayo
Y así llegué á un mes de Mayo
En la época del Imperio.

El pueblo á Maximiliano
Le llamaba sin temor,
En estilo liso y llano,
En lugar de "soberano"
"Intruso y usurpador."

Los estudian'tes ajenos
A las pompas imperiales,
Escuchabamos serenos
Esos epítetos llenos
De resabios liberales.

En nuestros pechos ardía
La libertad como norma,
Como faro, como guía,
Eran nuestra idola ría
Los hombres de la Reforma.

A la estudiantina grey
Nada importaban la Corte
Ni los festejos del Rey;

Sabía solo que la ley
Andaba en P. so del Norte.

Por fin, en una ocasión
Se puso á prueba el colegio
Con una extraña función:
La solemne recepción
De un huésped preclaro y regio!

Cada cual se disponía
A la fiesta sorprendente
Que agitados nos tenía,
¡¡El Emperador vendría
A vernos el día siguiente!

Y era la fecha elegida
Una que en gloria reboza
De nuestra historia en la vida:
¡¡La que en Puebla dejó ungida
Con su triunfo Zaragoza!

Convenimos con recato
En conmemorar tal hecho
Dando al gobierno un mal rato;
¿Cómo? ¡¡Ostentando el retrato
De Zaragoza en el pecho!

Fué un complot hecho de brujas,
Cada cual tendió la mano
Jurando por las tres cruces
Ser muy digno á todas luces
De llamarse maxiliano.

Y en ademán decisivo
Que mi memoria no olvida
Juramos por el Dios vivo
Ponernos tal distintivo
A una señal convenida.

Llegó el momento anhelado,
Pusieron en un salón
Todo el colegio formado
Ya dispuesto y arreglado
Para la gran recepción.

Entra el monarca y atento
Saluda, suena un rumor,
Y en un solo movimiento,
Cada cual muestra contento
La efigie del vencedor.

—¿Qué es esto?—Maximiliano
Dice, y sin temer reveses
Un chico responde ufano:
“¡Un jefe republicano
Que derrotó á los franceses!”

El Director quedó mudo
Y los que estaban allí
Ante un responder tan rudo;
Sacó el príncipe un escudo
Lo dió al chico y dijo así:

“Vues'ra lealtad es notoria
Y yo la debo premiar,
De los héroes es la gloria
Y en el mundo y en la historia
La debemos respetar.”

Prodújose un gran rumor
Que retumbó como un rayo
Y aquel grupo encantador
En vez de “al Emperador”
Vitoreó “al 5 de Mayo.”



EL GRITO DE INDEPENDENCIA

(RECUERDOS DE MI INFANCIA)

Allá en las horas más dulces
De mi fugitiva infancia,
Sirvióme de cuidadora
Una mujer muy anciana;
Con su rostro todo arrugas,
Su cabeza toda canas,
Y su corazón tranquilo
Todo bondad y esperanzas.
De noche junto á mi lecho
Mil historias me contaba
De geniecillos y ninfas,
De t a gos y de fantasmas.
¡Pobrecilla! cuántas veces
En estas noches amargas
En que repaso tristezas
En mi alcoba solitaria,
Al oír que de la torre
Vuelan en lentas parvadas
Las mismas horas que entonces
Pasé á su lado tan gratas,
He pensado en ella y visto
Llegar su sombra á mi estancia
Pretendiendo como en antes

Secar con cuentos mis lágrimas!
En cierta vez caí enfermo,
La fiebre me devoraba,
Y en mi delirio quería
Para volar tener alas.
"Dámelas tú"—grité altivo—
"Tú nunca me niegas nada."
—"Es verdad, nada te niego,"
Pero no sufras, ten calma,
Las alas que Dios te ha dado
Las tiene tu ángel de guarda
Esta noche se las pido
Y te las daré mañana."
Nunca le faltó manera
De responder á mis ansias,
Y siempre al verme llorando,
Con la paciencia más santa,
Me dijo tales ternuras
Que aún me conmueven el alma;
Ella, que al velar mi sueño
De punt llas caminaba,
Y porque rumor ninguno
A mis oídos llegara
Iba á rosegar el péndulo
De un viejo reloj de sala;
Ella, que jamás hubiera
Permitido á gente extraña
Lanzar un débil suspiro
A dos pasos de mi cama,
Que en balcones y rendijas
Cortaba al aire la entrada
Y por no causarme susto
Rezaba siempre en voz baja;
Una noche fué á mi lecho
Alegre y entusiasmo fa
Diciéndome:—ven, despierta,
Ya es hora... no tardes... anda!

Sobrecogido de miedo
 Yo le pregunté: ¿qué pasa?
 — Ya lo sabrás cuando escuches
 El vuelo de las campanas,
 El tronar de los petardos
 Y el disparo de las salvas—
 Abrigado hasta los ojos
 Sali con la pobre anciana,
 Y en un sueño del paraíso
 Me fingió lo que miraba.
 Desde las enhiestas torres
 A las humildes ventanas,
 Lo mismo en extensas calles
 Que en las más estrechas plazas,
 Faroles y gallardetes,
 Banderolas y oriflamas
 Con los hermosos colores
 De la bandera de Iguala.
 Y al escuchar tan'os gritos,
 Tantos himnos tantas dianas,
 El rumor de los repiques
 Y el estallar de las salvas,
 En brazos de mi niñera
 Llore sin saber la causa.
 — Lloras de placer, me dijo, —
 Esta es una fiesta santa,
 La sola fiesta que alegra
 Mi corazón y mis canas.
 "Hoy es quince de Septiembre,
 Y en esta noche sagrada,
 Hace cuarenta y cuatro años,
 Si mi memoria no es mala,
 Un cura humilde en Dolores
 Hizo nacer á la Patria.
 Cuando era yo jovencita,
 Mi padre, que en paz descansa,
 Me traía de la mano

En esta noche á la plaza
 Para repetir con todos
 Los que aquí gozan y cantan,
 El grito de Independencia
 Que repercute en el alma;
 Mi padre, mi pobre padre
 Fué soldado de Galeana;
 Pero mire... allí está el héroe—
 Al é mis ojos con ansia
 Y vi un inmenso retrato
 Entre lucientes guirnaldas
 Bañado por los reflejos
 De las luces de Bengala.
 Un rostro apacible y dulce,
 Una frente limpia y ancha,
 Una mirada de apóstol,
 Una cabeza muy cana...
 Era Hidalgo, el Padre Hidalgo,
 El salvador de la Patria!
 ¿Lo ves? me dijo temb'ando
 De regocijo la anciana...
 Sí, le respondí sintiendo
 No sé qué dentro del alma,
 Y entonces á un mismo tiempo
 Con las manos enlazadas,
 Nos pusimos de rodillas
 Llenos los ojos de lágrimas.



¡PATRIA!

A MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO SOSA

I

Ayer mi primógenita Conchita,
 Alma en flor de mis dulces visiones,
 Me dirigió una carta, que está escrita
 Con letras que parecen moscardines
 No falta, por supuesto, el sobrescrito
 Que dice: "A mi papá" -yo soy lo veo;
 Buen chasco se pegaba el angelito
 Si mandara su epístola al correo!
 Con mucha gravedad he roto el nema,
 Que, sin seguir la práctica aceptada,
 No es monograma, ni blasón, ni lema,
 Sino un poco de goma mal untada.
 El papel de la carta maravilla
 Por su extraño dobléz y su figura.
 En sus mejores tiempos fue planilla
 De un cuaderno segundo de escritura.
 Doy principio á leer y no comento:
 "Mi querido papá, mucho te extraño;
 Margot está muy gorda, y Juan content'o,
 Porque ha estrenado, al comenzar el año

Te vas á sorprender con su vestido;
 No te quiero contar, son calzoneras;
 Su sombrero jarano, y le han traído
 Una de esas pistolas de... de veras.
 No digas que te dije, si pregunta,
 Porque si no, dirá que soy muy mala;
 Ven á ver su pistola, si te apunta.
 No te asustes, papá, no tiene bala.
 Ya no te escribo más; en otro día
 Seré tan larga como tú lo pides;
 Adios papá, bendice á tu María....
Post-data.— Mi muñeca; no te olvides."

II

Al domingo siguiente, muy temprano,
 Tomé asiento en un coche de primera
 De aquel tren más inglés que mexicano
 Que lleva á Veracruz, no á la frontera.
 Dos horas de camino con el alma
 Hinchida por las gratas impresiones
 De una mañana alegre y á "La Palma"
 Llegó, como quien dice, en dos minutos.
 Abandoné el vagón, y lo primero
 Que á mi vista en el campo se presenta,
 Es Jeanito vestido de ranchero
 Tal y como la carta me lo cuenta:
 Un sombrero jarano con tequilla,
 Un freno á cada lado por chapeles,
 Un ancho barboquejo con hebilla,
 De cuero de venado la chaqueta,
 Amplia la calzonera y con golana
 Botonadura; la corbata suelta;
 Al cinto la pistola en la canana,
 La mano airada ante la crin revuelta.
 Espuelas de Amozoc, cuyos pavones
 Ni el tiempo borra ni el andar maltosa;

Ostentando en sus mil incrustaciones
Gallardas cifras en bruñida plata.
En el sencillo tuste, por adorno,
Redondos chapetones cincelados,
Y de la teja y la cabeza en torno,
Anchos cercos de plata repujados.
Cubierto el hombro por la manga oscura
De paño azul y de olvidada usauza,
Con fleco y con galón la embocadura:
Fleco que al sol sus esplendores lanza.
Y tal me pareció que revivía
Con su traje y airoso continente,
El tipo que mi ardiente fantasía
Formara en mi niñez de un insurgente.
Adelantó el caballo, mezcló un grito
De júbilo con una escajada,
Y me puse á mirarle de hito en hito
Fingiéndome una sorpresa inesperada.

III

Después, cuando ya juntos caminamos,
Hablábamos los dos de esta manera:
(Antes debo advertir, que á lo que hablamos
Puede ó no darle crédito cualquiera).
—¿Por qué dices, papá que te parece
Que soy un insurgente? di: ¿qué es eso?
—Te lo voy á explicar, pero merece
Un prólogo de amor ¿me das un beso?
Hace ya muchos años... todavía
El abuelito de que fuiste encanto...
—¡Ah! sí, mi papá grande... No nacía.
—¿Hará como cien años?

—No, no tanto.

Era el año de diez, han transcurrido
Desde entonces acá, más de setenta....

—¿Serán doscientos años?

—¡Aturdido!

En nombre de tu edad, no hagas la cuenta
Hubo por aquel tiempo una gran guerra:
Luchaban los de aquí con los extraños
Por quitarles el mando en esta tierra,
Y fué tan grande que duró diez años.
—Y quién ganó por su?

—Poco me extraña

Esa pregunta de la cual me río;
¡Luchábamos nosotros contra España
Y ganamos nosotros, hijo mío!
Pero voy á decirte en breve historia
Como tan noble triunfo conseguimos,
Rogádotte la guarde tu memoria
Por ser del suelo en que los dos nacimos
Muy cerca de la hacienda, en aquel llano
La iglesia desde aquí bien se divide;
Vive un amable cura muy anciano,
Que los domingos viene á decir misa.
¿Ya lo conoces?

—Sí.

—Mucho cariño

Te profesa por cierto el buen abate...
—Sí, ¿no sabes? me llama su buen niño,
Y me convida pan y chocolate.
—Pues bien de igual edad, con los honores
Mismos que él tiene, amado por las gentes
Hubo un cura en el pueblo de Dolores,
Al cual debemos ser independientes.
Era de nob'e corazón, y dijo:
«Cuanto tengo en la tierra y cuanto valgo
Por mi patria lo doy como buen hijo.»
Era aquel cura Don Miguel Hidalgo!
Y sin más que su esfuerzo y su conciencia
Que la alta voz del patriotismo escucha,
Proclamó sin temor la Independencia

Y antes que nadie se lanzó á la lucha.
 Muchos le acompañaron, más la suerte
 Corresponden no supo á sus desvelos:
 Por darnos libertad halló la muerte
 Dejando en su lugar al gran Morelos.
 Era cara también de pobre aldea,
 Pero dotóle Dios de tal bravura
 Que era un rayo de Dios en la pelea
 El que manso pastor era de cura.
 Ejércitos formó, rompió murallas,
 Hizo temblar al enemigo osado,
 Y en tres años ganó tantas batallas
 Que el mundo todo lo miró asombrado.
 —¿Ese llegó á ganar?

—Dios no lo quiso.

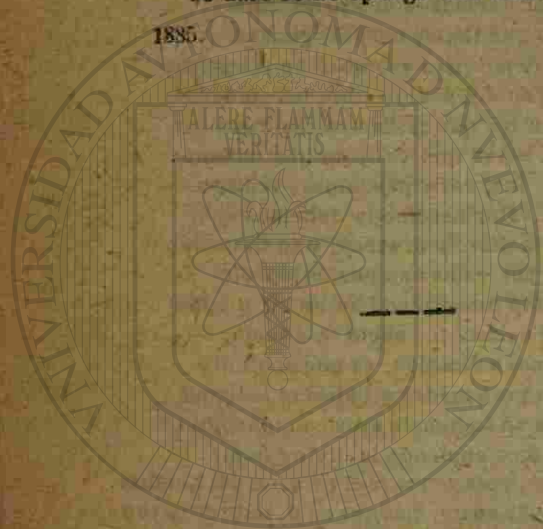
Murió sin desmayar altivo y fiero;
 Pero seguir luchando era preciso
 Y así para luchar surgió Guerrero.
 Hijo del pueblo, ardiendo en sus entrañas
 El fuego celestial del patriotismo,
 Era un león nacido en las montañas,
 Que arrulló el huracán sobre el abismo,
 Modelo de valor sin arrogancia,
 Con un corto puñado de valientes
 Empleo fué de indómita constancia
 Y faro de las tropas insurgentes.
 ¿Entiendes lo que digo? Aquellos bravos
 Que, sin medir peligros, duelos, penas,
 Les dieron libertad á los esclavos,
 Rompiendo al oprimido sus cadenas;
 Aquellos hombres cuyo arrojo fiero
 Todo lo grande y lo sublime entraña;
 Sin títulos, ni honores ni dinero;
 Sin más cuartel que el llano y la montaña
 Que siempre estaban en constante guerra
 Sufriendo los rigores de la suerte.
 Sin esperar más premios en la tierra

Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.
 Con una manga tosca por abrigo,
 Con un nombre sin mancha por herencia
 Con su caballo por mejor amigo,
 Y por única fe la independencia.
 Esos que tantos hechos ignorados
 Nos dejan para asombro de las gentes,
 Fueron del pueblo libre los soldados
 Y son los que se llaman insurgentes.
 Esta tierra que ves y en que tenemos
 Aire, luz, casa, pan, amor, ventura,
 A su valor heroico la debemos;
 Nos la dieron su arrojo y su bravura.
 Este sol, estos campos, este cielo,
 Es todo nuestro con su honor ungió:
 Aquí naciste tú, nació tu abuelo,
 Y nací yo también; es nuestro nido.
 Es la gran madre y Patria se le llama;
 Nada en su bien te asuste ni te asombre;
 Su amor enciende la divina llama
 Que alienta y mueve el corazón del hombre.
 Más que en mí, más que en tí, todo el cariño
 De que fueres capaz, cífralo en ella,
 Y en tu inocente corazón de niño
 Brille ese amor como fulgente estrella.

IV

Después, al terminar nuestra jornada,
 Quedéme largo rato pensativo,
 Y dije á Juan, fijando una mirada
 En su semblante alegre y expresivo:
 —¿Ya ves por qué me gustas de ranchero.
 Grita, cual si te oyeran muchas gentes:
 ¡Viva Hidalgo, Morelos y Guerrero,
 Y vivan los soldados insurgentes!

¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;
Yo su grito escuché con embeleso,
Y le dije: pues hemos acabado,
Te daré como epílogo otro beso!



A JUAREZ

Dadte á mi voz, del huracán rugiente
El poder no domado y estruendoso,
Que así quiero cantar de gente en gente
Las inmortales glorias de un coloso.

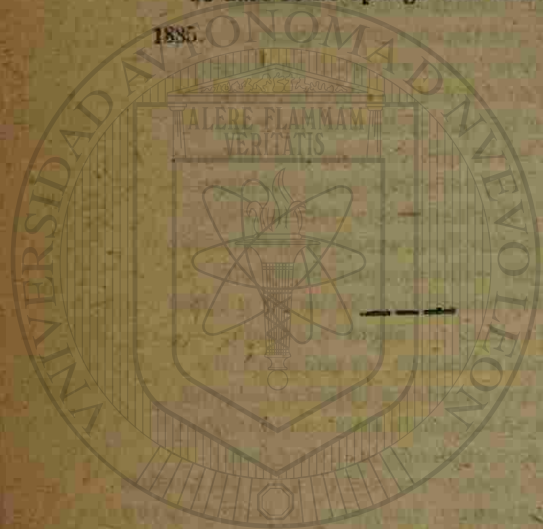
Si la muerte que á todos nos aterra,
Un trono sobre el ancho firmamento
Guarda á los semidioses de la tierra,
¡Juárez el inmortal, tiene ese asiento.

Nacido en el peñón de una montaña,
Bajo el dosel del azulado espacio,
Su alcázar infantil fué una cabaña
Y el abierto horizonte su palacio.

Por su indígena raza, firme, austero,
Por su oscuro nacer; del pueblo hermano;
La tez de bronce, el corazón de acero
Griego el pensar y el alma de romano.

Los más brillantes lauros de Gloria
Estaban á su frente destinados.
Los grandes caracteres de la historia
Estaban en el suyo condensados.

¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;
Yo su grito escuché con embeleso,
Y le dije: pues hemos acabado,
Te daré como epílogo otro beso!



A JUAREZ

Dadte á mi voz, del huracán rugiente
El poder no domado y estruendoso,
Que así quiero cantar de gente en gente
Las inmortales glorias de un coloso.

Si la muerte que á todos nos aterra,
Un trono sobre el ancho firmamento
Guarda á los semidioses de la tierra,
Júarez el inmortal, tiene ese asiento.

Nacido en el peñón de una montaña,
Bajo el dosel del azulado espacio,
Su alcázar infantil fué una cabaña
Y el abierto horizonte su palacio.

Por su indígena raza, firme, austero,
Por su oscuro nacer; del pueblo hermano;
La tez de bronce, el corazón de acero
Griego el pensar y el alma de romano.

Los más brillantes lauros de Gloria
Estaban á su frente destinados.
Los grandes caracteres de la historia
Estaban en el suyo condensados.

El alma de Catón, el gran civismo
De Leónidas, y de Agis la justicia,
De Temístocles todo el patriotismo,
De Licurgo el saber y la pericia.

Todo en aquel humilde pequenuelo
Que en la tierra de Ixtlán pobre crecía,
Como en una arca lo guardaba el cielo,
Sólo el Dios de los Libres lo sabía.

Aguila audaz que sobre abrupta peña
Y en muda soledad cueлга su nido,
Cuanto más tarde la extensión domeña
El valle ante sus piés queda vencido.

Así Juárez, así; sin esas galas
Falsas con que la corte irradia bella,
Aguila de Anahuac, abrió sus alas
Miró á su patria y combatió por ella.

La lucha era terrible; usos y leyes
Ibanse á derrocar; el antro oscuro
Nido de encomenderos y Virreyes
Iba á crugir con su imponente muro.

Aún vagaba en la atmósfera el aliento
De otras edades á la luz ajena;
Ibase á desatar el pensamiento,
A dejar el derecho sin cadenas.

Al mirar á aquel hombre que surgía
De las revueltas masas populares
Grande cual surge el lumínar del día,
De las revueltas ondas de los mares,

Rugió la envidia en su furor tremenda,
Y el fanatismo, de rencor eterno.
Sintió como el Satán de la leyenda
Odio al Jehovah que lo lanzó al infierno.

Juárez sereno en su saber profundo
Fija en el porvenir su audaz mirada,
Y ve como Colón un nuevo mundo
Entre las sombras de la edad pasada.

A descubrir sus luchas no me a'rovo,
Ante tanta grandeza yo me inclino,
Aquel reformador gigante y nuevo
Tuvo un Gólgota horrible por camino.

A sus guerreros bravos y animosos,
Apóstoles, heraldos, campeones,
Vió morir en cadalsos afrentosos
Entre befa y escarnio y maldiciones.

Y en medio del tumulto y la matanza,
Siendo el derecho su sagrada norma,
Su fé renueva, atiza su esperanza,
Mata el fuero y cimenta la *Reforma*.

Allí está Veracruz en donde raya
A tal altura ante la patria historia,
Que nuestro mar rompiéndose en la playa
Aun parece gair: "¡A Juárez gloria!"

Nunca de aliento ni firmeza faltó,
Coronó allí sus grandes ideales....
Aguila junto al mar, voló tan alto
Que humilló el mar al verlo sus cristales.

Allí fué tempestad, que con el trueno
Asorda y llena la extensión vacía,
Y con el rayo de fulgores lleno
Rompe los muros de prisión sombría.

Más tarde, tres naciones se congregan
Para vencerle y destrozarle unidas;
Cuando á las puertas de la patria llegan
Las encuentran por Juárez defendidas.

La que se queda sola en el combate
No vence á Juárez que al burlarla experto
Lleva nuevo Israel que no se abate,
El arca de la Patria hasta el desierto.

Allí en el llano inculto, en la ribera
Del Bravo que nos guarda y nos limita,
Clava en nómada tienda su bandera
Y la muerta esperanza resucita.

No lo mancille la facción injusta
En cuyos odios la verdad se estrella,
¡El, salvó el arca de la ley augusta!
¡Con ella huyó, pero triunfó con ella.

Que nada el vuelo de su fama corte:
Todo lo tuvo ese hombre extraordinario
Sinaí en Veracruz y allá del Norte
En los desiertos, Gólgota y Calvario.

Pero el Tabor en que brilló su idea
Con eternos y vivos resp'andores,
Lo fué toda esta Patria, en la que ondea
El lábaro inmortal de tres colores.

La muerte al arroparlo en negro manto
Lo arrebató de la familia humana,
Pero su nombre ha de vivir en tanto
Que haya un palmo de tierra mexicana

Fué el plebeyo humillando á la nobleza;
Fue el derecho imponiéndose á la historia:
Do acaba el hombre, el inmortal empieza,
Su fama universal se llama gloria.

Margarita Maza de Juárez.

Tierna, sencilla, dulce y amorosa
En derramar el bien pasó la vida,
Que á todas las virtudes dió cabida
En su alma levantada y generosa.

Del redentor de un pueb'o digna esposa,
Grande en la adversidad, noble y sufrida,
Fué en la victoria, por el cielo ungida,
Del hogar ángel, de su pueblo diosa.

Cifró sus más hermosos regocijos
En aliviar miserias y dolores
Y en ser otra Cornelia ante sus hijos.....

Justo es ¡oh pueblo! que su ausencia llores:
En su tumba en que están tus ojos fijos
Siempre habrás de encontrar frescas las flores.



A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Ardien'e juventud, tú que la herencia
 Recoges ya del siglo diez y nueve,
 Y que el maduro fruto de la ciencia
 Llevas al porvenir con planta breve;
 Tú que en la edad viril, la limpia aurora
 Verás del nuevo siglo, en que, alentado
 Por el rico saber que hoy atesora,
 Tu espíritu esforzado,
 Al saludar gozosa el sol naciente,
 Honrarás las conquistas del presente
 Con las sabias lecciones del pasado:

Atiende aquí á mi voz; vibre mi acento
 Como un canto triunfal en tus oídos;
 Y en noble sentimiento,
 Como al sonar el bélico instrumento,
 Los generosos pechos encendidos
 Al escucharse de la lira mía
 Las toscas pulsaciones,
 La acompañen en rítmica armonía
 Latiendo vuestros nobles corazones.

Madre es la Patria, que confiada espera
 Al contemplaros, de su amor ufana,
 En la marcial carrera;
 Su porvenir, su nombre y su bandera

En vues'ras manos entregar mañana;
 Y escudos de la ley y del derecho,
 La mente con la ciencia engalanada,
 Las patricias virtudes en el pecho,
 Podréis decir que irradia vuestra espada
 Aquella luz, que en Africa una noche
 Vieron brillar de César los guerreros
 Como lenguas de fuego en sus aceros.

Que no siempre el aliento de la guerra
 Fué engendro de rencor y de venganza,
 Ni el odio y la matanza,
 Sobre la faz de la extendida tierra.
 Han llevado las huestes victoriosas
 Que cual fieros torrentes desbordados,
 Destruyeron naciones poderosas
 En los heroicos tiempos, ya pasados.

El saber, las costumbres, las ideas,
 El rico idioma que á mezclarse llega
 Con ignotos idiomas escondidos,
 La exaña actividad que se despliega
 Al formar vencedores y vencidos,
 Nuevos pueblos, y razas y naciones,
 Con más altas tendencias,
 Con más nobles creencias
 Y más rico caudal de aspiraciones.

Es'la la guerra fué. Cuán grande miro
 Sobre la des'umbrante Babilonia
 Su poderoso imperio alzando Ciro!
 Y al hundirse la asiática monarquía,
 De sus escombros de oro y alabastro
 Surgir una era nueva, como un astro,
 De r. mandó la luz del nuevo día!

El espíritu helénico ¿á quién debe
 Su más alto esplendor? Se alza primero,

CAPITULO RESPONSIVA

Como lejana luz brillando leve;
Lo trasforma en un sol la voz de Homero,
Y su inmortal fulgor, grande y fecundo,
Viene á alumbrar la historia,
Cuando Alejandro, en alas de la gloria
Lo extiende en sus conquistas por el mundo.

Predilecto del genio y la victoria,
Por donde quiera que la firme planta
Asienta el hijo de Filipo, un templo
Para honrar el progreso se levanta.
¡Oh caudillo esforzado y sin ejemplo!
Su triunfal es andarte,
Pueblos, reyes y obsáculos desprecia,
Porque lleva con él la fe de Grecia,
La voz del genio y el poder del arte.
Y al calor de la lucha y de las armas
Y é la sombra del aguila altanera
Que hacia el Oriente sus legiones guía
Cifra imperecedera
De inmensa gloria, nace Alejandría!

¡Augusto emporio del saber humano,
Irgióse altiva entre la mar y el Nilo,
Siguiendo el trazo que con diestra mano
Sapo copiar Dinócrates tranquilo
Del manto militar del soberano!
Ved, las romanas picas aparecen
Anunciando á la tierra
Que otros gérmenes crecer;
Que en la ciudad de Rómulo se encierra
El porvenir de cien generaciones,
Que llevarán en alas de la guerra
Fuertes y victoriosas sus legiones.
Y bajo el sol ardiente de Cartago,
Y en la márgen del Tamesis sombrío,
Y del Danubio entre el murmullo y go

Y al pintoresco pie del Alpe frío,
Con César y Pompeyo soberanas,
Llevando al mundo entre sus garras preso
De la victoria al encendido beso
Se han de cernir las águilas romanas.

Y al cruzar esas huestes, anchas vías
Se abren para el visjero;
Despierten en los pueblos simpatías
De mercader sudaz rico venero;
Surcan tendidos mares los bajetes,
Y nuevo Dencalión. Roma dejando
Su camino regado de laureles,
Fantásticas ciudades van brotando,
Y el polvo que levantan los corceles
Al disipar los vientos,
Dejan ver como huellas de su paso,
Soberbios monumentos
Desde do nace el sol hasta el ocaso.

Después de tantos siglos de victoria
Roma también inclina su bandera;
Y los últimos fastos de su historia
El triunfo son de muchedumbre fiera.
Atravesando con feroz encono
Los lejanos y estériles desiertos,
Y en numerosas hondas conducidos
Por caminos inciertos;
Cual de mares que están embravecidos
Su espuma salpicando en las arenas,
Les gigantescas olas
Llegan á sepultar playas serenas,
Así vienen ardientes y terribles
Hunos, godos, alanos y lombardos,
Vándalos, francos, suevos, búrguñones,
Galos y anglo-sajones,
Y de ese hervor de muchedumbre extraña

Surgen nuevas naciones,
Inglaterra, Alemania, Francia, España.

Del escondido seno de la Arabia
Brota un incendio nuevo que devora
Al mundo ya cristiano;
Brilla la media luna aterradora;
Lanza un grito de guerra el africano;
Y Europa, en otro tiempo vencedora,
Trémula mira la atrevida mano
Del hijo del profeta,
Que incontrastable vino,
Al clavar su pendón sobre los muros
De la imperial ciudad de Constantino,
Su irresistible empuje
Hace rodar el trono de los godos;
Al paso del islam la tierra cruje,
Y al cielo de la ciencia tres estrellas
En tan sangrienta y trágica demanda
Asoman luego espléndidas y bellas:
Son Córdoba, Bagdad y Samarcanda.

Y en esa larga noche tenebrosa
Del espíritu humano en la Edad Media,
Esos astros de luz esplendorosa
Guardan el sacro fuego
Que el mundo entonces desconoce ciego
Y que otra culta edad mira a oscurada,
Cuando su noble admiración escita
De Córdoba la arábica Mezquita
Y la soberbia Alhambra de Granada.

Siempre tras de la guerra,
Más vigorosa llega la cultura;
Así sobre la tierra
La negra tempestad roje en la altura;
Tremenda se desata

De su seno la hirviente catarata;
El formidable rayo serpentea:
El relámpago incendia el horizonte,
El huracán los ámbitos patea
Infundiendo el terror del prado al monte;
Y aquella confusión que estremecida
Y acobardada ve Naturaleza,
Es nueva frente de vigor y vida
Y manantial de amor y de belleza

Recordadlo, vosotros, cuyo pecho,
Desde temprana edad honra la insignia
Del soldado del pueblo y del derecho;
Y no olvidéis jamás: si acaso un día
Siguiendo con valor vuestra bandera,
Llevais ó resistís la guerra impla
De nación extranjera
Sin consentir jamás infame yugo,
Que la espada esgrimís del ciudadano
No el hacha del verdugo;
Que el pendón que enarbola vuestra mano
Es la antorcha de luz y no la tea
Del incendiario vil; que los desvelos
De esta patria tan tiernos y prolijos,
Es hallar en vosotros dignos hijos
De Hidalgo, de Guerrero y de Morelos.

No olvidéis que mecióse vuestra cuna
En el mismo recinto
Sobre el cual resistieron los aztecas
A las huestes del César Carlos Quinto
Y que el indio jamás huyó cobarde,
Ni al ver flotando espléndidos palacios
En el revuelto mar, de audacia alarde;
Ni al ver cruzar silbando en el espacio
El duro proyectil; ni ante el raído
Atronador del arcabuz ibero,
Ni al conocer el ágil y ligero

Corcel que resoplando entre la espuma
 De sus hinchadas fauces, parecía
 Huir el virgen suelo que regia
 Con su dorado cetro Moctezama.
 Recordad que á los golpes de la espada
 Y de las lanzas á los botes rudos,
 Nunca temió la raza denodada
 Cuyos pechos desnudos
 Paso ante los cañones por escudos.
 Recordad que este pueblo cuando siente
 Herir su dignidad, fulmina el rayo.
 Lo mismo en las montañas insurgente,
 Que en los baluartes bajo el sol de Mayo,
 Que en páginas de luz dejando escritas
 Glorias que nunca empañará la niebla,
 Hi algo fué un titán de Granaditas,
 Y fué un gigante Zaragoza en Puebla!
 Que merece en la historia eterna vida,
 La guerra al invasor osado y fiero,
 Cual merece la guerra fratricida
 La maldición del Universo entero!
 Que una docta experiencia
 Dicen que da el triunfo ambicioso,
 Más que las toscas armas del soldado
 Las invencibles armas de la ciencia.
 Y sabios y prudentes,
 Al recoger la enseña sacrosanta
 De esta patria que hoy ciñe vuestras frentes
 Con el lauro debido á vuestro celo,
 Veladla siempre con amor profundo,
 Y así cual brilla el sol sobre la esfera
 Mire brillar en vuestra mano el mundo
 Libre y llena de honor vuestra bandera.
 Dad de firmeza y de heroísmo ejemplo,
 Nunca lucheis hermano contra hermano,
 Amad la patria y hallaréis por templo
 El corazón del pueblo mexicano.

AL "BLASCO DE GARAY"

El ancla al peñón aferra
 Sobre la mar espumante,
 La fortaleza flotante
 Que dá terror en la guerra.
 No amenaza nuestra tierra
 Ni viene en pos de conquista;
 Surge arrogante á la vista,
 Y su hermoso pabellón,
 En vuelo en negro crespón,
 Cubre los restos de Arista.

No nave de tierra extraña,
 La llaméis con voz impía,
 Que nunca la patria mía
 Vió nada ajeno en España.
 Esa nave, amor entraña
 Y en ella mis ojos fijos
 Sorprenden los regocijos
 Que causa á la madre ausente
 Honrar el independiente
 Y santo hogar de sus hijos.

De amistad símbolo cierto,
 El fiero bajel hispano

Trae al suelo mexicano
Tristes de ojos de un muerto:
Al verle entrar en el puerto
De las brumas al través
Grita el vigilante "él es"
Y alza un himno de alegría
El mismo mar en que un día
Quemó sus naves Cortés.

Dando ejempl'o á las naciones,
Sobre el bajel confundidos,
De duelo flotan unidos
Dos hermosos pabellones,
Sus glorias, sus tradiciones,
Allí enlazadas se ven,
Y astros del honor sostén
Iradian sobre la nebla
Juntas las glorias de Puebla
Con las glorias de Bailén.

Alzando montes de espuma
Encuentra el bajel abierta
A orillas del mar la puerta
Del país de Moctezuma,
Ningún recuerdo le abruma,
Cumple una santa misión,
Viene á honrar una nación
Que llena de amor profundo
Encisura en el nuevo mundo
El mundo del corazón.

¡Paso al bajel castellano!
Que de mi siglo á la faz
Le den ósculos de paz
Las olas del golfo indiano.

¡Paso á España! al pueblo hermano.
Heroico, grande y esperto,
Que toda virtud despierto
Manda á mi patria querida,
Lauzeles de eterna vida
Con las cenizas de un muerto.

Astro de unión, con tu luz
Dios nuestros pueblos ampare,
Y no haya mar que separe
A Cádiz de Veracruz.
Surge el tabor tras la cruz,
La paz tras el batallar
Y así podemos mirar
A España y México unidas,
Hoy que flotan confundidas
Sus banderas sobre el mar.

Vuelve á tus playas, bajel,
Playas heroicas y bellas
Y verán que entras en ellas
Llevando un nuevo laurel;
Va vuestra amistad con él
Y no hay hoz que la destruya,
Interpreta nuestro goce:
México republicano
Tendrá siempre por hermanos
La España de Alfonso Doce.



MEXICO Y ESPAÑA

Allá detrás del mar la playa amena
De la tierra del Cid y los Guzmanes;
La cruz plantada en la morisca almena
Y rotos á sus piés los yataganes.

Allá, campos cruzados por gomeles;
Murallas que los godos defendían;
Palacios con ojivas y caireles
Donde las ninfas del harém dormían.

Allá las cinceladas armaduras;
Los cascos relucientes con cimeras;
Los castillos poblados de aventuras;
Las torres coronadas de banderas.

Allá, los altos picos del Moncayo;
El Guadalete con la sangre tinto;
Los manes de Rodrigo y de Pelayo;
Las tumbas de Fernando y Carlos Quinto.

Allá, todo eso que esplendor se llama,
La tradición, la fábula, la historia,
Los hechos coronados por la fama
Y los héroes ungidos por la gloria.

Aquí la noche llena de luceros;
El campo lleno de silvestres flores;
El volcán con sus hondos ventisqueros
Y el lago con sus juncos tembladores.

Aquí, la virgen tierra americana,
Bajo su azul y eterno cortinaje;
El rey desnudo, la vestal indiana,
El bosque inculto y el aduar salvaje.

Aquí, errabundo el ígucrado alleta
De audacia ejemplo y de valor tesoro;
En las entrañas del peñón la veta
Y el barro confundido con el oro.

Aquí, el templo de tosca gradería;
El ídolo hecho un Dios armipotente,
Y del pueblo la sorda gritería
Al verlo bautizar con sangre hirviente.

Aquí, el carcax, el arco y la rodela
De torca piel, con plumas adornada;
La aguda flecha que en los aires vuela
Y la macana en pedernal labrada.

Aquí, sólo un baluarte: la montaña;
Allá, torres, y naves y cañone;
Tal fué Tenoxtitlán; tal era España,
¿Cuál vencerá en la lid de ambas naciones?

II

Admiro, Iberia altiva, tu nobleza,
Tu carácter indómito y bravo,
Pero á la par admiro la grandeza
Del heróico valor del pueblo mío.

¿Qué hal'aste en estos reinos ígucrados?
Un pueblo que del oro no se engría;

Una Otumba que asombra á tus soldados
Y un Guatimoc que en el tormento ríe.

Cu'parte en nuestro siglo fuera mengua;
Venciste y nadie in'entrará culparte;
Entre tus dones heredé tu lengua
Y nunca la usaré para insultarte.

Si á la justicia destronó el capricho;
Si está con sangre escrita cada hozaña,
¡Ab! yo diré lo que Quintana ha dicho:
"Crímenes son del tiempo y no de España."

¡Nuestra sangre es igual! que nadie oponga
A nuestra unión calumnias ni rencores;
¡La plegaria inmortal de Covadonga
Sig'os más tarde resonó en Dolores!

La misma es nuestra raza altiva y fiera;
Igual nuestro carácter franco y rudo,
Aquí, el águila libre por bandera;
Allá el león, por símbolo y escudo.

No de venganza con mentido alarde
Nuestras glorias hundamos en la niebla;
Hijos de Zaragoza y de Velarde
Juntos cantemos á Bai.én y á Puebla!

Juntos el mexicano y el ibero
Tener debié'ran en mejores días:
¡Para cantar su patriotismo á Homero!
¡Para llorar sus duelos, á Isaias!

Hoy la g'oria con bellos arreboles
Ilumina enlazadas nuestras menas;
¡Honor eterno á México, Españoles!
¡Honor eterno á España, Mexicanos!

A MEXICO

EN LAS ULTIMAS DESGRACIAS DE ESPAÑA

Allá del rayuelto mar
Tras los secos arenales,
Donde sus limpios cristales
Las ondas van á estrellar;
Donde en lucha singular
Disputando á la fortuna
Las ciudades una á una
De sus guerreros el brío,
Mostraron su poderío,
La cruz y la media luna.

En esa tierra encantada,
Que esconde en perpetuo Abril,
Las lágrimas de Boabdil,
En las vegas de Granada,
Donde el ave enamorada
Repite entre los vergel
El canto de los gomeles,
Y cuelga su frágil nido
Del minarete prendido
Entre ojivas y caireles.

Donde señados ultrajes
 Vengaron fieros zегries,
 Regando los albelies
 Con sangre de abencerrajes.
 Donde entre muros de cacajes
 Y torres de filigrana,
 Lloró la hermosa sultana
 Amorosos sentimientos
 A los rítmicos acentos
 De una trova castellana.

Allí donde nueva luz
 Alumbro limpia y serena
 Sobre la morisca almena
 El símbolo de la cruz;
 En ese suelo andaluz
 Cuyos cármenes hollando
 Y en otro mundo soñando,
 Cruzaron en su corcel
 La magoánima Isabel
 Y el católico Fernando,

En esa región que encierra
 Tantos recuerdos de gloria,
 En ese altar de la historia,
 En ese edén de la tierra.
 No el azote de la guerra
 Infunde duelo y pavor,
 Ni causa fiero dolor
 El negro contagio inmundos;
 Que mira asombrado el mundo,
 A la otra plaga mayor.

Surgen allí tempestades
 Del suelo entre las entrañas,
 Y vacilan las montañas
 Y se arrasan las ciudades
 Escombros y soledades

Son el cortijo y la aldea;
 La muerte se enseñorea,
 Y en medio á tanta ruina,
 Se ve cual llama divina
 La caridad que flamea.

Con sordo bramido el duelo
 Todo lo enluta y recorre;
 Yace la maciza torre
 En pedazos sobre el suelo.
 Salvarse forma el anhelo
 De los espantados seres
 Y hombres, niños y mujeres
 Las crispadas manos juntan,
 Y viendo al cielo preguntan:
 "Dinos, Dios: ¿Por qué nos hieres?"

Recordando en sus delitos
 Las bíblicas amenazas,
 Van por las calles y plazas
 Confesándolos á gritos.
 Los corazones precitos
 Se niegan á palpar,
 Y todos ven transformarse
 Al golpe del terremoto,
 En abismo el verde soto,
 Y en escombros el hogar.

Se abate el pesado muro
 Que adornó silvestre yedra
 Y brotan de cada piedra
 Una oración y un conjuro.
 No hay un asilo seguro:
 Ciérnese el ángel del mal;
 Cada fosa sepulcral
 Abrese ante fuerza extraña
 Y parece que en España
 Comienza el Juicio Final

Y entre la nube sombría
Que el denso polvo levanta,
El coro terrible espanta
De los gritos de agonía
Y entre aquella vocería,
Con rostro desencajado,
El padre busca espantado
Con ayes desgarradores,
El nido de sus amores
Entre escombros sepultado.

Convulsa, pálida, errante,
Sobre el suelo que se agita
La madre se precipita
Por la angustia delirante;
Vuela en pos del hijo amante;
El rostro al abismo asoma,
Lo llama llorando; y toma
Por voz del hijo querido,
La que acompaña al crujido
De un techo que se desploma.

En repentina orfandad
Trémulas las manos tienden
Los niños, que no comprenden
Su espantosa soledad.
Tan solo la caridad
Velará después por ellos,
Curando con sus destellos
Su miseria y su aflicción:
¡Cómo no amarlos, si son
Tan inocentes, tan bellos!

¿Qué pecho no se conmueve
Ante cuadro tan sombrío
Que el corazón más bravío
A contemplar no se atreve?
Ante el infortunio leve

¿Quién no es noble? ¿quién no es bueno?
¿Quién de piedad no está lleno
Cuando es la virtud mayor,
Aun más que el propio dolor
Sentir el dolor ajeno?

Manda ¡oh noble patria mía!
La ofrenda de tus piedades
A las hoy, tristes ciudades
De la hermosa Andalucía,
No es favor, es hidalguía;
Es deber, no vanidad,
Llaman otros Caridad
A estos óbolos del hombre,
Tienen nombre, solo un nombre:
Se llaman Fraternidad.

Con tierno entusiasmo santo,
Mezcla ¡oh patria amante y buena!
Esa pena con tu pena,
Ese llanto con tu llanto.
Si al mirar ese quebranto
Tu triste historia repasas,
Verás que angustias no escasas
Pasó entre llantos prolijos,
Por amparar á tus hijos
Bartolomé de las Casas.

¡POR CONSUEGRA! ¡POR ESPAÑA!

Leída en el Gran Teatro Nacional de México
en la función organizada por la Junta de Damas a beneficio
de los inundados.

Para goces ó due los que sienta España
Cuando el llanto ó la dicha su faz enciende,
Tengo una lira humilde que la acompaña
Y un corazón de hermano que la comprende.

Por eso aquí de nuevo mi voz levanto
Y pido á pobres cuerdas sus armonías;
Ya lo sabéis vosotros, la quiero tanto
Que sus penas intensas las hago mías.

Yo vi de cerca todo lo que se encierra
De noblezas hidalgas en su recinto;
Sentí el sol de la historia sobre esa tierra
Que vió el sol sin Ocaso de Carlos Quinto.

Si allí buscáis leyendas encantadoras
Soñaréis que os arrullan notas lejanas,
De rabeles cristianos y guzlas moras
Bajo los minaretes de las sultanas.

Soñaréis cabe albercas con arrayanes
En cautivas que lloran por sus donceles;

En alquiceles blancos y en yataganes
Sobre la verde cuesta de los gomeles.

¡Ah! yo he visto la hermosa vega extendida
Que el Genil argentado de flores cuaja,
Y soñe en otros tiempos y en otra vida
Mirando los jardines de Lindajara.

Recogi de Granada los alhelios
Que un sol de fuego esmelta con luz divina,
Y al cruzar por el campo de los zegries
Me hablaba de mi patria la golondrina.

España nos recibe con regocijos
Porque colmar supimos su afán profundo,
Siente orgullo de madre que ve á sus hijos
Honrar ya independientes el Nuevo Mundo.

En cada leal amigo me dió un hermano
Que hizo suyos mis goces y mis pesares,
Porque basta en España ser mexicano
Para encontrar abiertos pechos y hogares!

Allí ninguno alienta rencor ni dolo
Al vernos vivir libres en otra esfera,
Pues saben que ostentamos de polo á polo
Con honor y sin mancha nuestra bandera.

Ya no existe la España dominadora
Sino la Iberia hermana que he conocido,
Y cuya lengua rica dulce y sonora,
Honramos en la tierra donde he nacido.

Ya no existe la España grave y austera
Que lanzó en sus legiones fieros aludes,
Que Cortés hizo odiosa con una hoguera
Y vindicó Las Casas con sus virtudes:

Soldados de Alvarado; Reyes Aztecas;
 Todos «óis polvo vano, ya nada existe;
 De aquella edad aun tiemblan las hojas secas
 Del árbol que recuerda «la noche triste.»

Se quebró la macana que el casco abolla,
 La inquisición no ostenta tizones rojos;
 Y al fundirse dos razas nació la criolla
 De apiñonado cutis y negros ojos.

La de pies diminutos y andar galano,
 La que junta con dulce melancolía
 Lo humilde y apacible del tipo indiano
 Al garbo y á la gracia de Andalucía.

¡Oh España! oh noble España! tú nos legaste
 Una fé y una lengua; tienes derecho
 A buscar en los pueblos que aquí fermaste
 El corazón hidalgo que hay en tu pecho.

España es igual siempre bajo tu rayo
 ¡Oh sol del patriotismo que la iluminas!
 Resucitó á sus héroes del Dos de Mayo
 Al ver amenazadas las Carolinas!

¿Cómo no tributarle justos honores
 Al laurel siempre vivo que la enguinalda?
 ¡Unámonos nuestra enseña de tres colores
 A su gloriosa enseña de rojo y gualda

Hoy que triste se envuelve con gasa negra
 Que le atara un espectro de heladas matos;
 Cual fraternal tributo llegue á Consuegra
 El óbolo que mandan los mexicanos.

¡Oh caridad sublime! ¡Soy que derramas
 De amor y de consuelo rayos ardientes!

Mira cómo á tu influjo son nuestras damas
 Los ángeles de guarda de los ausentes.

Campos ayer hermosos, son tristes yermos;
 Escombros los hogares; las dichas, penas;
 Los espíritus sanos gimen enfermos.....
 ¡Aliviad tantos males las almas buenas!

¡Oh! bien hacéis vosotras en ser primeras
 En consolar amantes, tanta agonía,
 ¡Para aliviar desgracias ya no hay fronteras!
 ¡La Caridad no tiene ciudadanía!

Damas que sois las joyas de nuestro suelo
 Y galardón y gloria da sus hogares;
 Vuestras altas virtudes bendice el cielo;
 Vuestra piedad un pueblo tras de los mares!

A la ofrenda tan noble que haréis mañana
 Yo la inscripción pusiera cual la merece:
 «Los ángeles de Anáhuac, para su hermana
 La España de Cristina y Alfonso Trece.»
 México, 14 de Octubre de 1891.



AL PARTIR DE ESPAÑA

¿Qué dolor tan inmenso me devora?
 ¿Qué pena tan profunda me acompaña....?
 Ruge el mar á lós besos de la aurora:
 Mi nave zarpa al fin....te dejo España.

De mi postrer adios fueron testigos
 Cariñosos tendiéndome las manos,
 Los que ayer al tratarlos llamé amigos
 Y dejándolos hoy los siento hermanos.

¡Ay! olvidarte España fuera mengua
 Azul como el de México es tu cielo,
 El mismo corazón, la misma lengua,
 Y la fe, y el arrojo y el anhelo.

¡Con cuánto amor acojes afanosa
 Al que llega de México á tus lares!
 ¿Cómo olvidarte nunca, tierra hermosa,
 Si ungieste con aplauso mis cantares?

Adiós España, adiós; la varia suerte
 No sé si á ti me volverá mañana,
 Mas ya guardo en el alma hasta la muerte
 Tus recuerdos ¡oh tierra castellana!

Será siempre tu nombre ya esplendente
 Donde me lleve la fortuna loca
 El más dulce recuerdo de mi mente,
 La más tierna palabra de mi boca.

España ¡adiós! dejarte no quisiera,
 Mas torno al suelo que meció mi cuna;
 Mi patria voy á ver..... ella me espere:
 ¡Tierra como la patria no hay ninguna!

De líquido zafir, de hirviendo plata
 Alza montes el mar, despun'a el día,
 Y el hermoso horizonte se dilata
 Contado por la agreste serranía.

¿Qué diré recordando tu grandeza?
 Mi patria y tú compartes mis amores,
 Iguales son su gloria, su nobleza,
 Su afán, sus esperanzas, sus dolores.

Diré que amo á las dos, que el alma extraña
 A las dos por igual, si no las miro;
 Que en España por México suspiro;
 Y en México suspiro por España.

Santander.

CAPITULO ALTERNATIVO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A VERACRUZ

¡Veracruz! Para cantar
 Tus glorias, pulsar deseo
 La lira del gran Tirteo,
 No la lira del hogar.
 Atalaya junto al mar,
 A quien como amante abrazas,
 Cuantos duelos y amenazas
 Atacan los patrios bienes,
 Antes que nadie sostienes
 Y antes que nadie rechazas.

Están de recuerdos llenas,
 Recuerdos de cien batallas,
 Tus batidas murallas
 Y tus erguidas almenas.
 ¡Cuántas páginas serenas
 Ocupas en nuestra historia!
 Que al par que heroica memoria
 Guardan tus montes, tus valles,
 Cada piedra de tus calles
 Tiene un bautismo de gloria.

Caluarte de dignidad,
 De arrojo, de patriotismo,

De abnegación, de heroísmo,
 De gloria y de libertad:
 Formó tu virilidad
 La reforma benéfica;
 Fuiste la cuna, la aurora
 De ese cielo en cuyas huellas
 Son inmortales estrellas
 Llave y Gutiérrez Zamora.

Orgullosa de tu grey,
 Nadie brilla junto a ti,
 Dista, nuevo Sinaí,
 Las tablas de nuestra ley;
 Es tu pueblo el pueblo rey,
 Que fiero en el batallar,
 Para sufrir y gozar
 Tiene en su entusiasta anhelo,
 Por único manto el cielo,
 Por único amigo el mar.

En la primera invasión
 A que Francia se atreviera,
 Salvaste con la bandera
 El nombre de la nación,
 Es la lealtad tu blasón,
 Tu fe la fraternidad,
 Tu divisa la igualdad,
 Y en frente del porvenir,
 Veracruz quiere decir
 Puerta de la Libertad.

Acoge, pues, al viajero
 Que en ti pone entusiasmo,
 Un corazón desgarrado
 Pero para ti sincero.
 Pueblo activo y caballero,
 No da mis palabras con,

Es pobre mi inspiración;
La tuya al cielo se eleva
Con Carpio, con José Esteva,
Con Zayas y Díaz M rón.

Es mi paso junto á tí
Rauda como el pensamiento;
Mas quisiera que mi asiento
Eterno vibrara aquí.
No busques, pensando en mí
Al poeta, busca al hombre,
Que yo vivo, no te asombre,
Para ensalzar tu memoria,
Para celebrar tu gloria,
Para vendecir tu nombre.

De más glorias al través
Yérguete noble y bravía,
Junto á este golfo á que un día
Trajo sus naves Cortés.
El mar ofece á tus piés
Ancho foso de tu hogar:
Mira en sus ondas brillar
De tu heroísmo la luz,
Y sé siempre, Veracruz,
Indomable como el mar.

A GUADALAJARA

Te soñé desde niño, tierra de flores,
Mas valía que nunca yo te soñara,
Pues hoy sin esperanza, sin paz ni amores,
Nada puedo ofrecerte Guadalajara.

Ya con el alma enferma llegué á buscarte
Para aliviar mi amarga melancolía,
Y así cual te soñaba logré encontrarte
Con cármenes y vegas de Andalucía.

Tienes en tus palacios nuevas Alhambras
Con Zaidas y Moraimas en sus vergeles,
Y tus campestres fiestas son cual las zambras
Que alegraban las cuevas de los Gomeles.

Mirando tus gardenias, tus tulipanes,
Tus floridos naranjos, tus alhelios,
Recuerdo aquellos campos de mulmanes,
Tumbas de abucerrajes y de zegríes.

Mirando á tus mujeres des'umbradoras,
Las de talles esbeltos y labios rojos,
¿Quién no sueña en la magia de aquellos moras
De crenchas abundosas y negros ojos?

Arabe en tus pasiones y en tus festines,
Bajo un diáfano cielo respandecient*,
Con azalias y lirios de tus jardines
Teje e. amor guirnaldas para tu frente.

Búcaro de gardenias, tazón de aromas,
Pe la cual no la guardan indicos mares,
Blancas, dulces y tiernas como palomas
Son las felices reinas de tu hogar.

El sol brilla en tu cielo más fulgoroso,
Te da con sus celajes clámides bellas,
Y en ti, Guadalajara, todo es hermoso:
Mujeres, flores, aves, nubes y estrellas.

De la noble franqueza cuna y abrigo,
De la virtud austera trono y escudo,
Reina del Occidente, yo le bendigo;
Edén de las hermosas, yo te saludo.

De tu benigno clima como tesoro
No tiene en sus espacios región alguna,
Tardes como tus tardes de nacar y oro,
Noches como tus noches de blanca luna.

Yo que nací en un valle que Dios regala
Con lagos y volcanes que el mundo admira,
Ansioso de mirarte crucé el Chapala
Y al rumor de sus ondas templé mi lira.

Eres cuna de genios: en ti han nacido
Artistas, héroes, bardos, sabios, guerreros,
Y han sobre nuestra historia re-plandecido
Como en tus límpidas noches tantos luceros.

Tazón de tuberosas y tulipanes,
Ciudad de los palacios y las huries,

Dime si te formaron los musulmaues,
Si eres de abencerrajes ó de zegrías.

Esas m'gas que ocultan en los chopines
Pie: que á Fidiás y á Venus bellos recrean,
Son las flores con almas de tus jardines,
Gardenias que suspiran y pestañean.

Son embeleso, gloria, blasón y orgullo
De tu suelo en que hoy vibra la lira mía;
El canto de tus hijas es el arrullo.
Del aura entre las vegas de Andalucía.

Tierra de los ensueños y de las flores,
Per a cual las esconden indicos mares,
Dios que puso en tus selvas los ruiseñores
Mandó sus bendiciones á tus hogares.

Para poder cantarte me falta acento,
Para admirar tu hechizo me falta calma:
Llevo triste y de luto mi pensamiento,
Y el invierno y la muerte dentro del alma.

Quando en tus caras noches sueñes dicha,
Quando con arrebo'es te adorne el día,
La brisa de tus campos dirá medrosa
Lo que decir no puede la lira mía.

Siempre para ensalzarte seré el primero,
Siempre mi pensamiento vendrá á buscarte;
Y en medio de mis penas tanto te quiero,
Que en medio de mis penas no he de olvidarte.

Ya brilla del Prog eso la nueva aurora,
Yo sé que al alejarme de tus linderos
Ponto veadrá la rauda locomotora
Trayendo á que te admiren nuevos vi jeros.

Que á todos les captive, que les esombre
 Como á mí tu belleza, de dichas n'do,
 Y que cual yo en el alma guarden tu nombre,
 Que borrará la muerte, nunca el olvido.

Guadalajara, Febrero 9 de 1888.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A JALAPA

Jalapa! nido de amores,
 Fué mi más dulce ilusión
 Curar mirando tus flores,
 Los más secretos dolores
 Que llenan mi corazón.

Entre pintorescas lomas
 Surges gallarda y gentil,
 Como un nido de palomas
 Que incesan con sus aromas
 Las tuberosas de Abril.

La azucena te perfuma,
 Te matiza el arrebol;
 Venus nació de la espuma,
 Y tú de la tenue bruma
 Que celoso ahuyenta el sol.

Te colma el cielo de bienes,
 Y tu esclavo el amor es:
 ¿Quién no ha de amarte, si tienes
 Rojos mirtos en tus sienes,
 Blancos lirios á tus piés?

Dejas en el alma huellas
Que nada logra borrar,
Y tienes mujeres bellas
Como el cielo tiene estrellas
Y tiene arenas el mar.

Si bardos de alto destino
Tu belleza singular
Cantan con plectro divino,
¿Qué dirá quien sólo vino
A tu recinto á soñar?

¿Qué hará al mirar tus jardines
Quien de tanta dicha en pos
Admira ya en tus confines
Los alados serafines
Que en tu seno puso Dios?

Sentir y aspirar la brisa
Que refresca tus cabañas,
Ser feliz cuando divisa
Tu ciudad, que es la sonrisa
Del ángel de las montañas.

Olvidar su duelo impío
En tu seno encantador,
Donde el monte, el llano, el río,
El bosque y el caserío
Brindan paz dicha y amor.

Son como encajes sutiles
Tus nieblas de blanco tul,
Todas tus huertas pensiles,
Todos tus meses Abriles,
Todo tu horizonte azul!

Hasta esa niebla ligera
Encanta mi corazón,

Pues pareces la hechicera
Novia de la primavera
Envuelta en albo crespón.

Tus blancos muros, tus rejas,
Reflejando vida y luz,
Tus techos de bardas tejas
Y tus quebradas callejas
Cual las del suelo andaluz,

Forman las gracias más bellas
Con que al que te mira engries,
Y entre las flores descuellas
No sé si escondiendo en ellas
Mujeres ó colibríes.

Deja, ciudad encantada,
Que de ti me acerque en pos
De una esperanza soñada;
Quiero darte una mirada,
Soñar y decirte adios.

No será el adiós postrero
Del que nunca ha de volver
A tu jardín hechicero;
Aun no te dejo, y ya quiero
Soñar en volverte á ver.

No soy trovador. Si fuera,
Dulces cantos te daría,
Ma: te dejo el alma entera,
Jalapa, tierra hechicera!
Jardín de la patria mía!

Jalapa, Enero 19 de 1898.


 EN JALAPA

A MI INTELIGENTE AMIGA ISABEL RIVADENEIRA.

En este vergel risueño,
 Donde es tan pródiga en dones
 Naturaleza, que viste
 Todos sus campos de flores,
 En este edén encantado,
 Donde son las ilusiones
 Hermanas de las gardenias
 Que dan al céfiro amores;
 Cómo transcurre la vida
 Y van las horas veloces
 Curado las hondas penas
 De los tristes corazones,
 Cómo se olvidan los duelos
 Y surgen encantadores
 Ensueños de nácar y oro
 Que al viejo tornan en joven
 ;Quién pudiera con la lira
 Que á Apolo presta sus sonos,
 Cantar en dulces endechas
 Este emporio de las flores,
 Cantar de sus lindas hijas
 Las pupilas como soles.

Las mejillas como rosas,
 Sus voces de ruiseñores,
 Y sus talles de palmera,
 Y sus sentimientos nobles.
 Ja'apa, jirón de cielo,
 Que entre pintorescos montes
 Te recatas hechicera
 De las miradas del hombre;
 Deja que en humildes notas
 Que han de apagarse veloces,
 Te diga en toscos acentos
 Cuanto de mi pecho brote;
 Deja que te dé en mis versos
 Desaliñados y pobres,
 Lo que el corazón me dicta
 Olvidando sus dolores;
 Deja que espire los auras
 De tus aromados borques
 Y que viva en tus hogares
 Consuelo á mis aflicciones;
 Deja que te diga todo
 Lo que en mi pecho se esconde
 Y resuciten tus brisas
 La flor de mis ilusiones.
 Soy el viajero cansado
 Que los desiertos recorre
 Y que no encuentra una tienda
 En los negros horizontes,
 Pero que tú me la ofreces
 Revestida por tus flores
 Y velada en todo tiempo
 Por el manto de tus noches
 Que están cuajadas de estrellas
 Que deslambrian como soles,
 Y por tus limpias auroras
 Que rompen el áureo broche
 Al ver como las saludan

Los mirlos y los zenzontles,
 Doblo en tierra la rodilla,
 Y así como el sacerdote
 Se inclina cuando levanta
 El místico pan de amores,
 Inclino la frente mustia
 Que no hay quien doblarla logre,
 Y así mi pasión te expreso
 En estos tristes acordes:

Tierra de amor y de fe,
 De ternura y de cariño,
 Que allá en mis horas de niño
 Como ilusión te soñé,

Deja que te diga aquí,
 Al son de mi humilde lira
 Cuánto tu afecto me inspira
 Y cuánto siento por tí.

Eres un nido de amores,
 Do se querellan sin penas
 La brisa y las azucenas,
 El lirio y los ruisseñores;

Donde al pálido arrebol
 Que en tus horizontes arde,
 Se enamoran por la tarde
 La luciérnaga y el sol;

Donde el dulce desvarío,
 El aire de tus montañas
 Canta amor entre las cañas
 Que bordan el manso río,

Donde fluyen blandos lules
 Con que tus cañadas pueblas,

Un manto de blancas nieblas.
 Entre horizontes azules;

Donde ante el nitido espacio
 De tu eterna primavera,
 Es junto á cada palmera
 Cada cabaña un palacio;

Donde corteja el rocío
 A los mirtos encarnados,
 Bajo los rojos tejados
 De tu hermoso caserío,

Y entre los verdes ramajes
 Y los juncos tembladores.
 Es toda la tierra flores
 Y lodo el cielo celajes.

Donde, entre la viva luz
 Que vierte en el monte el cielo
 Se alza, brindando consuelo,
 Sobre la ermita la cruz.

¿Qué puedo entre tus jardines
 A tu belleza cantar,
 Si te he venido á encontrar
 Poblada de Serafines?

Verjel hermoso, ¿qué quieres
 Que te diga en pobre acento,
 Si tienes un firmamento
 Cuyos astros son mujeres?

Su candor disipa enojos,
 Su pureza vence agravlos.
 No hay lábios como sus labios,
 Ni hay ojos como sus ojos;

Su franqueza peregrina
La vida en el alma acrece,
Y su sonrisa enloquece,
Y su mirada fascina;

Tiene su faz expresión,
Su cerebro pensamiento;
Hay en su alma sentimiento
Y amor en su corazón.

Nunca mienta sus sonrisas,
Nunca engañan sus amores,
Son tiernas como tus flores,
Y puras como tus brisas.

Quien las visita en su hogar
Les da cariño profundo,
Y después recorre el mundo
Sin poderlas olvidar.

Jalapa, eterno pensil,
Nido de blancas palomas,
Todo rosas, todo aromas,
Que vela un eterno abril.

¿Qué te daré á mi partida?
Tu franca hospitalidad
Me dió la felicidad
Que yo soñaba en la vida.

Mañana ¡triste de mí!
Estarán, aún olvidarte,
Mi cuerpo en cualquiera parte
Y mi pensamiento en ti.

Jalapa, Enero 26 de 1889.

COATEPEC

A MI FRATERNAL AMIGO MANUEL LEVI

Velado entre un cortejo
De brisas y de aromas,
Que de las nieblas rompen
El trasparente túl,
Los mirlos lo despiertan,
Lo arrullan las palomas,
Sobre una alfombra verde,
Bajo un dosel azul.

Colmena de alabastro
Semeja el caserío;
Le forman los tejados
Coronas de rubíes,
Y reposado corre
El marmurante río
Entre gardenias, mirtos,
Camelias y alhelios.

Tupidos cafetales
Esconden la cabaña
Que el sol americano
Incendia con su luz,
Y entre el follaje denso
Difunde la montaña

La ermita alzando al cielo
Su solitaria cruz.

El liquidámbar tiende
Sus ramas aromosas
Sobre las verdes cañas
Riqueza del verjel,
Cortegan los naraojos
Las áureas mariposas,
Mientras las piñas brindan
A los jilgueros miel.

Al soplo de las brisas
El platanar resuenas;
Al peso de los frutos
Se dobla el cafetal,
Y al pie del floripondio
Se asoma la azucena,
Cuyo nevado seno
Refresca el manantial.

Quando la fibia noche
Su clámide desata,
Y el río da á los vientos
Su mágico rumor,
Los azabares fingen
Alfójares de plata,
Que bañan los insectos
Con vívido fulgor.

Es Coatepec un carmen
Oculto en el follaje,
Un sueño de pceta,
La flor de una ilusión;
Del mar de la existencia,
Venciendo al oleaje,
Un puerto en que se encuentra
La paz del corazón.

Sus hijas son morenas,
Afables y sencillas;
Las flores dé su huerto
Su majestad les dan,
Es ébano su pelo,
Son rosas sus mejillas
Y pétalos sus labios
Del rojo tullipán.

Aquí, para las dichas,
Para soñar amores,
Para gozar tranquilo
De paz y de quietud,
La noche tiene estrellas,
El campo tiene flores.
Y la mujer el alma
Radiante de virtud.

Jardín agreste y bello,
¡Con qué placer te miro!
Revive de mi pecho
La amortiguada fe;
Contemplo tus encantos,
En atmósfera respiro;
Adiós, vergel hermoso.
Jamás te olvidaré.

Ausente, veré en sueños
Tus flores, tus esbañas,
Tu panorama hermoso
Que ante mi vista está;
Y en alas de la brisa
Que corre en tus montañas
Mañana á visitarte

Mi corazón vendrá.

Coatepec, Enero 21 de 1889.

EN LA FERIA DE TLACOTALPAM

A LA SEÑORA DOÑA PETRONILA CHAZARO DE CHAZARO

Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotalpam,
Todo es músicas y risas
Y confusión y algazaras.

Por las pintorescas calles
Entre las risueñas casas,
Todas con portales blancos
Y con tejados de grana,
En medio de los fulgores
De las encendidas hachas,
Retozando con el pueblo
Ya pasó la mogiganga.

¡Qué extraños los gigantes
Que se achican y se agrandan
En manos de los chetuelca
Que con orgullo los cargan!

¡Qué revoltosos los toros,
Los elefantes, las garzas,
Que, como si fueran vivos,
Asustando al vu lgo pasan!

¡Qué alegre está, qué contenta
La reina del Papaloapam!
Se preparan el embalse
Las corredoras piraguas,
Pintadas con los colores
Del pabellón de la patria;
Coronadas de banderas,
De ga lardetes y flámulas,
Y listas para moverse
Al romper la luz del alba.

La gente que está en el muelle
Dichosa se mueve y canta,
Y en las puertas de la Iglesia
Las mujeres apiñadas,
Pugnan por ver á la hermosa
Virgen de la Candelario,
Que viste traje muy rico
De seda luciente y blanca
Por mano de las doncellas
Con arte y amor bordada.
Es el altar de la Virgen
Ancho torrente de llamas
Que fingen un firmamento
De inmensas estrellas áureas.

Fuera del templo, y llenando
De rumor la alegre plaza,
El pueblo formando coro
Se entrega libre á la danza.

¡Quién á los balles de *sones*
No va á dar una mirada,
Donde con lascivas notas
Paebra el aire la guitarra?
Allí no penetra nunca
La tierna, exquisita dama

Que en los tranquilos hogares
 Es reina en virtud y gracia.
 Allí no está la señora
 Orgullo y flor de su casa,
 Encanto y luz de la costa,
 Lujosa y aristocrática.

Llenan el baile de sonos
 Jarochas de rombo y rasgo,
 Que en la sonante tarima
 A vista de todos danzan.

Es la jarocha, morena,
 Con faz por el sol tostada,
 Ojos negros y brillantes
 Como los ojos del águila;

Con un andar muy garboso
 Y una sonrisa muy franca
 Y un talle esbelto y flexible.
 Que se cimbraba cuando marcha.

Tiene los negros cabellos
 Sujetos en trenzas largas,
 Que circundan su cabeza
 Con aire de musulmana;

Ciñe las trenzas oscuras
 La cinta azul ó encarnada,
 Que en ancho y vistoso moño
 Sobre la frente remata;

Por detrás de la cabeza
 Relumbrando se destaca
 Ostentoso cachirulo
 Con rica teja dorada;

Envuelve su airoso cuello
 Rica pañoleta blanca,
 Ligera como la espuma,
 Brillante como la plata;

Rebozo de grandes puntas
 Sobre su mórbida espalda,
 Y con doñaire descendiendo
 Sobre la ligera enagua
 Que adornan anchos o'anes;
 Lustrosas y almidonadas.

Al bailar, con qué soltura
 Pone los brazos en jarras,
 En tanto que en terno suyo
 Canta el pueblo las *guarachas*:

«Jarochita de mis ojos,
 ¿Por qué me olvidas ingrata?
 Mirame y dame la muerte,
 Jarochita de mi alma.

«Dejé mi corazoncito
 A la sombra de un palma
 Y una jarochita infame
 Lo mató de una mirada.»

Aplauda el pueblo los cantos.
 Unos gritan, otros bailan,
 Otros arrancan los lozos
 A las dolientes guitarras,
 Y así se pasa la noche,
 Y así llega la mañana,
 Entre risas y suspiros
 Y confusión y algazara,
 Mientras hermoso, imponente,
 Con su manto de esmeralda,

Alegra y fecunda el río
Cocos, cafetos y cañas.

¿Quién sufre terribles duelos?
¿Quién lora penas amargas?
Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotalpam.
El nenúfar de las ondas,
De la costa la saltana,
Trono de las mejiposas
Y perla del Papaloápam.

Tlacotalpam, Febrero 4 de 1899

AL PAPALOAPAM

A mi fino amigo señor D. Juan Cházaro Soler.

¡Salve, anchuroso río,
Con muros de esmeralda por riberas!
¡En medio de tus ondas pasajeras
Concibe a Dios el pensamiento mío!

Con eterna ansiedad é igual encanto
Hasta la mar profunda te deslizas,
Y al blando soplo de las auras rizas
Sobre un abismo azul tu regie manto.

No hay en mi numen que tu luz abrasa
Nada digno de tí. Débil aspiro
A cantar tu esplendor. Prosigue, pasa....
¡Al ver tu majestad, callo y te admiro!

¿Qué mano augusta y pródiga en belleza,
Al extenderte sobre el virgen suelo,
Coronó con sus pompas tu grandeza?
¡Nuestra madre inmortal, Naturaleza,
En tus remansos aprisiona el cielo!

¿Qué estrofas no aprendidas te murmura,
Robándote al pasar tus frescas galas,

La brisa que deshace con sus alas
 El niveo encaje de tu linfa pura?
 Estrellas tejen tu inmortal corona
 En las noches del trópico calladas,
 Y las tibias, tranquilas alboradas,
 Oro derraman en tu fértil zona.

Cuanto la tierra esconde
 Hermoso y rico en montes y praderas
 Su gran tesoro de misterios lleno,
 Lo puso en tus riberas
 Y lo fecunda tu anchuroso seno.

Si muere el sol en lecho de escarlata,
 Líquida lumbre entre sus ondas brilla,
 Y en ellas alza la cortante quilla
 Al moverse el bajel, rosas de plata.

La alegre casa rústica escondida
 De tu serena margen en la falda,
 Y la palmera erguida
 Con su inmenso penacho de esmeralda;
 En el diáfano espacio,
 Fúlgida antorcha que a lo lejos arde,
 Lágrima de topacio
 La solitaria estrella de la tarde;
 Bordando las laderas
 Del pescador humilde las cabañas;
 Las espigas en anchas sementeras;
 La agreste soledad en las montañas;
 El resonante coro
 A que tu eterno murmurar responde
 Y en que á los gritos del salvaje loro
 Se mezcla el arpa de oro
 De los jilgueros que la yagua esconde;
 La torina saltando en tus espumas
 Que el pesado alcatraz roza intranquilo;
 La esbelta garza de nevadas plumas

Barando el asechar del cocodrilo;
 El huaco centinela entre el follaje,
 La guacamaya de pausado vuelo,
 Y como bardo errante del boca-
 El pardo ruiseñor, eco del cielo:
 Todo forma tu trono y tu palacio,
 Todo matiza y bordea tus orillas,
 Y tú grande, magnífico, fecundo,
 En medio de tan regias maravillas
 Bascas por tumba el mar del Nuevo Mundo.

Eres la eternidad que se desliza
 Sobre las obras frágiles humanas,
 Y en ra igual el fuego y la ceniza
 Mientras el soplo de los siglos riza
 Su larga cauda de temblantes canas.

Corre, anchuroso río
 Corre y torna á correr sin detenerte;
 Todos vamos á un fin triste y sombrío:
 ¡Tú vas hacia la mar, yo hacia la muerte!

¡Tú puedes, en tus fértiles riberas,
 Ver nacer y morir año tras año,
 Aves, flores, espigas y palmeras,
 Sin que nunca en invierno sientas daño
 Ni te alienten las dulces primaveras!

Indiferente á todo, raudos lanzas
 A un abismo sin fin tus verdes ondas,
 Y arrastras cual perdidas esperanzas
 Las aves muertas, las marchitas frondas,
 El roble añoso por el rayo herido,
 Los frutos arrancados
 Antes de que estuvieran sazonados,
 Y algún desierto nido,
 Hogar sin fe ni amor, que va al olvido;

Cual tú rápido vas al Océano,
Siempre lleno de luz y en blanda calma,
Vuela á lo inmenso el pensamiento humano
Copiando en su cristal el sol del alma.

Así vuelan las aves de colores
Que en el nidal de la ilusión se crían;
Así se van la dicha y los amores
Que á las volubles ondas todo fian;
Así cual tú, se lanza
A otro abismo sin fondo la esperanza;
Así la hermosa juventud camina
De místicos acentos al arrullo,
Y así todo declina
De la corriente humana en el murmullo.

¡Sólo tú eres eterno!

Ni te abrasas
Con la lumbré del sol, ni en el invierno
Tas impetus sostiegas! Siempre pasas
Y el hombre envidia tu pasar eterno!

¡El hombre, el rey que en tus volubles olas
Callando males que su pecho afligen,
No puede nunca, meditando á solas,
Saber su fin ni descubrir su origen!

¿De dó viene? ¿A dó va?

¿Quién ha logrado
Su destino explorar? ¡Negra es la suerte!
Que esconde lo futuro y lo pasado!
¡Tú paras en el mar, él en la muerte!

Deja que mi cansada fantasía
Tu regia pompa y majestad admire;
Deja que el alma mía
Mirándote correr sienta y se inspire.
Eres grande y hermoso,

Cuando entre flores mil soberbio crece,
Y si te encrespa el norte proceloso,
Gigante brazo de la mar pareces.

A la ciudad risueña,
Que como amante tuya se reclina,
P ácida, pintoresca y halagüeña,
En tu clámide azul y cristalina,
Prestas eterno encanto á sus riberas,

A sus jardines das verdor y galas,
Y se mira en tus ondas pasajeras
Cual niveo cisne de brillantes alas.
¡Llévame allí! Sacude la tristeza
Que embarga y mata el pensamiento mio
Y prosigue soberbio de belleza
¡Dios existe! ¡Tú copias su grandeza!
¡Salve, mil veces, anchuroso río!

A bordo del "Tency," Enero 31 de 1889.



EN TLACOTALPAM

A MI AMIGO EL GRAL. JUAN ENRIQUEZ.

No con necias presunciones
 Os dirijo la palabra,
 Que es desacato con versos
 Interrumpir una danza.
 Soy como el ave de paso
 Que hospeda florida rama
 Y el ave entre tantas flores
 Se siente feliz y cana:
 Seré breve, y dadme ofdo
 Que os voy á hablar con el alma.

Es una ciudad ri-seña
 Alegre y hospitalaria,
 La que lleva el justo nombre
 De perla de Papaloápm.
 Surge entre las verdes ondas
 Como una paloma blanca,
 Porque es la novia del río
 Más hermoso de mi patria.
 Centinelas vigilantes
 Y opulenta llombra de oro

Sus ancho; campos de cañas.
 ¡Qué limpias son sus auroras
 En horizontes de nácar....!
 ¡Qué crepúsculos tan tibios
 En sus tardes roseadas!
 ¡Qué música misteriosa
 Su dulce paz acompaña
 Cuando con manos las brisas
 Y los nenúfares arpas....!
 ¡Cómo matizan los pliegues
 De su manto de esmeralda
 Las rosas, urnas de aroma,
 Los narjos, cetros de plata!

¡Cuánta paz en los hogares,
 En los campos y en las auras!
 En el carácter franqueza,
 Honradez en la palabra,
 Sin engaños en la forma
 Ni doblez en la mirada,
 Ofrecea sus moradores
 La hospitalidad más franca,
 Y al que le llaman su amigo
 Como su hermano le tratan,
 Porque á quien le dan la mano
 Con ella le dan el alma.
 Es una ciudad muy bella,
 La perla de Papaloápm,
 La ciudad novia del río
 Más hermoso de mi patria.

Feliz y brillante pluma
 La que acierle á retratarla,
 Describiendo en dulces versos
 Cuanto en su recinto guarda;
 La dama de sus hogares
 Es una perfecta dama,

Bella cual la flor del río
 Que vió deslizar su infancia;
 Es en el andar airosa,
 En el mirar recatada,
 Para sus virtudes, reina;
 Para su deber, esclava;
 Nunca hipócrita ni aleve,
 Y siempre sincera y franca.

¡Oh mujeres de la costa
 Que el indiano sol abrasa!
 ¡Oh flores cuyos encantos
 Las verdes ondas retratan!
 Dejadme que osado os cante
 Con arpa muerta y cansada,
 Como el cardo de la tierra
 Canta á los lirios del agua,
 Poniendo para cantaros
 Mi corazón en el arpa...!

Mañana estaré muy lejos
 De vuestra tierra encantada,
 Y al recordar sus hechizos
 Sentiré muy triste el alma.
 Me llevo dulces recuerdos
 Que ni se borran ni pasan,
 ¿Habéis visto cómo surge
 Entre las ondas gallarda
 Esta ciudad á los ojos
 Del que deja tierra extraña?
 Si fuera pintor, pudiera
 Copiar el panorama:
 Miranse los carretores
 De esbeltas columnas blancas
 Como si fueran de nieve
 O de reluciente plata,
 Recordando con sus arcos.

Sus puertas y sus ventanas
 Los muros y minaretes
 De una ciudad musulmana;
 Y así en sus rojos tejados
 Como en sus callejas largas,
 Se sorprende una sonrisa
 Espontánea alegre y franca,
 Que está diciendo al viajero:
 —Entre todas estas galas,
 Lo que encontrarás, si llegas,
 Es la lealtad en el alma.

¡Y queréis que yo me olvide
 De la alegre Tlacoalpam!
 Su recuerdo mi memoria
 Ya para siempre lo guarda.
 ¡Oh perla de la corona
 Que ciñe l bre mi patria!
 Que siempre las verdes ondas
 Que tu hermosura retratan,
 Te encuentren feliz, risueña,
 Próspera, rica y en calma,
 Y que al hablar de tu suerte
 Las gentes propias y extrañas,
 Digan lo que yo le digo
 Desde el fondo de mi alma:
 Es un edén de ventura
 La perla de Papaloápam.

Tlacoalpam, Febrero 3 de 1889.

ADIOS A MONTERREY

EN UN BAILE DEL "TIVOLI REINERO")

Quando cruzan peregrinas
El cielo las golondrinas
En bullicioso tropel,
Verán las flores divinas
Que tiene cada verjel?

Verán la rosa encarnada,
La gardenia delicada,
El lilio de hojas de tul,
Cuando surcan en bandadas
Del espacio el mar azul?

En su rápido alateo
Verán al fulgor febeo,
Un ensueño, una ilusión,
Verán esto que yo veo
En medio de este salón.

Un verjel de amor y calma,
Donde la virtud es palma,
Y eterno sol la honradez:
¡Un edén que anhela el alma
Volver á verlo otra vez!

Bendiga Dios los primores
De aqueste jardín, sin par.

Do tiene el alma las flores;
Donde brillan los amores
Sacrosantos del hogar

¿Juzgáis que olvide algún día
Esta mansión de alegría
Donde la ventura está?
¡Si me dice el alma mía
Que nunca la olvidará!

¿Qué pudiera en esto vez
Deciros, en honra y prez
De esta tierra, mi laúd ...?
Si yo adoro la honradez,
La franqueza y la virtud!

Si yo con el pecho lleno
De pesar y de veneno,
Conservo viva la fe,
Y he de dar culto á lo bueno
En dónde quiera que esté!

Arcángeles de ternura,
De bondad y de hermosura,
Que miro en mi derredor....
Miraros, es la ventura;
Dejaros, es el dolor.

Bellas rosas sin espigas,
Vuestras gracias peregrinas,
Admiran con freno
Las viajeras golondrinas
Que han cruzado por aquí.

¿Qué dirán volviendo al nido
Acerca de este florido
Y sosegado verjel?
Que solo dicha han sentido
Cuando estuvieron en él;

Que entre narajos y cañas,
Sin pompas falsas ni extrañas
Y con ángeles por grey,
Dios pase entre las montañas
Un nuevo Edén: ¡Monterrey!

Diciembre de 1889.



EN COAHUILA

(EN UNOS PREMIOS)

A vosotros, hijos tiernos
Del Estado de Coahuila,
Para quienes tiene encanto
La alborada de la vida,
Vosotros, que halláis un padre
Que os i ustra y que os vigila
En esta comarca heróica,
En esta tierra bendita,
Dadme atención á mi acento,
Y sabed que cuanto os diga
Brota del fondo del alma,
Que se entusiasma si os mira.

Niños, sabéis ¿qué es el mundo?
Niños, ¿sabéis qué es la vida?
Es un campo de batalla
En que el ignorante es víctima.
El hombre llega á la tierra
Y entre las sombras vacila;
Pero hay luz para las sombras
Y un templo en que nace el día.
Esa luz se llama: el libro,
Pues en sus páginas brilla
La razón de cuanto existe,
De todo lo que palpita

Bajo la bóveda inmensa
 Donde los astros cintilan.
 Mucho sabe quien estudia,
 Y si los espacios mira,
 Sabe lo que cada estrella
 A los ojos significa;
 Si mira el pañón abrupto
 Que por gigante intimida,
 Sorprende la oculta veta
 Que da riqueza en las minas;
 Se mira el campo, conoce
 Cómo se nutre y se anima
 La madre naturaleza
 Que tanto secreto abriga,
 Y así protege la industria,
 El comercio fortifica
 Y levanta y ennoblece
 Cuanto abarcan sus pupilas.

Todo nos lo enseña el libro,
 Todo la razón lo dicta
 En un gran templo, en la Escuela,
 Centro de luz y de vida.

La mujer en nuestro siglo
 No es ya la esclava sumisa
 Que allá en los antiguos tiempos
 Estuvo siempre abatida.

Hoy alza con noble orgullo
 Al cielo su frente limpia
 Y es el ángel que da gloria
 Y ventura á la familia.
 Hoy la mujer es un ángel
 En la ciencia y en la lira,
 Lucha por salvar la patria
 Cuando la patria pelagra,
 Que así fué Leona, Vicario

Para la patria oprimida
 La infatigable y heroica
 Que su nombre inmortaliza.

Niña que escucháis los versos
 De mi destemplada lira,
 ¿Qué me acerca hasta vosotras?
 ¿Por qué mis ojos os miran,
 Y el regocijo les nubla
 Con emoción las pupilas?
 Vosotras habéis cumplido
 Con vuestra misión bendita,
 Y el Estado que es un padre
 Que vuestros pasos vigila
 Y que os ha dado amoroso
 En vez de vanas caricias,
 El pan del alma, la ciencia
 Que os salva y os dignifica
 Hoy, por manos del que rige
 Los destinos de Coahuila,
 Premia al que más se ha esforzado
 En esta lucha pacífica.

Todo lo alcanza el estudio:
 La mujer es la heroína,
 Que se redime y se salva
 Y que su misión sublime
 Cuando explora los secretos
 De la ciencia y de la dicha.

Guardad con orgullo el premio
 Que vuestras manos reciban
 Porque es la joya más grande,
 La prenda de más estima
 De cuantas sobre la tierra
 Os concedan en la vida.
 Mañana... cuando los años
 Hayan corrido de prisa

Y recordéis estas horas
De sacrosanta delicias,
No olvidéis á los que os dieron
En el libro, eterna guía,
Y entonces entre los goces
Callados de la familia,
Benedicid á quienes fueron
Vuestro sostén y que os miran
Como esperanzas hermosas,
Como predilectas hijas.

Si detrás de los espacios
En donde los astros brillan
Hay ojos que están mirando
El combate de la vida,
Ellos sigan vuestros pasos,
Ellos vuestra lucha midan
Y enaltezcan vuestros nombres
Y vuestro esfuerzo os bendigan.
Dios salve á las almas puras,
A las tiernas sensitivas
Que han de brillar como estrellas
En el cielo de Coahuila!

Saltillo, Diciembre de 1869.

¡POR EL PUEBLO!

EN UN BANQUETE DE RURALES

Un brindis muy mexicano
Que es mexicano el poeta:
Por el pueblo Soberano,
Por el que viste chaqueta
Y usa sombrero jarano.

Por el que mira en París
La casa del invasor,
Y al estilo del país
Llama al amigo manis
Y al cómplice valedor.

Por ese pueb'o que grita
Lo mismo un viva que muere,
Y ve á Venus afrodita
Tras de la cara bonita
De la uraña garbancera!

Por la inmensa humilde grey
Que, avara de nuevas luces,
Muere por salvar la ley
En el "Molino del Rey"
Y en el "Monte de las Cruces."

Por la grey descamisada
Que, tras la tosca refriega,
Como una veste sagrada
Usó la blusa encarnada
Junto á González Ortega.

Por el pueblo grande ó chico
Que del progreso á la luz,
Derrotó, en virtudes rico,
A Barradas en Tampico
Y á Jonville en Veracruz.

Por el pueblo extraordinario
Que bebe Lantite en Apam,
Y va á triunfar temerario
Con Rocha en el Cimatarío,
Con Régules en Uruápam.

Por el que de gloria al rayo,
Salva el nativo pensil,
Y sin temor ni desmayo,
Asombra él "Cinco de Mayo"
Y deslumbra el "Dos de Abril."

Por el que en noble ardimiento
En pos de lo grande vuela,
Y en pos de su sentimiento,
Donde derriba un convento
Levanta siempre una escuela.

Por el pueblo que ha salvado
Al pabellón nacional,
Y que está representado
En el ranchero soldado,
En el valiente rural.

Por el pueblo en cuyos lares,
Adorándole naci:

Por sus dioses tutelares;
Por el que condensa en Juárez
Un Moisés y un Sinai.

Por estos charres, señores,
Que en sus caballos sin par,
Altivos y vencedores,
Lanzan á los inavores
Si no los pueden matar.

Por este charro guerrero
De traje deslumbrador,
Que es jinete en el potrero,
En el monte guerrillero,
Y en el estrado señor.

Y aquí en esta población
Que fué cuartel general
Del Jefe de la Nación
Cuando su altiva legión
Abatió el cetro imperial,

Os pido en acento extraño,
Del héroe invicto á la faz,
Que vengamos sin engaño
A cantar año por año
Las viciorias de la paz.

Mayo 3 de 1989.

A LERDO DE TEJADA

EN LA TRASLACION DE SU CADAVER A MEXICO

Ya don Sebastián volvió...
 Cuando entre salvos y dienas
 Por Querétaro pasó,
 Dicen que se estremeció
 El Cerro de la Campana.

Y halló coronas y altares
 De la Patria en el regazo,
 Y al volver á nuestros lares
 Dejó su sepulcro Juárez
 Para darle estrecho abrazo.

Su hogar es la Patria entera;
 El pueblo libre, su corte;
 Su juez, la Historia severa;
 Su mortaja, la bandera
 Salvada en Paso del Norte.

¡POR LA FRONTERA!

(BRINDIS EN EL SALTILLO)

En la nación mexicana
 ¿Quién no ha oído por doquiera
 Ensalzar la honradez sana
 La franqueza noble y llana
 Que distingue á la frontera?

No hay caracter más sencillo:
 La lealtad es sola ley
 Y la honradez solo brillo,
 Bajo al cielo del Saltillo,
 Bajo el sol de Monterrey.

Pueblos valientes y honrados,
 Todos franqueza y valor,
 Campesinos sossegados
 Que se cambian en soldados
 En frente del invasor.

No hollarán plantas extrañas
 Su tierra bendita y pura,
 Que de hogares y cabañas,
 Son baluartes las montañas
 Que eternizó la Angostura.

El patrio amor es su esencia,
La fraternidad su norma,
Y su mentor la experiencia;
Salvaron la Independencia
Y salvaron la Reforma.

¿Por qué mi labio sincero
No ha de expresar la verdad?
Como bardo y caballero,
Aplaudo, estimo y venero
La tierra de la lealtad.

Porque aquí no es sueño vano
La amistad; es religión:
El amigo es un hermano,
Y al que se le da la mano
Se le entrega el corazón.

Alzo mi copa, señores,
De la Frontera en honor,
Por sus francos moradores,
Por las damas, que son flores
De virtud y de candor.

Por el gobernante honrado
Que de todos es querido
Y de todos respetado,
Por tanto bravo soldado
Que en la frontera ha nacido.

Por Coahuila que, esplendente
Se nombra ante quien lo admira,
"Muzquiz" junto al Insurgente,
Junto á "Jaárez" de la Fuente,
Y "Acuña" junto a la lira.

15 de Diciembre de 1889.

AL PARTIR DE GUADALAJARA

Tierra galana y hermosa
Que de mi patria en el sueño,
Brillas cual brilla en el cielo
Una estrella esplendorosa.
¿Qué voz dulce y misteriosa,
Qué ritmo, qué grato acento
Podrán las arpas del viento
Prestar á mi humilde lira,
Para decir lo que inspira
Tu amor á mi pensamiento.....?

Si fuera un bardo, cantara
Un himno á tu porvenir,
Mas lo que puedo decir
Es poco, Guadalajara,
Vierte el sol su lumbre clara
Y te esmalta en mil colores,
Y como ángeles de amores
Núblan tus mujeres bellas,
Con sus ojos las estrellas
Y con sus labios las flores.

¡Con qué afán te besa el sol
Y en purpúreos cortinajes

Prende ante rojos celajes
 Su vespertino arrebol!
 Como el Edén español
 Que se llama Andalucía
 Eres de la tierra mía
 Perla de rica aureo'a
 Cante España á su manola,
 ¡Mi patria á su lapatía!

Canto á la mujer hermosa
 De talle esbelto y pie breve,
 Con la tez de grana y nieve
 Y las mejillas de rosa.
 Que medita y ruborosa
 Acata deberes fijos,
 Sin tener más regocijos
 Ni más joyas ni más flores,
 Que el altar de sus amores
 En la cuna de sus hijos.

Canto con pobre laúd,
 Con el alma entristecida,
 Esta tierra donde acida
 La franqueza y la virtud;
 Que obliga á la gratitud
 Con santa hospitalidad
 Y que en anterior edad,
 Alzando el patrio estandarte,
 Fué trono, escudo y baluarte
 Del sol de la libertad.

Elegida de la Gloria,
 Al defender sus derechos
 Llenó con heróicos hechos
 El libro de nuestra historia.
 Yo los guardo en la memoria
 Llenos de brillo y honor;

Si fuera digno cantor,
 Nuevo Homero los cantara ...
 ¡Quién dice: Guadalajara
 Dice lealtad y valor!

De paso por tus confines
 ¿Qué notas daré suaves?
 Tienes más bardos que aves
 En tus risueños jardines!
 Tus genios, tus paladines
 Tus mujeres, dignas son
 De elevada inspiración;
 Yo te doy mi valimiento:
 Por lira mi pensamiento,
 Por trono, mi corazón.

Tierra de vírgenes bellas
 Que tienes en tus amores,
 Tu campo lleno de flores
 Tu cielo lleno de estrellas:
 Al adornarte con ellas
 Tu suerte bendijo Dios;
 Yo voy de mi afán en pos,
 De mi deber al reclamo
 Se feliz! como te amo
 No puedo decirte, adios!

1888.

®

¡Por la Caridad!

En la tranquila noche callada
Bajan los copos de la nevada,
Cubren los nidos del torreón,
Y, al ir á verlos con la alborada,
Sólo sepulcros los nidos son.

Nadie en los sueños del mundo fe:
El que con ellos goza y se engrie
Es el esclavo de su pesar,
Es el marino que alegre rfe
En las tormentas que esconde el mar.

Cuando natura persigue al hombre
¿Dónde está el fuerte que no se asombre
Del terremoto, del huracán... ..?
Fuerza, talento, riqueza y nombre
¿De dónde vienen y á donde van?

Frente á esas rocas grandes y solas
A que empenachan las aureolas
De un sol que incendia la inmensidad,
¡Qué turbulentas pasan las olas
Tal como pasa la humanidad!

Las olas negras que nadie alcanza
Y que sepultan con asechanza
Las fuertes naves, son el dolor;
Las olas verdes son la esperanza,
Y las azules son el amor.

Esos espejos tóidos de bruma
Que el sol matiza, que el viento esfumá,
De nuestras dichas reflejos son,
Pues se deshacen como la espuma,
Como los sueños del corazón.

En el desierto buscad la palma,
Y ni á su sombra tendréis la calma;
El hombre lucha sin descansar;
Dios ha formado voluble el alma,
La tierra aleve, traidor el mar.

En este eterno combate humano,
Si todo es falso, si todo es vano,
¿Nuestro martirio no tendrá fin?
¿Se alza el hermano contra el hermano?
¿En nuestro siglo, vive Cain?

¡No! ¡Dios es grande y omnipotente!
El nos ha dado la llama ardiente
Que significa la humanidad,
Virtud eterna, san'a, esplendente,
Amor de amores ¡la Caridad!

Vive sin popa y sin testigo;
Ella á los pobres da pan y abrigo,
Es del enfermo fuerza y so tén.
Sa va al esclavo, vela al mend go,
Y hasta en las tumbas derrama el bien.

Hoy que en un pueblo franco y risueño,
Airada suer'e con torvo ceño

Difunde muerte, siembra terror . . .
 México entero con santo empeño
 Como una madre muestra su amor

Allí entre duelos y hondo quebranto
 En las ruinas cunde el espanto
 Todo es miseria, luto, orfandad,
 Y con el agua se mezcla el llanto,
 Y con las quejas la tempestad.

Murió la pompa de antiguas éras,
 Ya son escombros casas enteras,
 Ya los hogares escombros son,
 Se han vuelto lagos las sembreras,
 Y es un sepulcro todo León.

Allí son tantas las aflicciones,
 Que todos visten negros crespones,
 Pues siempre ha sido negro el dolor
 Pero hoy responden los corazones
 Con nobles obras de inmenso amor.

"¡Gracias!" nos dicen los afligidos,
 "¡Gracias!" murmuran los desvalidos,
 Los infelices, gracias nos dán;
 Vuestros esfuerzos están cumplidos;
 Dais á los pobres vestido y pan.

Gracias—os digo— que el cielo os mande
 Por solo premio, cuanto demande
 Vuestra ternura del pobre en pos

¡Grande es mi patria, que un pueblo es grande
 Cuando en sus obras refleja á Dios!

Al Ahuehuete de Santa María del Tule.

¡Con qué pompa á la vista te presentas
 Titán de estas risueñas soledades!
 Si sacuden tu copa las tormentas,
 Sollozan en tus ramas las edades.

¿Qué te puedo decir? inspiras tanto,
 Que á mi me basta recojer tu nombre
 Y darte mi mutismo como canto;
 ¡Junto á un árbol así, nada es el hombre!

Santa María del Tule (Oaxaca), 14 de Noviembre de 189_.



EN LAS RUINAS DE MITLA.

A MI MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA.

Le temps n'outrage que l'homme.

Maravillas de otra edad,
prodigios de lo pasado;
páginas que no ha estudiado
la indolente humanidad,
¿por qué vuestra magestad
causa entusiasmo y pavor?
Porque de tanto esplendor
y de tantas muertas galas,
están batiendo las alas
Los siglos en derredor.

Muda historia de granito
que erguida en pie te mantienes,
¿qué nos escondes? ¿Qué tienes
por otras razas escrito?
Cada inmenso monolito,
del arte eximio trabajo,
¿quién lo labró? ¿quién lo trajo
á do nadie lo derriba?
Lo saben, Dios allá arriba,
la soledad aquí abajo.

Cada obelisco da pie
me dice en muda arrogancia:
Tú eres dudas é ignorancia,
yo soy el arte y la fé.
Semejan de lo que fué
los muros viejos guardianes...
¡qué sacrificios! ¡qué afanes
revela lo que contemplo!
Labrado está cada templo
no por hombres, por titanes.

En nuestros tiempos ¿qué son
los ritos, usos y leyes,
de sacerdotes y reyes
que aquí hicieron oración!
Una hermosa tradición
cuya antigüedad arredra;
ruinas que viste la yedra
y que adorna el jaramago;
¡la epopeya del estrago
escrita en versos de piedra!

Del palacio la grandeza;
del templo la pompa extraña,
la luz y abrubta montaña
convertida en fortaleza;
todo respira tristeza,
olvido, luto, orfandad:
aun del sol la claridad
se torna opaca y medrosa
en la puerta misteriosa
de la negra eternidad!

Despojo de lo ignorado,
busca un trono la hoja seca
en la mutilada greca
del frontón desportillado

Al penate derrivado
 la ortiga encubre y escuda;
 ya socavó mano ruda
 la perdurable muralla.....
 Viajero: medita y calla....
 ¡lo insondable nos saluda!

Sabio audáz; no inquieras nada,
 que no sabrás más que yo:
 aquí una raza vivió
 heróica y civilizada;
 extinta ó degenerada,
 sin renombre y sin poder,
 de su misterioso ser
 aquí el esplendor se esconde
 y aquí sólo Dios responde
 y Dios no ha de responder.

Mitla (Oaxaca), Noviembre 15 de 1892.

IN TERRA PAX HOMINIBUS

En la inauguración del Ferrocarril de San Luis

¡Salve al Progreso! ¡Salve al poderoso
 Siglo de la Razón, que inflama y llena
 El cosmos con su aliento luminoso!
 Desde la limpia, azul, vasta y serena
 Región de los espacios estelares,
 Hasta el lecho de arena
 Do en muda soledad due men los mares,

Todo lo inunda con fulgor divino
 La omnipotente y sola soberana
 Que ha regado de laureos el camino
 Del siglo actual: ¡la inteligencia humana!

Salvan las empinadas cordillera,
 Y los desiertos y el profundo océano.
 La palabra y la voz ¡ya no hay fronteras!
 ¡El hombre es ya del mundo ciudadano!
 Y el pensamiento en el alambre preso,
 La voz en el fonógrafo cautiva,
 Lanzan en coro el estruendoso viva
 Al dogma de los libres: ¡el Progreso!

El vapor en esclavo convertido
 Y la eléctrica chispa dominada
 El mundo han transformado y redimido,
 Enalteciendo del mortal el nombre!
 Dad un himno á la paz, las almas puras!
 ¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios en las alturas!
 ¡Paz en la tierra al hombre!

Octubre 31 de 1888.



Recuerdos

EN EL ALBUM DE UNA MEXICANA

Fa'gura el sol ea el zenit, su lumbr
 Las plantas y los árboles desmaya,
 Contra las negras rocas de la playa
 Sus ondas quiebra perezoso el mar.

Reina del aire la gaviota errante
 Va por la azul inmensidad cruzando
 Mientras yo triste vago sus irando
 Muy lejos de la patria y del hogar.

Busca en vano la men'e fatigada
 Los bosques de sabinos seculares,
 Las ceibas, los naranjos, los palmores,
 Que ayer alegre y satisfecho ví.

Y humedecen las lágrimas mis ojos,
 Se llena el alma juvenil de duelo,
 Porque este cielo azul no es aquel cie'o,
 Porque nada de América hay aquí.

Recuerdo alborozado aquellas tardes,
 De la natura y del Amor tesoro,
 Cuando el sol que se oculta en mar de oro
 Baña del cielo el nacarado tul.

Y los volcanes cuya eterna nieve
Mares esconde de candente lava
Y el pico de cristal del Orizaba,
Que altivo rasga el infinito azul.

Los mangles, atalayas de la costa
Con sus penachos altos y severos,
Los erguidos, sonantes cocoteros
Que fruto y sombra al caminante dan.

Aquellas flores de perpetuo aroma,
Aquellos tan alegres horizontes,
La frente audaz de los soberbios montes
Donde estrella su furia el huracán.

¿Dónde está la caléndula de nieve
Rojos jacintos y púrpuras rosas,
Que buscan las doradas mariposas,
Y besa revolando el pica-flor?

¿Dónde está la blanca garza voladora
Que los juncales en el lago azula?
¿Dónde está el zenzonte, que dormido imita
De las vírgenes selvas el rumor?

La brisa de mi patria, cual la brisa
Que los cedros del Líbano atraviesa,
Caliente y perfumada, mueve y besa
Las hojas del florido cefesal.

Sobre eternas campiñas de esmeralda
Brilla en el cielo azul la blanca luna,
Que refleja el cristal de la laguna
En la serena noche tropical.

Allá bajo los toldos de follaje
Que otoño esmalta con doradas pomar
Bulliciosa bandada de palomas
Se arrullan tristes al morir el sol.

La alondra habita los risueños valles,
Y cual flores con alma, en los jardines,
Agitan los parleros colorines
Sus alas que envidiara el a rebol.

¡Oh verjel de mis sueños! Tierra he'mos,
Que guardes mis recuerdos y mis lares,
Queda con Dios tras los revueltos mares:
Yo lejos vengo á suspirar por tí.

Buscando tus estrellas y tus flores
Suspira el alma con profundo duelo,
Porque este cielo azul no es aquel cie'lo,
Porque nada de América hay aquí.

Dos aves, hijas de la misma selva,
Que abandonan la rama en que han nacido,
Si llegan á encontrarse, hablan del nido
Que fué su casto y primitivo hogar.

A tí de los jardines de mi patria,
Flor que tesoros sin igual encierra,
Consagro los recuerdos de la tierra
Que allá quedó tras la extensión del mar.

Llevas la luz del trópico en los ojos
Y la vez de sus brisas en tu acento,
Su clima en tu ardoroso pensamiento,
Su grandeza en tu propio corazón.

Feliz si el nombre de la patria hermosa
Tus más bellas palmas acompaña:
El nombre de la patria en tierra extraña
Es un poema, un himno, una oración.

Cósta Cantábrica, 1878.



11 DE ABRIL

FRENTE A LA TUMBA DE LOS MARTIRES

Ellos allí... sin lápida, sin nombre,
Durmiendo bajo el musgo de este suelo
Donde vie en las lágrimas del hombre,
A unirle con las lágrimas del cielo.

Hijos queridos de la patria mía,
Si en cada hombre mirábais un hermano
¿Por qué os levó del mundo tan temprano
Una mano fatídica é impía?....

Erais del porvenir... ya vuestras hue las
Se ostentan en los campos del mañana....
Miráreis cuyos nombres son estrellas
Que las venera la conciencia humana.

A vosotros os traen los plegarias
De los que amen al cielo en que nacieron;
Los cielos vuestras almas recogieron
Al verlas como estrellas solitarias.

¿Cuál es el mundo fué vuestro delito?....
¡Ay de aquel que sangriento en sus excesos,
En la tierra que envuelve vuestros huesos
Dejó su nombre con infamia escrito!

Yo era un niño... en plácida bonanza
Guardaba esta alma que el dolor derrumba...
Y no sé, cuando vino á vuestra tumba,
Lo que sintió mi pecho, era venganza.

Odio terrible, malestar horrendo,
Y al cielo supliqué diera al verdugo
Todo lo negro que á su infamia plego,
Todo lo que hay de horrible y de tremendo.

Yo amo la libertad... amo la suerte
De aquel que logra sucumbir por ella...
Cada nombre de aquellos es la estrella
Que alza la vida en medio de la muerte.

Pudo romper violento vuestro pecho
El proyectil que disparó el encono...
Moristeis proclamando ese derecho
Que nadie puede disputarle el trono.

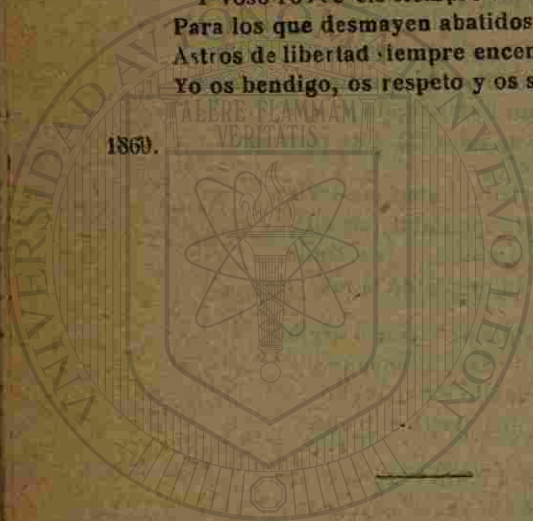
De vosotros quizá no hay un vestigio
Que no recuerde allí vuestra existencia,
Pero vivís llenando la conciencia
De todo pensar de nuestro siglo.

¡Benditas vuestras tumbas lamoladas
En aras del más noble sentimiento!...
¡Bendito vuestro santo sufrimiento!
¡Benditas vuestras almas ignorada!

Ya la patria no quiere más dolores,
Cansada está su frente de pesares,
Llenos de sangre corren nuestros mares,
Llenas de llanto se hallan nuestras flores.

Hoy que la paz enarboló en el cielo
Su blanco pabellón, su limpio manto,
Tiempo es de que se enjogue nuestro llanto
Y que el progreso reice en nuestro suelo.

Mañana... an'e 'a luz de aquella aurora
 Que el cielo de los libres hermosos,
 Cada alma que hoy en vuestra tumba llora,
 Será otro nuevo apóstol de la Idea,
 Y vosotros seáis siempre el escudo
 Para los que desmayen abatidos,
 Astros de libertad siempre encendidos
 Yo os bendigo, os respeto y os saludo.



EN CHAPULTEPEC

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,
 A levantar mi voz y á saldaros
 En medio de estos viejos ahuehetes
 Que al aire entregan su cabello cano.

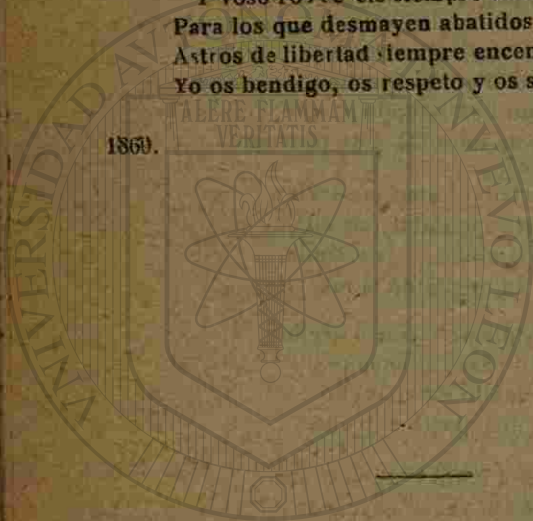
En este bosque que eligió por trono
 La majestad del tiempo, y de altar sacro
 Guarda el castillo cuyos fuertes muros
 Están de heroica sangre salpicados;

Aquí, donde palpitan los recuerdos
 De aztecas reyes y de heroicos años,
 Torno de nuevo á veros, y mi lira
 Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

**

¡Hijos del porvenir! La Patria os pone
 Con maternal amor el arma al brazo,
 Para que siempre defendáis sus fueros
 Sin provocar ni herir á los hermanos!

Mañana... an'e 'a luz de aquella aurora
 Que el cielo de los libres hermosos,
 Cada alma que hoy en vuestra tumba llora,
 Será otro nuevo apóstol de la Idea,
 Y vosotros seáis siempre el escudo
 Para los que desmayen abatidos,
 Astros de libertad siempre encendidos
 Yo os bendigo, os respeto y os saludo.



EN CHAPULTEPEC

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,
 A levantar mi voz y á saldaros
 En medio de estos viejos ahuehetes
 Que al aire entregan su cabello cano.

En este bosque que eligió por trono
 La majestad del tiempo, y de altar sacro
 Guarda el castillo cuyos fuertes muros
 Están de heroica sangre salpicados;

Aquí, donde palpitan los recuerdos
 De aztecas reyes y de heroicos años,
 Torno de nuevo á veros, y mi lira
 Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

**

¡Hijos del porvenir! La Patria os pone
 Con maternal amor el arma al brazo,
 Para que siempre defendáis sus fueros
 Sin provocar ni herir á los hermanos!

Más que el arma homicida, guarda el libro
De la victoria el talismán sagrado,
Que no hay arma que alcance cual la ciencia
A la región ignota de los astros,
Y allí siga su marcha, los explore
Y les mida en sus órbitas el paso.

Ninguno alcanzará triunfo más grande
Que el del guerrero valeroso y sabio,
Que el talento es el arma de este siglo
Para alcanzar inmarcesibles lauros.

La fuerza debe de escudar al débil,
Siempre defiende el hijo al padre amado,
Y el cielo es que mecióse nuestra cuna
Velar se debe con el arma al brazo.

Por ley eterna, en afrentosa lucha
Vivirán y han vivido los humanos,
Y hay que esperar en el violento ataque
Salvar de todo intento el suelo patrio.

El libro es astro, pero el arma es fuego;
Mientras el uno nos alumbró el campo,
El arma en semidiós convierte al hombre
Que prede activo fulminar el rayo.

Si tan sólo á gozar se entrega Atenas
La vencerá en su empuje el espartano,
Y si sólo á gozar se entrega Roma,
Atila la hollará con su caballo.

Jamás es tiempo de rendirse al sueño;
Que siempre el enemigo está velando,
Y, cual nueva Judith, llega á la tienda
Cuando ninguno le detiene el paso.

Hoy la patria está en paz, su limpio nombre
Respetan y consagran los extraños;

Pero en el viaje por el mar del mundo,
En este mar tan hondo y tan amargo,

Hay que fijarse hasta en la blanca nube,
No engendre tempestad y brote rayos;
Y hay que velar el suelo en que nacimos
Con fe en el alma y con el arma al brazo.

Hijos del porvenir ya en otros tiempos
Brillaron en valor vuestros hermanos:
Guarda sus nombres con amor la historia
Y la fama les da brillantes lauros.

En este mismo bosque, ellos supieron
Combatir sin temor y sin descanso;
Suárez, Melgar, Barrera, Montes de Oca,
Escutia, Márquez... Ellos demostraron

Que en las horas de lucha, en los instantes
De combatir sin tregua á los extraños,
"Muere el Colegio", pero no se rinde,
Que así la muerte es triunfo sacrosanto.

Seguid tan noble y tan hermoso ejemplo
Los que gozados recogéis ufanos
El premio que alcanzáis en la lucha
S rena del estudio y del trabajo.

Arde como en un templo en vuestras almas
La fe que alientan los primeros años,
Y en esa hermosa edad todo se mira
Como un amanecer radiante y claro.

El tiempo correrá, vendrá la tarde,
Con ella la tristeza y el cansancio,

Y los arbustos, hoy de verdes hojas,
Serán cual estos árboles sagrados,
Vigorosos y erguidos, manteniendo
Fresca la savia y el cabello cano.

Recordaréis entonces con ternura
La majestad solemne de estos actos,
La diana que os despertaría cuando el sueño
Es el más dulce sobre el lecho blando;

Las largas horas que en helada noche
Sufriendo el cierzo y con el arma al brazo,
Pasáis de centinelas y os parece
Que dura un siglo inmenso cada cuarto.

Recordaréis las cátedras severas
Tan animadas al nacer el año,
Las ansias del exámen, la victoria
Del más inteligente y del más apto.

Recordaréis al predilecto amigo
Que os quiso en el colegio como hermano,
Y que más tarde le abatió la suerte,
O murió en la campaña á vuestro lado.

Y si tenéis hogar y tenéis hijos,
Ellos escucharán de vuestros labios,
Las dulces aventuras de esta vida
En que soís estudiantes y soldados.

Les pintaréis la augusta ceremonia
En que llenos de gozo y de entusiasmo,
Mirábais al que rige con acierto
El destino inmortal del suelo patrio,
Grande en la guerra y en la paz más grande,
Daros un premio con sus propias manos.

Y si entonces tornáis al viejo bosque,
Y miráis estos árboles sagrados
Y las blancas paredes del castillo
Que e tí de heroica sangre salpicado,

Sentiréis que humedece vuestros ojos
El más dulce y hermoso de los llantos,
Y que renace en vuestros nobles pechos
La viva fe de los primeros años;

Y sentiréis á so'as, satisfechos
Hondo amor á los tiempos ya pasados,
Orgullo de haber sido del Colegio
Y orgullo de l'amaros mexicanos!

Diciembre, 1º de 1889.



5 DE MAYO

Amor de patria, amor, santo, infinito,
 Que en cada corazón pones tu llama,
 Por esta á mi voz el hábito bendito
 Que mi alma enardecida te reclama.
 Dame la resonancia del torrente
 Para cantar las glorias de este suelo;
 De esta virgen feliz é independiente,
 Que puede limpia levantar la frente
 Y altiva y libre contemplar el cielo.
 Ella nació como luciente perla
 Entre las claras ondas escocadas,
 Ella nació durmiendo entre palmares
 Con su diadema tropical enhiada,
 Sintiendo dulce resbalar la vida
 Al voluptuoso rruullo de los mares.
 Tierra de amor tendiendo encantadora
 Su rica alfombra de esmeralda y grana,
 Que el sol de Mayo fertiliza y dora...
 Joya que dejó Dios deslumbradora
 Prendida en la diadema americana.
 ¡Cómo no amarla si nació tan pura!
 ¡Cómo no amarla si nació tan bella
 Y lloró tantos años de amargura!...
 La esclava ayer, hoy libre y con ventura,

¿Quién es?... mi patria... contempladla... es ella!
 Mirala, pueblo... ¿sientes?... ¿te emocionas?
 Ya libre del palacio á la cabaña,
 Tiene á sus pies quebradas dos coronas
 Y el pabellón de una nación extraña...
 ¿Os acordáis?... La Francia, la severa
 Emperatriz del mundo que ha llevado
 Hasta el polo los carros de su gloria,
 Arrancando el laurel de la victoria
 Doquier su pabellón ha tremolado...
 La que puso sus águilas altivas
 Sobre Sebastopol, Palesiro y Jena,
 Sin verlas nunca ante la lucha esquivas...
 La que supo arrancar águilas vivas
 Del águila ya muerta en Santa Elena.
 Esa nación que eleva y que durrumba
 Con su continuo batallar profundo,
 Repúblicas é imperio con sus leyes;
 Que con Dantón abofetea á los reyes,
 Con Bonaparte tiraniza al mundo,
 Con Voltaire amedrenta al fanatismo,
 Con Chateaubriand sus creencias consolida,
 Que en medio de la muerte halla la vida,
 Que unas veces es luz y otras abismos;
 Esa nación que cae agonizante,
 Y con hurras sofoca su agonía,
 Y quedándose atrás grita: "adelante"...
 Esa nación, entonces, amenazante,
 Te provocó á la lucha, patria mía,
 Guerra te dijo y te retó insultante
 Con el orgullo que su raza encierra,
 Eras pequeña tú y ella gigante;
 Guerra te dijo, y recogiste el guante
 Y enfurecida respondiste: "guerra."
 Y la lucha empezó... pero ¡ay! tú estabas
 Débil por las revueltas de otros días
 De luchas fratricidas; tú llevabas,

Aunque de amor y de entusiasmo ciegos
 Y á sostener tu ley acostumbrados,
 Frente á aquellos magníficos soldados
 Tus tropas de artesanos y labriegos.
 El bronce despertó con voz rugiente
 Todas tus iras, te robó la calma;
 Y el que débil te vió, te halló valiente,
 Con muchas cicatrices en la frente
 Y muchas cicatrices en el alma.
 Monstruo de hierro que amenaza inerte
 A quien su paso corta, en voz tronante
 ¿Qué das á Francia? dijo, y al instante
 Con tus cañones respondiste: *muerte*.
 Y la muerte voló desde esas bocas
 Donde la ciencia sorprendió un secreto.
 ¡Con qué desden burlando tu destino
 Miraba al triunfador de Solferino
 El indio centinela del Loreto!
 La lucha comenzónubes oscuras
 Aquí y allí levantan los cañones,
 Indignados los cielos ahogar quieren
 A aquellos poderosos batallones,
 Y desploman sobre ellos á torrentes
 La lluvia que envolvió sus maldiciones.
 Destácanse á lo lejos orgullosos
 Los que la fama declaró titanes,
 Zuavos de Argel, que trepan valerosos
 Por la erizada roca,
 Llevando en la pupila
 Esa conformidad grave y tranquila
 Que timidez ó admiración provoca.
 Y suben ya se mezclan, se confunden,
 Allí se encuentra la nación primera,
 Las balas se difunden,
 Los hurras se levantan,
 Y allí soldados sin aliento gimen
 Y aquí soldados valerosos cantan.

Ya casi á tocar llegan la trinchera
 Que guarda nuestro ejército; no advierte
 El invasor, que allí, venganza, muerte,
 Dishonra vil y humillación le espera.
 Pero llegar ¡ay! ¡oo! que aún quedan pechos
 Que altivos, patria, su valor ostenten
 "Atrás" clamó á una voz la siempre firme
 Voz del soldado humilde mexicano,
 Y como al sop'o de huracán terrible,
 Retrocedió vencido el invencible
 Sostenedor de Napoleón tirano.
 Veí como ruedan de las altas peñas
 O como al peso de la muerte inclinan
 Aquellas frenes que tiñó el espanto
 Y ellos siguen aún ¡ay! ¿no adivinan
 Que entre esos indios que se humillan tanto
 Que en esos rostros por el sol tostados
 Y en esos pechos ante el sol desnudos
 Están todos los odios atado?
 En México los pechos son escudos
 Únicos que acostumbran los soldados.
 Potente esfuerzo que arrancó el ultraje,
 Ira de la pantera que ve herida
 La prole que ocultaba en el bosque;
 Odio terrible que estalló violento
 Como una tempestad contra la suerte,
 Y con la rapidez del pensamiento
 Sembró en las huestes invasoras muerte.
 Todo lo que hay de grande y de espantoso
 Que al hombre desvanece é intimida,
 Todo eso cuyo velo tenebroso
 Cubre el afán de arrebatarse la vida
 Sop'aba sobre aquellos luchadores,
 Como tronante, herviente e tarata
 De ruegos y sollozos y clamores.
 Dignidad ultrajada ante la Historia!
 Todo eso cuyos hórridos ruidos

P. edican muerte donde siembra gloria....
 Y el triunfo sacé... porque jamás natura
 Le negó la venganza al ultrajado,
 Zaragoza hizo eterna su figura
 Y el honor nacional quedó vengado.
 ¡Zaragoza! el valiente, el aguerrido,
 El grande, el inmortal, el denodado
 Que aquellas santas tropas acompaña,
 Miró á los defensores de cien reyes
 Sin aliento rodar por la montaña,
 Tirar las armas, traspasar el llano,
 Y perderse por fin con la distancia.
 Desde entonces el pueblo mexicano
 Con frente altiva contempló á la Francia.
 ¡Puebla! tú has visto al pabellón que el Sena
 Retrata en sus cristales, al que flota
 Sobre París con magnas ovaciones,
 Flamear ruborizado sus giroses
 En medio del terror de la derrota.
 Y tú, sol de victoria, que ese día
 Gloria nos diste con tu luz ardiente,
 Con los rayos que viertes en mi frente
 Manda más glorias á a patria mía....
 Ella hoy tiende su manto de azucenas
 Que la paz embalsama y engrandece
 Se levanta ante el mundo y aparece
 Gigante y poderosa ante la historia....
 Desde la espiga que en el campo crece
 Has'a el condor que en el azul se mece
 Se bañan en la luz de la victoria
 Mande siempre ¡oh sol! triunfos, grandeza,
 Sin que jamás hermanos contra hermanos
 Empañen con sus negros su pureza,
 Y hallando en el trabajo su riqueza
 No consienta invasoras ni tiranos.

1869 (Escuela Nacional Pr. p ratoria).

AL GRAL. CARLOS FUERO.

LEIDA EN EL CEMENTERIO FRANCES.

En el albor de mi revuelta vida,
 Allá en el despuntar de una mañana
 Que doró sus celajes con los rayos
 Del sol de mis primeras esperanzas;
 Cuando sólo ví flores en la tierra
 Y pájaros canoros en las ramas
 Y era la sangre en las henchidas venas
 Un torrente viril de hierro y lava:
 Entonces entre el himno de Victoria,
 Sobre el ya roto cetro de un monarca;
 Heraldo de va'or, sereno y fuerte,
 Conocí á este soldado de la patria.
 Fuerte cual los antiguos gladiadores,
 Erguido como el roble en la montaña,
 Con grandes ojos negros y brillantes
 A que daba expresión la luz del alma;
 Sutiles líneas perfilando el rostro
 Lleno de austera gravedad romana
 Y coronado en la severa frente
 Por negra cabellera ensortijada;
 Así lo ví, su mano generosa
 Estrechó con lealtad mi mano frances:

¡Ay! yo empezaba á manejar la pluma
 Y él acababa de soltar la espada.
 El era un adalid . . . era un B. yardo
 Sin dobléz, sin temores y sin tacha;
 Tan sereno al hablar con un amigo
 Como al cruzar el campo de batalla.
 Desde niño, su hogar fué el campamento;
 Su compañera inseparable el arma;
 Su lecho el peñón tosco ó la llanura,
 Su camarita la tienda de campaña
 Y su mejor saludo á la Victoria
 El retumbar sonoro de las salvas.
 Profesó un culto humano y le dió toda
 Su intensa adoración nunca turbada;
 ¡Amó como á su Dios á la que tuvo
 La gloria de llevarlo en sus entrañas!
 Después de esa mujer que fué á su numen
 A una novia inmortal idolatraba:
 La que le dió su manto en todo tiempo
 Como prueba de amor: la hermosa Patria!

.....
 Cuando cayó en Querétaro vencido
 El infeliz y soñador monarca,
 A quien deshizo el pueblo la corona
 Llevándolo á morir en las Campanas;
 Este soldado custodió á Castillo
 Que condenado á muerte, pidió gracia
 De ver á un sacerdote y á un letrado
 Para arreglar sus últimas demandas.
 "Yo no los llamaré"—le dijo Fuero—
 "Tenéis para buscarlos puerta franca;
 "Sóis todo pundonor y aquí os espero
 Que os van á ejecutar por la mañana."
 Salió el anciano jefe, con asombro
 De todos los que allí le custodiaban;
 No vue' ve pensó alguno—y Fuero dijo:
 "Un bravo así, no falta á su palabra,"

Y todos lo sabéis, tornó á su celda
 El jefe honrado de la opuesta causa,
 Y aún no ha podido decidir la Historia
 Quién de los dos más alto se levanta,
 Pero hechos como el hecho que recuerdo
 El mundo admira y los envidia Esparta!
 Y aquí yace el soldado valeroso
 Sin expresión ni luz en la mirada;
 Viene á dormir el sueño que no turba
 El vano ruido de la grey humana.
 Duerme, noble guerrero, en tu sepulcro
 Florece el lauro que la Historia guarda
 A los que como tú, todo lo dieron
 Al deber, á su pueblo y á su patria!
 Duerde; fuiste un soldado victorioso,
 Y á ti no se te llora, se te casta;
 Entra al mundo en que viven muchos héroes;
 De pie te esperan don te nada acaba
 Y al mirarte llegar, lleos de gozo
 Todos te van á presentar las armas.

13 de Enero de 1892.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EN LOS FUNERALES
DEL
GRAL. JESUS GONZALEZ ORTEGA

I

No vengo débil á regar con llanto
Los restos del soldado cuyo acero
Al defender la patria brilló tanto.
En acero viril, grave y austero,
Premio debido al heroísmo santo,
Vengo á cantar las glorias del guerrero:
Al que tuvo por ley, por sola norma
El lábaro inmortal de la Riforma.

II

Ese enlutado féretro que encierra
Del bravo luchador el cuerpo inerte,
Que con su muda pompa nos aterra
Y que conturba el ánimo más fuerte,
Tan solo el cuerpo entregará á la tierra
Que ha de trocarse en polvo por la muerte
Pero eternos serán en nuestra historia
Su fé, su nombre, su valor, su gloria.

III

Como surge el león, fiero, animoso,
Del fondo de los bosques seculares,

Tú surgiste caudillo valeroso
Del seno de las masas populares:
Y bajo el sol de libertad hermoso,
Al sonar de los himnos militares,
Llevaste con honor esa bandera
Que de Sonora á Yucatán impera.

IV

¿Qué corazón habrá que no se asombra
De la epopeya liberal que habías
Enaltecido taoto con tu nombre?
¡Oh muerte! ¡y cambias en cenizas frías
El venerado cuerpo de aquel hombre,
Emblema de la fe de aquellos días!
¿Qué viento helado extinguirá esa llama
Eterna en los espacios de la Fama?

Quien vuelva sus miradas al pasado
Y te contemple apuesto y agerrido,
Con lauros de victoria coronado
Y en los brazos del pueblo conducido;
No creará que más tarde, abandonado
Con negra ingratitud en hondo olvido,
Te hallaste, como en lóbrego desierto,
Vivo en la historia y en tu Patria muerto.

VI

Aun puede recordar el pensamiento
Que con su vuelo audaz todo lo alcanza;
Aquelas horas de luchar violento,
De rencor, de bravura y de matanza.
Eas de tus soldados el aliento,
De redención del pueblo la esperanza,

Y orgullosos pasaban tus corceles
Entre vivas, y aplausos y laureles

VII

El lazo rojo en el erguido cuello
Símbolo de su causa redentora,
En tus ojos la fe como destello
Y en tu diestra la espada vencedora;
Bajo este patrio sol, ardiente y bello,
A México llegaste y la sonora
Voz del pueblo en tu torno repetía:
¡Héroe de Calpulalpsam, Dios te guía!

VIII

De angusta libertad el sol divino,
Bañó en luz el peadón de tus legiones;
Bajo palmas de triunfo en tu camino
Latieron los patrios corazones:
Y cuando en Puebla te veació el Destino,
No de Francia los fieros batallones:
Presentaste, asombrando al extranjero,
Rotas las armas y el Honor en oro.

IX

Tú fuiste de los libres la muralla
En horas de dolor y luto llena;
Tú, que joven los campos de batalla
Regaste con la sangre de tus venas.
¿Y después...? ¡ay! de sentimiento estalla
El corazón, al comprender tus penas,
¡Oh amarga y torpe ingratitud del hombre!
¡Nadie en el triunfo pronunció tu nombre!

X

Allá... muy lejos... pueblo hospitalario
De patriotismo y de virtudes foco,

Te acogió como á nuevo Belisario,
¡Ay! y aquí, tu valer teniendo en poco,
Olvidaron al héroe solitario
Y la ca'umania te llamaba loco.
¡Cuán profundo dolor habrás sufrido
Loco de decepción, loco de olvido!

XI

No, no fué de la patria el golpe rudo
Que te dejó en las sombras sepultado,
La patria es madre, y cuando hablar e pudo
Te dijo: "Vuelve á mí, noble soldado,
Despierta gladiusor, ven con tu escudo
Que ninguno venció ni está manchado."
Y al oír de su voz el eco cierto
De gratitud y de emoción has muerto.

XII

Miradle allí... la Patria entristecida
Llora en la cripta que su cuerpo encierra,
Tiene su frente de laurel ceñida
Y si ya no veremos en la tierra,
En sus ojos el fuego de la vida,
Ni en sus manos el rayo de la guerra:
Su nombre alumbra con eterno rayo
El sol de Zaragoza, el sol de Mayo.

XIII

Héroe de cansa en paz, los que podemos
Juzgarte sin envidia ni rencores,
Siempre cual hoy, tu gloria cantaremos;
Y siendo de tu ejemplo imitadores
Con herra y con valor defenderemos
La fe de tus principios redentores,
¡Siempre, jóvenes hoy, mañana ancianos,
Sostendrán tus banderas nuestras manes.

XIV

Duerme el eterno sueño, has merecido
 Bien de la Patria por tus grandes hechos;
 Al borde de tu fosa hemos venido
 Jurando defender nuestros derechos;
 Tus glorias nunca empañará el olvido,
 Y siempre habrán de verte nuestros pechos:
 ¡Vivo en la historia, en el sepulcro inerme!
 ¡Héroe de Calpulalpam, duerme.... duerme....!

México, Abril 10 de 1881.

EN MEMORIA DEL GENERAL CARLOS PACHECO

Oh vida! ¡combate humano!
 Tus adalides ¡qué son?
 Deleznable encarnación
 De polvo frágil y vano.
 ¿Quién profundiza el arcano
 Do tus desticos están?
 La fe, la gloria, el afán
 Que con la esperanza juegan,
 Da un obscuro abismo llegan
 Y á un obscuro abismo van.

Revuelto y profundo río
 Donde el viento desbarata
 Los aljófares de plata
 Que le regala el Estío;
 Légame inmenso y sombrío,
 ¿Qué fueras sin la memoria,
 Sin la verdad, sin la gloria
 Que con el olvido en guerra,
 A los muertos de la tierra
 Los resucita en la Historia?

Ya el talento, ya el trabajo,
 ¡Inmortal recuerdo deja;
 No le se llama á la abeja

Y vil al escarabajo.
 Del gusán que hienda el tajo
 Al sabio que absó:to les,
 No hay labor que útil no sea
 Y que el hombre no bendiga:
 El gañán busca la espiga
 Y el sabio busca la idea.

No todo muere ni pasa,
 Que no todo es polvo leve;
 Si el sepulcro torna nieve
 El fuego que nos abrasa;
 Si todo la muerte arrasa
 Y lo lleva al ataúd...
 ¿Quién por el terrible alud
 Rodar ha visto el Honor,
 El Genio, la Fe, el Valor,
 La Bondad y la Virtud?

Sin los nobles ideales
 De un dulce romanticismo,
 ¿Qué hicieran frente al abismo
 De la muerte, los mortales?
 ¿Todos seremos iguales
 Al morir? ¿Vana impostura!
 Aun en tosca sepultura
 Quien vale al olvido humilla,
 Que más el cocuyo brilla
 Si la noche es más oscura!

Estudiad á los cautivos
 Del mundo, sabios expertos,
 Y encontraréis vivos muertos,
 Y muertos que siguen vivos.
 Los robles del monte, altivos
 Desdennan la tempestad,
 Con la misma magestad
 Que á un ser superior conviene;

Y así como el monte, tiene
 Sus robles la humanidad.

Nacer en modesta cuna
 Y en apacible pobreza,
 Sin señue'os de nobleza
 Ni mimos de la fortuna;
 D meñar una tras una
 Amargas contrariedades,
 Y an e añejas sociedades,
 Con suerte dura y contraria,
 Ser como la procelaria,
 Hijo de las tempestades.

Ser un gladiador romano
 En los campos de batalla;
 Entregar á la metralla
 Despojos del cuerpo humano;
 Sangrando, sin pie, sin mazo,
 Buscarse extraña andadera
 Y trepar á la trinchera
 Con medieval hidalgua,
 Victoriano en agonia
 Su caudillo y su bandera!

Vivir triste y mutilado
 En constante actividad,
 Con la extraña dualidad
 Del apóstol y el soldado;
 De nuevo lanzarse o:ado
 Por su causa á combatir,
 Hallar la meta, subir,
 Y firme con la fe ilesa,
 Darle cauce á toda empresa
 De gloria y de porvenir...

Ser un Bayardo en lealtad,
 Ser un Cid en el valer,

Un pródigo en el favor
 Y un estóico en la verdad.
 Ser prócer en la ciudad,
 Gladiador en la campaña,
 Cazador en la montaña,
 En todo, sople que agita,
 Y un labrador eremita
 muriendo en una cabaña!

Tal admiré y comprendí
 La labor inteligente
 Del héroe humilde y ausente
 Que recordamos aquí.
 Jamás honrado me ví
 Con el renombre mundano
 De "su amigo" ó de su "hermano"
 Muerto, aun vi ríe sus reflejos,
 Y hoy que está lejos, muy lejos,
 Busco en la soñabra su mano!

Auseate: juzgue la Historia
 Tus obras; yo sé que son
 Hijas de noble ambición
 De dar á tu patria gloria.
 A tu fosa mortuoria
 Basta un emblema viril:
 Que allí corone el buril
 Tu frente limpia y altiva
 Con la fresca simpreviva
 Que fecunda el sol de Abr. I.

México, Septiembre 26 de 1892.

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

EL LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL 29 DE NOVIEMBRE DE 1891.

¿Por qué en toda ocasión me halláis dispuesto
 Entre vosotros á tañer el arpa
 Y canto vuestros méritos, seguro
 De que acojéis, benignos, mis pa'abras?

Porque sois á mis ojos, la más cierta
 Encarnación viril de una esperanza;
 Los predilectos hijos en que afirma
 Su fe en el porvenir, la madre Patria!

Yo os hablo desde tiempos venturosos
 En que lo mismo que soñáis, soñaba;
 Cuando aún eran capullos esas flores
 Que un aire helado marchitó en el alca.

Hay un íntimo culto en cada pecho
 Que se alimenta con eterna llama
 Y que la negra decepción no extingue
 Ni el tiempo borra ni la edad se apaga.

El culto por la tierra en que nacimos,
 Tierra que tantos héroes consagraran

Y á costa de dolores y amarguras
Por bravos adalides libertada!

¿Qué fué de su grandeza primitiva?
¿Dónde está el esplendor de sus monarcas?
¿Qué nos dice este bosque de sus glorias?
¿Qué nos cuenta ese sol de sus hazañas?

Preguntad á los viejos ahuehuetes
De verdes hojas y guedejas blancas,
Pues ellos pueden descifrar los signos
Que en toscas piedras nos legó su raza.

Preguntad á los "cactus" espinosos
Que pueblan las llanuras solitarias
O á los azules lagos que en un tiempo
Ondularon besando sus piraguas.

Cayó el guerrero intrépido que vive
Cual semi-dios en la broncea estatua
Y que aún parece irradia su semblante
La luz de gloria del antiguo Anáhuac.

El espíritu heroico de ese atleta
Quedó errando en su tierra infortunada
Y aconsejó en la sombra á los primeros
Que desafiaron el poder de España.

Cruzó á la par que satisfecho triste,
Sobre el cadalso angusto de Chihuahua
Y se cernió cual águila orgulloso
Viendo á Morelos combatir en Cuztla.

Acompañó hasta lo último á los bravos
Que no tuvieron en la lucha santa
Más recompensa que ominosa muerte
Ni más afán que libertar la patria.

La columna de fuego que á los hijos
Amados de Israel á Sión guiara
No fué más que el espíritu gigante,
Del indio rey que enaltecíó su raza.

Por los aires vagando infundió aliento
Al caudillo del Sur en las montañas,
Y recogió los últimos suspiros
Lanzados en los campos de batalla.

Dió un ósculo en la frente á los guerreros
Cuando la gloria coronó su causa
Y á su tierra natal volvió posado
En la nueva bandera de la patria.

Surgió otra vez cuando invasor odioso
El bosque azteca con sus pies hollara
Y estuvo al lado de los héroes—niños
Que aquí murieron asombrando á España.

Fué ese espíritu el noble compañero
De un hijo de su génio y de su raza,
Que en el desierto se mantuvo errante
Dando á la ley su corazón por arca.

Y ese espíritu aún vaga en estos sitios,
Cruza en la soledad por estas ramas
Y os mira con amor cuando la aurora
Enhebra perlas y diamantes cuaja.

Baja al bosque en los rayos de la luna
Que argenta las paredes de este alcázar,
De magestad reviste á los volcanes
Que se yerguen cual mudos atalayas
Y os habla con la voz de los zenzontles:
¡Alados bardos que escuchó el Anáhuac!

Qué puedo yo deciros cuando él sabe
Comprender como nadie vuestras ársias,

Coronar con sus mantos vuestros sueños
 Vestir de luz las dulces esperanzas
 Y besar con orgullo vuestras frentes
 Cuando en el brazo sustentáis el arma.

¿No sentís que se cierne jubiloso
 En esta fiesta noble y consagrada?
 ¿No sabéis que él aplaude la victoria
 Que logran el talento y la constancia?

Imitad su entereza y su bravura,
 Como él abrid para lo grande el alma
 Y seréis en la tierra y en la historia.
 Orgullo y regocijo de la patria.

29 de Noviembre de 1891.

A Vicente Riva Palacio.

DESPUES DE SU PRISION; EN DIAS PRÓSPEROS.

Donec eris feliz....

Si adversa suerte con el genio impía
 Quieres empañar tu nombre esclarecido
 Y tornas á tus libros y á tu olvido
 En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía
 A hablarte de esperanzas al oído
 Y tornaré á venir como he venido
 A compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora
 Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece
 Tiembla y huye la turba adulatora.

Hoy que á cantarte van porque amanece
 Dale un recuerdo al que padece y llora
 Con el preso que llora y que padece!

1885.

Coronar con sus mantos vuestros sueños
 Vestir de luz las dulces esperanzas
 Y besar con orgullo vuestras frentes
 Cuando en el brazo sustentáis el arma.

¿No sentís que se cierne jubiloso
 En esta fiesta noble y consagrada?
 ¿No sabéis que él aplaude la victoria
 Que logran el talento y la constancia?

Imitad su entereza y su bravura,
 Como él abrid para lo grande el alma
 Y seréis en la tierra y en la historia.
 Orgullo y regocijo de la patria.

29 de Noviembre de 1891.

A Vicente Riva Palacio.

DESPUES DE SU PRISION; EN DIAS PRÓSPEROS.

Donec eris felix....

Si adversa suerte con el genio impía
 Quieres empañar tu nombre esclarecido
 Y tornas á tus libros y á tu olvido
 En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía
 A hablarte de esperanzas al oído
 Y tornaré á venir como he venido
 A compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora
 Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece
 Tiembla y huye la turba adulatora.

Hoy que á cantarte van porque amanece
 Dale un recuerdo al que padece y llora
 Con el preso que llora y que padece!

1885.



General Ramón Corona.

A LA DISTINGUIDA SEÑORA MARIA-ANA MAC-ENTEE, VIUDA
DE CORONA.

Con la varonil bel eza
De un joven soldado griego,
Dulce y franco en el lenguaje
Y en el carácter enérgico;
Alzándose con las alas
Del trabajo y del talento,
Y sin tener más blasones
Que su valor y sus méritos:
Ramón Corona es a un hombre
De los que admiran los pueblos,
Porque cruzan por la tierra
Tan solo de tiempo en tiempo.
Nació en honrada pobreza,
Y desde su albor primero
Con su personal trabajo
Ganó renombre y sustento.
Entró al campo de batalla
Desde sus años más tiernos
Y por sus costumbres puras,
Por su carácter discreto,

Por su valor sin medida,
Y su actividad sin término,
El lugar más prominente,
El más distinguido puesto,
Lo conquistó con aplauso
De contrarios y de adeptos.

Era al mirarle á caballo,
Por lo arrogante y lo diestro,
Rival del gaucho más ágil
De cuantos las pampas vieron
Y en las horas de peligro
Era un adalid de hierro,
Al que nunca rindió el brazo
Ni la fatiga ni el sueño.
Los franceses le temían
De tal suerte, que pusieron
Por una ley ominosa,
Su noble cabeza á precio.
Pero en *Villa Unión, Copala,*
Agua-zarca, Palos prietos,
El Espinazo del Diablo,
El Colorado, Siqueros,
Veranos, Concordia, Vátamo
Y otros gloriosos encuentros,
Les probó con su bravura
Y con su heróico denuedo
Que cuando invaden la patria
Los más allivos ejércitos,
Bastan para defenderla
Algunos hijos del pueblo
Que por invencibles armas
Llevan la fe y el derecho.
En Jalisco y Sinaloa
Están vivos los recuerdos
Del joven héroe, que supo
Con inmortales ejemplos,

Alcanzar en nuestra historia
Un nombre limpio y eterno.

Refieren cuantos lo han visto,
Que en el sitio de Querétaro
Fué Corona el más humilde
A pesar de su alto puesto;
Y cuando en el *Cimatarío*
A sus soldados vencieron,
Y se quedó triste y solo
En medio del campamento;
Al ver que llegaba Rocha
Con poderosos refuerzos,
Sin fijarse en su alto rango,
Se le presentó diciendo:
"Se han dispersado mis fuerzas,
"Estoy solo y aquí vengo
"A batirme á vuestras órdenes,
"Y aquí no mando, obedezco."

Después de que fué vencida
La bandera del Imperio,
Era Corona en Jalisco
El brazo de su Gobierno.
Alzose en la sierra de Alica
Amenazante y siniestro,
Manuel Lozada, llamado
El tigre, porque sus hechos
Criminales y espantosos
Amedrentaban al pueblo.
Lozada entre las abruptas
Montañas que lo nutrieron
Con sanguinarios instintos
Desde sus años más tiernos,
Era el feudal más salvaje
Que registran nuestros tiempos.
Dueño de vidas y haciendas

Absoluto en sus decretos
Y rebelde y enemigo
De la autoridad de México.
Con diez mil indios armados
Tuvo á Jalisco en acecho
Y en setenta y tres, intenta,
A principios de Febrero,
Hacer de Guadalajara
De sus venganzas el centro.
Corona con dos mil hombres
Veloz le sale al encuentro;
Acampa en la Mojonera
A resistirlo resuelto,
Y del reñido combate
En los instantes supremos,
Hallan que el parque está inútil
Los soldados del Gobierno;
Proyectiles y saquetes
Estaban casi deshechos,
Y siendo la artillería
De salvarse el solo medio,
Frente á las chusmas compactas
Que ya no estaban muy lejos.
Corona, sin arredrarse,
Ordena á sus compañeros
Que reeojan velozmente
Paños de sol y pañuelos
Y que al pie de los cañones
Fabriquen saquetes nuevos.
Obedecidas sus órdenes
Comienza el nutrido fuego,
Derrotan al enemigo
Que se dispersa en los cerros,
Dejando en su rauda fuga
Tupida alfombra de muertos
Y queda Jalisco en salvo
La paz torna á nuestro cielo,

Y el joven héroe conquista
Nuevas glorias ante el pueblo.

Algunos meses más tarde
Corona en el spano suelo,
Representa como pocos
El limpio nombre de México.
En España se le admira
Por su natural modesto,
Por ser amigo sin tacha
Y en el hogar un modelo,
Y porque busca ocasiones
Para estrechar los afectos
De dos pueblos que rehosan
En iguales sentimientos.
Vive ausente catorce años
Y al fin retorna, trayendo
El afán honrado y noble,
El santo y hermoso ensueño,
De ser en su amada patria
Un infatigable obrero,
Al conservar la paz firme,
Fuente de todo progreso.
Cuando pensaba dar cima
A cuanto forma su anhelo,
Y al Estado de Jalisco
Honraba con su Gobierno,
La mano de un asesino,
De un loco, á la virtud ciego,
Le da la muerte, ignorando
Su crimen infame y negro.

.....

.....

Dejad que envuelva mi lira
Eterno crespón de duelo,
Para llorar al patricio,
Al ciudadano, al guerrero,

Etre tanto, habían dejado
Los imperiales la plaza,
El sol de Mayo vertía
Rayos de amor y esperanza
Y al aire daban sus voces
De entus asmo las campanas
Y ell sobre toscas piedras
En roja sangre empapadas,
Antonio Reyes «El Tor do,»
El héroe de aquella bazaña,
R gido, inerme, sin vida,
En su semblante irradiaba
La gloria, la inmensa gloria
Del que muere por la patria.

.....

1891

¡Primero es la Patria!

A mi fraternal amigo Rafael de Zayas Enriquez

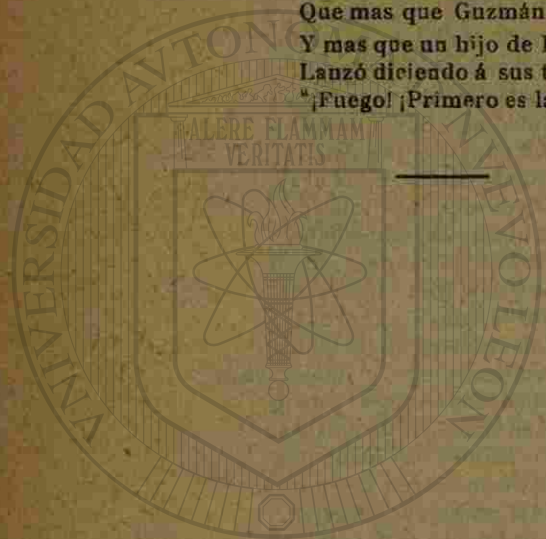
Atrás por el oriente,
Entre espejos de plata
Y disipando las sombras,
Aparece la mañana;
Cuando el eco despianto
De la desierta montaña,
El estampido sordo
De cañón dilata alarma.
Precipitados los belgas
Que a Ticámbaro resguardan,
En las trincheras se agolpan
Y el combate se preparan.
Ya de una altura descienden
Las fuerzas republicanas
Y vibran de las cornetas
Las notas limpias y claras.
Se miran los batallones,
Que denso polvo levantan,
Marcando pausadamente
De las lomas por la falda.
La división es aquella
Que en la con tanta campaña

Del Ejército del Centro
Nicolás Régules mandó.
En el acúense muchos
Jóvenes en cuyas almas
El patriotismo ha encendido
Su pura y ardiente llama,
Que al llevarlos al combate
Vencer ó morir les manda;
Los estimula y anima
Luis Robredo, y le acompaña
De valer y de fe lleno
José Vicente Villada.
Va á comenzar el combate,
De prisa el sol se levanta
Y los ayudantes cruzan
Entre columnas cerradas;
Se apresta la artillería
Y ocupan la retaguardia
Los escuadrones formados,
Y listos para la carga.
Ya los Jefes impacientes,
Sólo la señal aguardan
Para emprender atrevidos
El asalto de la plaza.
Ya Régules se dispone
A dar la vez esperada,
Cuando llega un hombre á escape
Corriendo desde la plaza.
El General á mirarle
Le tiende la mano franca
Y con gran fatiga el otro
Le dirige la palabra.
—Que no hagan fuego, le dice,
Que en la trinchera cercana,
En esa que se divisa
De la ciudad á la entrada,
Han colocado los belgas,

Al rayar de la mañana,
 A los que us'ed en el mundo
 Más considera y más ama:
 ¡Están tu espo'e y sus hijos!
 Pues quiero, si usted atac',
 Que reciban los prim'os
 La moatife'ra descarga.—
 Régules queda en silencio;
 Y luego con mucha calma,
 A los artille'os gaita:
 —¡Fuego! ¡Primero es la patria! —
 Al sonar su voz, retumba
 El cañón y se levanta
 La espantosa gritería
 De las columnas en marcha.
 Pero un eco mas terrible.
 Régules siente en el alma,
 Pensando donde la muerte
 Llevado habrá la met'alla.
 Sus ojos no se humedecen,
 Ni su faz se torna palida,
 Y solo en el entreciejo
 Sus pensamientos se marcan.
 —Avancen, les grita, avancen,
 Y, haciendo brillar su espada,
 Entre densas naves de humo
 Impasible se adelanta.
 ¡Con cuánto valor desfienden
 Las imperiales la plaza!
 ¡Con cuánto arrojo combaten
 Las huestes republicanas!....
 Suyas las primeras líneas
 Después de tenaz batalla,
 Los esalantes ocupan
 Trincheras, calles y casas.
 Reconcéntranse los belgas
 En la iglesia y se preparan

A hacer una resistencia
 Terrible y desesperada.
 La gente va resbalando
 De fresca sangre en las charcas,
 Y hay tantos muertos, que oponen
 Dificultad a la marcha.
 Los soldados tropezando
 Y cayendo se adelantan
 Hasta cercar la parroquia
 Entre una lluvia de balas.
 Allí cubier'o de gloria,
 Y de la patria en las aras,
 El coronel Luis Robredo
 El último aliento exhala.
 Tras dos horas de combate
 La tropa mira sombrada
 Que la iglesia se corona
 Con un penacho de llamas
 Cante el fuego, el humo denso
 En anchas nubes se escapaba
 Y en remolino de chispas
 Por las aberturas montañas;
 Y se estremecen los muros,
 Y las puertas se desgajan,
 Y crujiendo se desploman
 Los techos sobre las masas.
 Los imperiales se rindea,
 Y de la heroica batalla
 El éxito y el arrojo
 Lleva en sus ecos la fama;
 Y cuando ya la victoria
 Añuncian alegres diadas,
 Régules vuelve á sus hijos,
 Vuelve á su espo'a, y se pasma,
 De ver como respetaron
 Sus corazones las balas;
 Y al estrechar en sus brazos

Aquellas prendas del alma,
Escucha como repite
En torno suyo la fama,
Grabándolas en la Historia,
Aquelas nobles palabras
Que mas que Guzmán el Bueno
Y mas que un hijo de España,
Lanzó diciendo á sus tropas:
"¡Fuego! ¡Primero es la Patria!"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR

El canje de prisioneros

A la memoria del insigne Caudilla
de la Independencia

GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE

LOS DOS PADRES

I

En la ciudad opulenta
Que fué en los tiempos de an'año
Residencia de virreyes,
Orgullo de los vasallos
Y emporio de las riquezas
De este sue'no mexicano,
Donde aztecas y españoles
Levantaron sus palacios;
Una mañana de invierno,
Al ir feneciendo al año
Que contó sesenta y cinco
Del siglo que va espirando,
Conversaban tristemente
Haciendo corte á un anciano,
Un grupo de caballeros
Con semblantes consternados.

Era el viejo de estatura
Elevada y rostro franco,
Con bien marcadas señales
De ser antiguo soldado;
Por sus rugosas mejillas,
Sobre sus marchitos labios,
Como dos sienes de plata
Bajaba el bigote negro.

De sus miradas el brillo
Eclipsaban á su paso,
Lágrimas mal recogidas
Con seca y trémula mano,
Que algunas veces mojaban
Un pecho condecorado
Con la cruz más envidiable
Que registran nuestros fastos;
La que tiene en el anverso
Con sus casaca grabado:
Trenta contra cuatrocientos,
En medio de un verde lauro.
Y al empaparla unos ojos
Que han visto el sol setenta años,
Prueban que dolor inmenso
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan
En su plática al anciano
Están ceñudos y tristes,
Y mudos y consternados.
—Es una maldad sin nombre.
Les dice ¡joven! ¡Gallardo!
¡Hijo querido!... no puedo
Resignarme...; fusilarlo
Con tan bella esperanzas;
¡Tan bueno! ¡me quiso tanto!
Cuántas veces pequeñito

UN HEROE DE SINALOA

(22 de Diciembre de 1864)

• MI RESPETADO AMIGO EL GRAL. FRANCISCO CANEDO

¡Cómo engaña la apariencia!
¡Cómo desmiente el aspecto!
¡Cómo se engaña el que juzga
El alma según el cuerpo!

El bravo Antonio Rosales
Era de exterior modesto,
De una estatura mediana,
De ojos claros y serenos;
Bigote negro y poblado,
Obrero y lacio el cabello,
Las cejas juntas y espesas,
De hablar pausado y discreto.

Desde los tristes instantes
En que Juárez dejó á México,
Y junto con sus ministros
Llevó á San Luis el Gobierno,
Rosales fué á presentarse
Con afán al Ministerio,

Y pidió lo incorporasen
A los cuerpos del ejército
Que á batir al enemigo
Estuvieran ya dispuestos.

Como era un desconocido,
Inspiró á todos recelo,
Y al punto le preguntaron
Su partido y sus proyectos.
— "Mi partido" — respondióles,
— "Lo ignoro, pues no lo tengo,"
"Yo no desfiendo personas
"Sino á la patria y al pueblo;
"Y mi proyecto se cifra
"En lograr de mi Gobierno,
"Que á batir á los franceses
"A mí me mande el primero."
Como nadie hiciera caso
A tan honrados deseos,
Quizás por otros asuntos
Da más ascendencia y peso,
O también porque inspirase
Aquel hombre algún recelo;
Volvióse callado y triste
A vivir á extraño puerto,
Dejando para más tarde
Mirar su afán satisfecho.

El sabio Ignacio Ramírez,
Aquel filósofo egregio
Que de Cañón tuvo el alma
Y la lira de Tirtéo.
Cuando en Mazatlán anduvo
Mil amarguras sufriendo,
Conoció á Antonio Rosales,
Profundizó sus anhelos
Y orgulloso de tratarlo,
Escribió á Guillerma P. ieto:
— "Ya me encontré al hombre que me he

"Ser un héroe para el pueblo;
"Aguila que busca espacio
"Para remontar su vuelo;
"Ya verás, llegado el día
"Si digo verdad ó miento."

**

Diez meses después de dichos
Estos solemnes conceptos,
Cuando en Culiacán esperan
Al invasor extranjero,
Rosales á sus soldados
Los organiza en silencio
Y se queda á pocas leguas
Para encontrarlos dispuesto,
En el alegre y tranquilo
Pueblecillo de "San Pedro.
Cerca de trescientos hombres
Con escasos elementos,
Resisten el rudo empuje
Del invasor altanero,
Que con fuerzas imperiales
A'ca con gran denuedo.

Rosales, con una audacia
Propia de tales momentos
Después de emboscar dos piezas
Y reservar en el centro
Cien hombres, se lanza osado
Al enemigo embistiendo
Con una pequeña escolta
Que combate cuerpo á cuerpo.

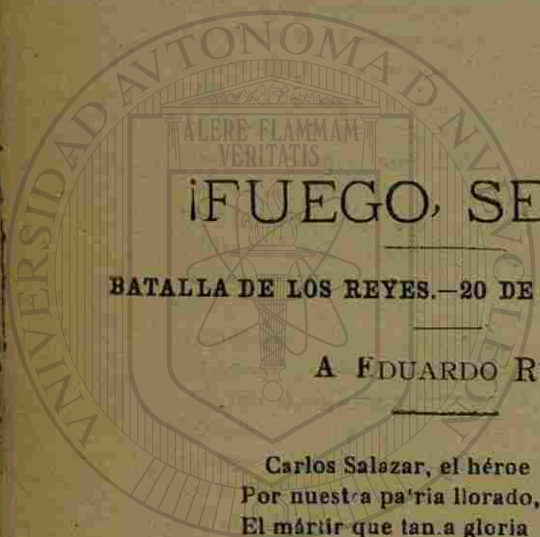
Los invasores lo envuelven
Y juzgan el triunfo cierto,
A punto que por los flancos
Los hiere el compacto fuego
De los infantes, que estaban

Emboscados en el pueb'o,
 Pocas horas de combate
 Dan á Rosales el éxito;
 El enemigo le deja
 Cerca de cien prisioneros
 Con Gazielle, el comandante,
 Y ocho oficiales apuestos.
 Sobre el campo se miraban
 Los heridos y los muertos,
 Banderas, parque, medallas
 Y cañones y trafeos.
 Un argelino acercóse
 A Rosales, todo trémulo,
 Y quiso besar su mano,
 Pero el jefe sonriendo
 Le contestó - "No acostumbran
 Los hombres besarse en México."
 Un jefe de tiradores
 Llorando, de rabia ciego,
 Se niega á entregar su espada
 Que se la pide un sargento,
 Pero Rosales le dice:
 "Dádla, sós mi prisionero"
 Y entonces, Gazielle, la suya
 Dar quiere al bravo guerrero
 Quien le dice - "Vos sós digno
 De conservarla en su puesto."
 No hay palabras que describan
 La nobleza y el respeto
 Que usó Rosales con todos
 Sus vencidos prisioneros.
 Ningún acto de violencia,
 Ningún rencor, ningún hecho
 Que revelase vanaganza
 Envidia, crueldad ó celo.
 Rosales se mostró grande,
 Justo, generoso y bueno

Y dió gloria al libre Estado
 Que adora su nombre excelso
 Eternizando en la historia
 La batalla de San Pedro.

Marzo de 1893.

3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52



¡FUEGO, SEÑOR!

BATALLA DE LOS REYES.—20 DE FEBRERO DE 1865.

A EDUARDO RUIZ

Carlos Salazar, el héroe
 Por nuestra patria llorado,
 El mártir que tanta gloria
 Dió á su causa en el cadalso;
 Con mil cuatrocientos hombres
 Obedientes á su mando,
 Va de Urnápan á Ja'isco,
 Pues en el Sur de ese Estado
 Están las tropas que intentan
 Dar á Colima un asalto.

**

Después de largas fatigas,
 Ya Teocaltatlán mirando,
 Se detiene y manda al pueblo
 Un correo extraordinario,
 Pidiéndole á Guadarrama
 Que auxiliares á sus soldados

No le den respuesta alguna;
 Y ante tan gran desengaño
 Entra al pueblo con su tropa
 Y se encuentra de contrarios
 A Guadarrama y los suyos,
 Que dan aviso en el acto
 A la guarnición francesa,
 Pues ya tienen de aliados
 En Zapotlán y Sayula
 A imperialisas y zuavos.
 En vista de tal suceso,
 El jefe reubicano
 Contramarcha sin fijarse
 En los terribles trabajos
 Que les esperan á todos
 Sus valerosos soldados.

Sobre las rugadas crestas
 De las abruptas montañas
 Que la neblina corona
 En la región azulada;
 Salvando los ventisqueros
 Y las profundas barrancas,
 Y por los negros abismos
 Cruzando como la águila,
 Encendiendo por las noches
 Ocotes, para la marcha;
 Durmiendo sobre las rocas,
 Marchando sobre las zarzas,
 Comiendo secas raíces
 Si el fruto silvestre falta;
 Con rostros ennegrecidos
 Por el sol que los abrasa,
 Y señalando su paso
 Con la sangre de sus plantas
 Van caminando las tropas.

Que el bravo Salazar manda,
Hasta llegar á una Villa
Que "de los Reyes" se llama,
Donde tras tanto martirio
Pobres y enfermos descenan.

Apenas la nueva aurora
Su limpio fulgor derrama,
Los soldados liberales
Salen á buscar con ansia
Las frescas ondas del río
Que cruza aquella comarca;
Carlos Salazar, en tanto
Por la margen de esmeralda
En su caballo "El Recuerdo"
Vigilando á todos vaga.

De súbito los soldados
Oyen tocar *general*;
Se asombran, pues los cornistas
También están en el agua,
Y todos, á un solo impulso,
Desnudos á tierra saltan.

Ven á su jefe que ha dado
Él mismo el toque de alarma,
Al divisar la columna
Aprox mándose rápida
De imperiales y franceses
Que por "San Gabriel" avanza,
Y que ya de sus carines
Se escucha el toque de carga.

Un bosque de platanés
Es el muro que separa
A patriotas é invasores

Que ven á medir sus armas,
Sorpréndense los franceses
Cuando al fijar sus miradas,
Encuentran que están desnudos
Los que les cortan la marcha.

Trábase el combate hero,
Comienza al fin la batalla,
Y en medio de tanto estruendo
Con majestad se detaca
De Salazar, la sonora
Imponente voz que manda
Al oficial de artilleros
Con sus sabidas palabras:

"Fuego, Señor; fuego, fuego;"
Ve la pieza abandonada
Y llega el mismo y rabioso
Con sus manos la dispara,
Al oír el estampido
Los soldados se entusiasman,
Y al enemigo arre meten
Con bayoneta caida.

Difunden así el espanto
Rompen las líneas compactas,
Seembran el campo de muertos,
Y el triunfo completo alcanzan
Queda entre los prisioneros
Banderbae, que allí mandaba
A los zaavos, y á quien dejan
Libre, bajo su palabra
De nunca, ea lo de adelante
Volver á entrar en campaña
También el segundo en jefe
De la legión mexicana,
Que en defensa del Imperio
Tomó parte en la batalla,
Quedó como prisionero
Y sus tropas dispersadas

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152

Lo abandonaron, dejando
 Muchos muertos en la marcha.

En acción tan memorable,
 Salazar solo contaba
 Con unos seiscientos hombres
 Sin recursos y sin armas;
 Excediéndole en el número,
 Y en favorables ventajas
 Los agueridos contrarios
 Que de sorpresa le atacan.

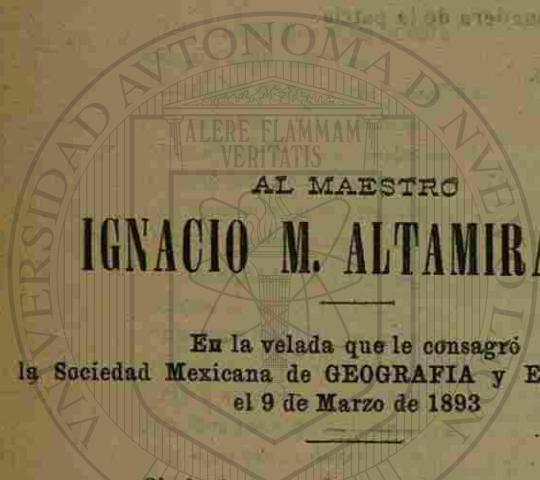
Conseguida la victoria,
 Salazar á nadie mata;
 Y cuando llega el momento
 De emprender violenta marcha,
 Deja á aque los prisioneros
 Sin más juez que su palabra,
 Que más tarde desconocer,
 Y con De Potier se lanzan
 Con Baudrubaé persiguiendo
 Al que la vida les salva.

Al héroe invicto y modesto
 Que con desnudos luchaba,
 "Fuego, Señor," repitiendo
 En medio de la batalla
 Y que perdonó clemente
 A cuantos tuvo á sus plantas,
 Algunos meses más tarde
 De aquella heroica jornada,
 Cayó entre los enemigos
 Prisionero y en desgracia,
 Y en pago de su nobleza
 Lo fusilan en Uruápan,

Para mengua de la historia,
 Para baldón de sus armas
 Y para enlutar ¡infames!
 La bandera de la patria.

Marzo de 1893.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152



IGNACIO M. ALTAMIRANO.

En la velada que le consagró
la Sociedad Mexicana de GEOGRAFIA y ESTADISTICA
el 9 de Marzo de 1893

Si alguien se mofare aquí
Al mirar que un hombre llora,
Bien puede hacer desde ahora
Sangrien'a irrisión de mí.
Maestro, pensando en tí,
¿Qué puede expresar mi canto?
Cuando el alma duele tanto,
La pena á los ojos sube,
Busca espacio, forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

No es femenil cobardía
Ni apocamiento y temor,
Es que retoña el dolor
Profundo del alma mía.
¡Oh existencia! ¡oh breve día!
¿Quién de tí se ha de engreír?

Son el nacer y el morir
Limpio oriente, negro ocaso,
Distantes tan sólo un paso
Que á nadie es dado medir.

Fué tu nativa heredad
Una ch'za sin fortuna;
Allí velaron tu cuna
El olvido y la humildad.
Del monte la soledad
Esconde aún tu cabaña....
¿A quién tu origen extraña,
Si es natural condición
Que el águila y el león
Tengan nido en la montaña?

Fué tu aprendizaje rudo
Bañado en llén'o sa'obre;
Amaste al desouido, al pobre,
Por nacer pob e y desnudo.
En tí mismo h'l'aste escudo
Del mundo ante la amenaza,
Surges, te elevas y traza
Tu vuelo, con luz de Glorie,
Sobre el cielo de la Historia
La vía láctea de tu raza!

Fuiste en las luchas atleta,
En las rostras orador,
En la arena gladiador,
En el Parnaso poe'a.
Fué tu elocuencia saeta,
Ariete, escudo y muralla;
Tu Genio todo avasalla
Y es lema de tu virtud:

1
8
9
3
9
23
29
43
46
52
55
58
64
68
73
79
86
92
98
109
120
132
136
141
152

"Donde está la Juventud
Es'á el Campo de batalla."

Luchaste tanto por ella
Que no se ha entristecida
Si al apagarse tu vida
Se habrá apagado su estrella.
En vano busca tu huella
Sobre el mar que el viento riza;
Te invoca, te diviniza,
Con amor filial y santo
Y quiere regar con llanto
Tu veneranda ceniza.

¡Oh Maestro! ¡qué sombría
Y qué intensa es su amargural
Eras su gloria más pura,
Su bienhechor y su guía.
De tus labios recibía
El consejo limpio y sano
Que al soltarla de tu mano
Y dar libre el paso rudo,
Lleva por arma y escudo
En este combate humano.

Halló en tí, lesltad, nobleza,
Ciencia, honradez, heroísmo,
Abnegación, patriotismo,
Desinterés y grandeza.
Yergue altiva tu cabeza
En la negra eternidad;
Tú llevas la claridad
Que las tinieblas colora:
¡Hijo de la eterna aurora!
Entra en la inmortalidad.

Hombres; cual tú no perezcan
Ni el olvido los arrasa,
En cada instante que pasa
Más deslumbran y más crecen.
Tus obras nos envanecen;
Veneramos tu memoria;
Y al verte entrar en la Historia
Honrando tu patrio suelo
Están rep'cando á vuelo
En el templo de la Gloria.

Ya venció quien luchó tanto
Pero en él los ojos fijos
Inconsolables sus hijos
Visten luto y vierten llanto.
Es un lamento, no un canto
Lo que expresa su aficción;
Su paterna! bendición
Imploran puestos de hinojes,
Que e-tá "lejos de los ojos
Y cerca del corazón."

1
1
8
9
3
9
23
29
43
46
52
55
58
64
68
73
79
86
92
98
109
120
132
136
141
152

LOS PEONES DE LA MOTA

A mi buen amigo el General José Montesinos
 Cuando al fin se rindió Puebla
 Después de rudas campañas,
 Y nuestro valiente ejército
 Destrozó todas sus armas,
 Guardando tan solo í esos
 Su honor y sus esperanzas;
 Con inmensas precauciones
 Se deportaron á Francia
 Muchos jefes y oficiales
 Que al invasor estorbaban.

Se puede escribir con sangre
 La historia de las desgracias
 Que sufrió en largo camino
 Esa legión mexicana.
 Fueron desde Puebla al puerto
 Como i'ótas, como páris,
 Sin alimentos ni abrigos,
 Haciendo á pie las jornadas.

Metiéronlos en los buques
 Como si fueran en trala,
 Durmiendo sobre cubierta
 Expuestos al sol y al agua,
 Y comiendo muchas veces

Galletas agusanadas,
 Restos de las que las tropas
 A Sebastopol llevaron.

Era de ver á los bravos
 Cuyas frentes ostentaban
 Las huellas de cien combates
 Gloriosos para la patria,
 Erguirse allí más que nunca,
 Muertos como unas estatuas,
 Con altivez soportando
 Humillación tan nefanda.

Ellos que en la heroica Puebla
 Con Zaragoza triunfaran,
 Y que pocos meses antes
 Invencibles les llamaban
 Porfirio Díaz y Patoni,
 Ghilardi, Negrete y Auza;
 De pie sobre la cubierta
 Sintieron brotar sus lágrimas,
 Cuando al levantar los ojos
 Hacia la extensión lejana,
 Se les borró para siempre
 El Pico del Orizaba.

En Francia los reartieron
 Para distintas comarcas,
 Exigiéndoles á todos
 Bajo su honrada palabra,
 No abandonar esos puntos
 Mientras no se les mandara.
 Transcurridos muchos meses
 Sufriendo horribles desgracias,
 Se les ofreció volverles
 Su libertad y su patria,
 Si juraban no hacer nunca
 Contra los franceses armas.

1
8
9
13
19
23
29
43
46
52
55
58
64
68
73
79
86
92
98
109
120
132
136
141
152

Coadición tan humillante
 Fué á cada cual presentada
 Por sorpresas, á un tiempo mismo,
 Con la ilusoria esperanza
 De que todos la admitieran
 En tan tristes circunstancias.
 Ciento trece se negaron
 A suscribir tal demanda,
 Y en vista de su entereza
 Se les dejó en tierra extraña,
 Sin ningunos elementos,
 Para aumentar sus desgracias.

En horas tan angustiosas,
 Mientras con dolor y rabia
 Ven que á la tierra nativa
 Los juramentados marchan,
 Los que quedan, se proponen
 Sintiendo oprimido el alma,
 Con su personal trabajo
 Ganarse la vida honrada,
 Y un grupo parte contento
 A una tierra hospitalaria,
 Que tiene su fé y su lengua,
 A la generosa España,
 De la cual, de pronto elijen
 Las Provincias Vascongadas.

**

Entre las revueltas ondas
 De un golfo de azul y plata,
 Como reina del Océano,
 "San Sebastián" se adelanta,
 Semejante ante el viajero
 Inmensa gaviota blanca,
 Que en los movibles cristales
 Su limpio plumaje baña.

No hay playa tan pintoresca
 Como aquella extensa playa,
 Do el tamboril y el zortzico
 Pueblan de notas las auras.
 Tierra de los robredales,
 Región heróica y sagrada,
 Que riegan de sagardúa
 Las simbólicas manzanas.

Región de hechiceros valles
 Que los trigales esmaltan,
 Y donde piadosos pájaros
 A la libertad ensalzan.

Quiero que mi canto llene
 Tus horizontes sin mancha,
 Que flote entre las neblinas,
 Que coronan tus montañas;
 Que se mezcla á los rumores
 De tus vistosas cascadas,
 Y que perturbe el silencio
 De tus campos, donde vaga
 El melódico cencerro
 De tus ubérrimas vacas.

Porque te lleva mi canto
 La gratitud de las almas,
 Por haber sido tan noble
 Acogiendo hospitalaria,
 A los soldados proscritos
 De mi idolatrada patria,
 Dándoles hogar, trabajo,
 Amparo y amistad santa.

¡Oh San Sebastián! ¡oh perla
 De la región Vascongada!
 Por tus calles y jardines,
 Por tus parques y las plazas,

1
 8
 9
 13
 19
 23
 29
 43
 46
 52
 55
 58
 64
 68
 73
 79
 86
 92
 98
 109
 120
 132
 136
 141
 152

Llevan mis versos un eco
De gratitud mexicana,
Y acójele, como todo
Lo noble que va á tus playas.

VALERE FLAMMAN
Por la vistosa ladera
Del monte que *Urgull* se llama,
Los oficiales proscritos
Van subiendo una mañana,
Y al castillo de la *Mota*
Silenciosos se adelantan.
Buscan al jefe que tiene
Las obras encomendadas,
Y que si mal no recuerdo
Era el Coronel Esparza.

Al mirarlo, *Montesinos*
Le dirige estas palabras:
—“Todos somos oficiales
“De las tropas mexicanas
“Que combatieron sin tregua
“La injusta invasión de Francia
“Y que ya rendida Puebla,
“Después de romper las armas,
“Nos trajeron deportados
“Y por larga temporada
“Nos han sometido á todas
“Las pruebas de la desgracia.
“Por condición nos pusieron
“Para volver á la patria,
“Reconocer el imperio
“Y nunca tomar las armas.
“Al rechazar tal propuesta,
“Quedamos en tierra extranjera,
“Sin la limosna humillante

“Que como sueldo nos daban,
“Y hemos venido resueltos,
“A la generosa España,
“A buscar con el trabajo
“Una subsistencia honrada.
“Recibidnos de albañiles,
“Pues las fuerzas no nos faltan,
“Y podemos cargar piedras
“Los que cargamos espadas.
“Solo trabajo y salario
“Los que aquí véis, os demandan
“Y por ello os anticipan
Señor Coronel, las gracias.”

Con lágrimas en los ojos
Repuso al instante Esparza,
“Conta todo con trabajo,
“Que la obra es grande y va larga;
“Una condición impongo,
“Que no ha de ser rechazada:
“Que los nuevos albañiles,
“Que viene á honrar su patria,
“Dando á la vez un ejemplo
“Al mundo entero y á España,
“Han de comer en mi mesa
“Y han de dormir en mi casa.”

Y desde aquellos instantes
Con la pica y con la pala,
Se ganaron el sustento,
Y aliviaron su desgracia,
Los que más tarde tornaron
Para defender su causa,
Y para salvar con Juárez
La bandeja de la patria.

Y cuentan que las más bellas
Y alegres Guipuzcoanas,

8.
Π
1
8
9
13
19
23
29
43
46
52
55
58
64
68
73
79
86
92
98
109
120
132
136
141
152

Mientras vie on trabajando
 A aquellas gentes honradas,
 Cuando entraban y salían,
 Por la tarde y la mañana,
 Con sonoros tamboriles
 Al pasar los saludaban,
 Echando á su paso flores
 Por e las mismas cortadas.

El castillo de la Mota
 Aún conserva en su muralla,
 En las trabas esculpido
 Con menudas piedras blancas,
 Nombres y fechas que forman
 Ea la historia de mi patria
 La prueba más elocuente
 De honradez y de constancia
 De sus soldados proscritos
 En épocas muy aciagas

Marzo de 1893.

GENERAL JOSE M^a PATONI

(13 de Marzo de 1863).

Tras las reñidas acciones
 Que se libraron en Puebla
 Por los hijos de To'uca,
 Monterrey y Zacatecas,
 De Veracruz y Oaxac^o,
 Michoacán y la Frontera
 Y de todos los Estados
 Que de la patria en defensa
 Se afanan por distinguirse
 En libertar su bandera;
 Acalláronse los fuegos,
 Per una especie de tregua,
 Hasta que el trece de Marzo
 El cañón francés resuena
 Amagando con sus tiros
 Nuestras rudas fortalezas.

A los primeros disparos,
 Junto á González Ortega
 Llega el General Patoni,

s.
 II
 1
 8
 9
 13
 19
 23
 29
 43
 46
 52
 55
 58
 64
 68
 73
 79
 86
 92
 98
 109
 120
 132
 136
 141
 152

Y pide que le conceda
 Salir en esos momentos
 De la línea de defensa,
 Y reconocer el campo
 Do el enemigo se encuentra.
 Se le concede el permiso;
 Patoni al punto se aleja
 Con las tropas de Durango
 Y Chihuahua, hasta que llega
 A tocar de los franceses
 Las más cercanas trincheras,
 Al mirarlo, el enemigo
 Ardiendo en cólera inmensa,
 Con una lluvia de balas
 A sus soldados anega.
 Los nuestros no retroceden,
 Con más bravura pelean,
 Y aunque sus compactas filas
 El invasor pronto diezma,
 Tras de montones de muertos
 Audaces se parapetan,
 Entusiasmados mirando
 Que Patoni á la cabeza,
 Estudia las posiciones,
 Mide las contrarias fuerzas,
 A las cuales desaloja
 De sus más paralelas,
 Y cuando ya ha terminado
 La misión que allí lo lleva,
 Vuelve alegre y satisfecho
 Con los pocos que le quedan,
 Y entre gritos de entusiasmo
 Entra en la ciudad de Pueb'a.

Fué un alarde de bravura,
 Un arribo de fé ciega,
 Con el cual nuestros soldados

Conquistaron gloria eterna.
 Patoni que los condujo
 Y en la lucha los alienta,
 Era un soldado arrogante,
 De poblada barba negra,
 De ojos brillantes y vivos,
 De distinguidas maneras;
 En el vestir elegante,
 Erudito en la elocuencia,
 En el estrado una dama
 Y en el combate una fiera.

Después de ese triunfo hermoso,
 Que le dió renombre en Pueb'a,
 Cuando el Imperio domina
 Con extrañas bayonetas,
 De Cuauhtemoc y de Juárez
 La rica y heroica tierra.
 Fué Patoni á Sinaloa,
 Y allí en "El Fuerte," renueva
 Sus ejemplos de bravura
 Pues con muy escasas fuerzas,
 A franceses é imperiales
 Con su limpia espada ahuyenta.

Héroe que cruzaste el mundo
 Como fugitiva estrella,
 Siempre envolviendo tus rayos
 Con tu natural modestia,
 Si tan solo sinsabores
 Hallaste sobre la tierra,
 Y si al morir perdonaste
 Toda herida y toda ofensa,
 En el altar de la historia
 Donde sin mancha te elevas,
 Los que conocen tus hechos
 Con el alma te veneran

II
1
8
9
13
19
23
29
43
46
52
55
58
64
68
73
79
86
92
98
109
120
132
136
141
152

Yá la vez que ante su hijoss
 Como un ejemplo te muestran
 Cubren con palmas y lauros
 Tu martirio y tu grandeza.

Marzo de 1893.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

	Págs.
AL LECTOR.....	III
Colón é Isabel.....	1
Hidalgo.....	8
La Victoria de Tampico.....	9
De Marinero à Trapista.....	13
Ni el Nombre ni el Oficio.....	19
La Pierna de su Alteza.....	23
Recuerdos de un Veterano.....	29
En Churubusco.....	43
Los Fueros del Valor.....	46
Riverita.....	52
Santos Degollado.....	55
Leandro Valle.....	58
Aquiles Collín.....	64
Terán y Maximiliano.....	68
Comonfort.....	73
Tomás Mejía.....	79
Xochiapulco.....	86
La Corte Marcial.....	92
A media noche.....	98
La heroína del dolor.....	109
El prisionero de Papazindan.....	120
El Tordo.....	132
¡Primero es la Patria!.....	136
El canje de prisioneros, primera parte, Los padres	141
El canje de prisioneros, segunda parte, Belgas y mexicanos.....	152

	Págs.
Los mártires de Uruápan.....	160
El centinela.....	170
Heroísmo mexicano.....	175
Una respuesta de Miramón.....	180
El último puesto.....	182
Maximiliano.....	184
Pensador y héroe.....	192
Recuerdos de Mayo.....	196
El grito de independencia.....	200
¡Patria!.....	204
— A Juárez.....	211
Margarita Maza de Juárez.....	215
A los Alumnos del Colegio Militar.....	216
Al "Blasco de Garay".....	223
México y España.....	226
A México.....	229
¡Por Consuegra! ¡Por España!.....	234
Al partir de España.....	238
A Veracruz.....	240
A Guadalajara.....	243
A Jalapa.....	247
En Jalapa.....	250
Coatepec.....	255
En la feria de Tlacotalpan.....	258
Al Papaloápan.....	263
En Tlacotalpan.....	268
Adios a Monterrey.....	272
En Coahuila.....	275
¡Por el pueblo!.....	275
A Lerdo de Tejada.....	282
¡Por la Frontera!.....	283
Al partir de Guadalajara.....	285
¡Por la Caridad!.....	288
Al ahuehuete de Sta. María.....	291
En las ruinas de Mitla.....	292
In terra pax hominibus.....	295
Recuerdos.....	397
11 de Abril.....	300
En Chapultepec.....	303
— 5 de Mayo.....	308

	Págs.
Al Gral. Carlos Fuero.....	313
En los funerales del Gral. Jesús González Ortega.....	216
En memoria del Gral. Carlos Pacheco.....	312
A los alumnos del Colegio Militar.....	325
A Vicente Riva Palacio.....	329
Gral. Ramón Corona.....	330
¡Por los rurales!.....	336
¡Por la independencia!.....	339
Un héroe de Sinaloa.....	343
¡Fuego, Señor!.....	348
A Maestro Ignacio M. Altamirano.....	354
Los peones de la Mota.....	358
Gral. José M ^a Patoni.....	365



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

